

Martin Baker

# BLING BLING BOOM



Un atentado aéreo,  
un matrimonio falso, tres  
amigas traicionadas en un  
país de lujo. Ellas encontraron  
la puerta  
giratoria para  
volver a la realidad  
¿Y tú? ¿Venderías tu alma  
por una vida de glamour?



Martin Baker

# BLING BLING BOOM



Un atentado aéreo,  
un matrimonio falso, tres  
amigas traicionadas en un  
país de lujo. Ellas encontraron  
la puerta  
giratoria para  
volver a la realidad  
¿Y tú? ¿Venderías tu alma  
por una vida de glamour?



Autor: Martin Baker  
Diseño de portada: Loreña Cañamero Tejero

Todos los derechos reservados.

## CAPÍTULO 1

**L**as turbinas comenzaron a girar y Joseph Palm respiró profundamente, metiendo el pulgar entre el cinturón de seguridad para mover la hebilla que le oprimía por debajo de la cintura, pero sin llegar a desabrocharse. Cerró los ojos y aspiró por la nariz, expiró por la boca para alejar la ansiedad del despegue inminente. La azafata pasó revisando que todos los pasajeros se hubieran preparado para despegar, todo el mundo con el cinturón puesto. Con el rostro serio, sin sonreír, observó la maniobra de Palm pero no dijo nada, se reservó la energía para los turistas que siempre en el último momento necesitaban ponerse en pie para sacar algo de la maleta de mano. Menudo trabajo sin sentido, pensó la azafata, pasearse un par de veces al día adivinando si bajo las mantas, las chaquetas y las ondas barrigas de algunos pasajeros, los cinturones estaban correctamente abrochados. Algunos se comportaban como niños. Terminó su pasillo y regresó a la sala anterior a la cabina de los pilotos, bajó la silla, se sentó

apoyando la espalda recta en el asiento, y se ató protocolariamente los dos cinturones cruzados en equis. Su compañera la miró rutinariamente con ojos cansados desde la silla que lideraba el pasillo de la izquierda. El avión se dirigió a la pista de despegue. La torre de control autorizó la salida y el vuelo ET-406 con rumbo a París despegó. Veinte minutos después, el aparato estalló en el aire.

## CAPÍTULO 2

**E**l agente entró en la sala con un ordenador portátil a medio abrir, con el cable y el alimentador colgando. Se sentó enfrente y comenzó la conversación.

—Bueno, pues ya estamos preparados. Dígame cómo se llama.

—Cristina López Ferrer, nacida en... bueno, aquí tiene el DNI, si lo prefiere —dijo Cristina, empujando el documento hacia el policía que le tomaba declaración.

—Sí, gracias —respondió el agente, tomando la tarjeta sin levantar los ojos de la pantalla.

Se escuchó un golpe seco en la puerta y el picaporte de la puerta giró. Otra agente entró en la sala, se llevó los dedos a la frente e inclinó levemente la cabeza en señal de saludo sin pronunciar palabra para no alterar la conversación, y tomó asiento junto a su compañero.

—Acabamos de empezar, sólo estoy tomándole los datos.

La agente asintió con la cabeza. Cristina pensó que posiblemente aquella mujer tuviera más graduación que el hombre, pero vestidos de paisano no podía adivinar nada.

—Empiece cuando quiera, Cristina —dijo el policía.

—No sé muy bien por dónde empezar, si le digo la verdad, es todo tan confuso...

—Diga su nombre y apellidos, lugar de nacimiento, dirección y profesión mientras yo voy copiando los datos de su DNI, y a continuación le puedo hacer algunas preguntas para guiar la declaración. ¿Le parece bien?

—Sí, vale. Entonces —dijo Cristina, tomando aire —Soy Cristina López Ferrer, natural de Madrid, vivo en Oriente Medio desde el año 2011, aunque el DNI está hecho antes de que emigrara, así que figura la dirección de Madrid. Soy profesora de secundaria en el liceo francés, donde llegué porque soy funcionaria del ministerio de educación francés. Solicité un puesto en el extranjero a través de la AEFÉ en el año 2001 y desde entonces, trabajo fuera de Francia pero siempre en liceos franceses. En mi pasaporte figura el número de registro de residente en la Embajada, si lo quiere.

—De momento no. ¿Por qué quiere hacer esta declaración?

—Porque creo que tengo alguna información valiosa para compartir con ustedes, en relación con la explosión del avión del otro día.

Los agentes se movieron en las sillas hacia atrás, acomodándose. Él la había atendido media hora en el mostrador de la comisaría, la vio alterada y con la mirada evasiva, le contó cuatro cosas inconexas pero él prefirió darle un vaso de agua, sentarla en una salita de espera y preguntarle si quería hacer una declaración o poner una denuncia. “Hablar, necesito hablar”, le había dicho ella. “Perfecto, ¿quiere contarme qué tal van las cosas en casa?”, le había preguntado él. “Sí, bueno, algo así, pero hay mucha gente, mucha gente afectada. Todo ha volado”, había respondido ella con la mirada perdida. “¿Volado? Quiere darme la dirección para que enviemos un equipo?”, “No hace falta, fue ayer, creo, pero me he enterado hoy, o ayer, ya no sé qué día es. ¿Ha visto la tele?”, había preguntado ella. “Sí y no, la veo a ratos”, le había

respondido él de forma coloquial, sin presionarla, “pero espere un momento que traigo el ordenador y tomamos nota de lo que vio usted. ¿Quiere hacer una declaración?” “¿Qué? ¿Sí? Vale”. El agente había salido de la salita para buscar el portátil, hizo un gesto a la inspectora jefe, señalando con el dedo el monitor de televisión colgado del muro, y regresó para hablar con la extraña declarante. La inspectora había asentido con los ojos, había terminado su café mientras miraba la última historia del canal de noticias, y tirando el vaso de papel a la papelera se había encaminado hacia la sala de declaraciones, mientras la televisión emitía de nuevo otro bucle de noticias en torno al último accidente aéreo.

—Cuando quiera puede empezar —dijo la policía—: Soy la inspectora Güemes, jefa de esta unidad. Mi compañero es el subinspector Moragón, y se encargará de tomarle declaración. Podrá leerla al final antes de firmarla. ¿Está usted de acuerdo?

Cristina asintió con la cabeza, pero no dijo nada, sólo pensó que ahora conocía los nombres de sus interlocutores.

Los agentes se miraron sin decir nada y él deslizó la pregunta:

—Cristina, usted ha venido porque quiere hacer una declaración sobre el accidente aéreo de París. ¿Correcto?

—Sí.

—Bueno, voy a ver si puedo ayudarla. ¿Conoce usted a alguien que viajaba en ese avión?

—Sí.

—Bien, así vamos empezando. ¿Y sabe que se sospecha que el accidente de avión pudiera ser, en realidad, un ataque terrorista? —dijo Moragón calmadamente, buscando con la mirada la aprobación de su superior. Güemes no dijo nada ni movió una pestaña, así que de momento la cosa iba bien.

—Sí. Creo que lo han dicho en la CNN.



—Bueno, los medios de comunicación, ya sabe, siempre tienen que titular para impresionar a la gente y subir las audiencias. De momento, en cuanto a nosotros, se trata de un accidente.

—Vale.

Moragón tragó saliva y la miró a los ojos. Güemes no intervenía, le dejaba hacer.

—¿Y qué información quiere usted compartir con la Policía sobre el accidente de avión, Cristina?

—El nombre del asesino.

### CAPÍTULO 3

**E**stás segura de lo que vas a hacer?  
Pues claro, si no lo hubiera pensado bien,  
no me habría echado pa'adelante.

Si ya, pero...

¿Pero qué?

Bien, vale, si ya sé que no te sobran razones, y que puestas a pensarlo bien, incluso si te sale mal, que te quiten lo bailao, ¿no?

Jajaja. Tú siempre tan flamenca. Quién diría que vives tan lejos de aquí.

¿Y cómo se llama el elegido?

Cuando te lo presente, que te lo diga él.

Siempre tan puñetera. De todas formas, te admiro. ¿Cuántos años os lleváis?

Dejémoslo en dos décadas, redondeando.

Vamos, que podría ser tu padre como poco.

No. Yo podría ser su madre.

Ah.

Cristina envió su “Ah”, miró el reloj y cerró la tapa de su teléfono para terminar la charla, en parte porque le faltaban veinte minutos para comenzar la clase en su liceo de Oriente Medio y tenía que cruzar el patio a cuarenta grados y recuperarse de la pájara por deshidratación antes de empezar a disertar, y en parte porque no sabía cómo continuar la conversación en WhatsApp con Lamia. Menudo bombazo, dos décadas de diferencia y ella se las había atribuido al nuevo novio de Lamia, sin pensar en que las cosas podían ser al revés también. Al final iba a ser ella más machista que los machistas, y eso que llevaba un programa sobre el techo de cristal para mentalizar a sus alumnos de las desigualdades que les deparará la vida laboral en el futuro.

Sabía que su amiga vería que ya no estaba en línea pasados unos minutos. A veces estaba bien dejar la conversación de aquella manera, un poco colgada, y si Lamia le escribía algo, ella le contestaría después de las clases. Así le sabría a recompensa. Sería su premio por haber aguantado durante unas horas a aquellos adolescentes indomables, malcriados, hijos de madres aburridas, vengativas, y de padres arrogantes, profesionales de clase C, ineptos despedidos en sus países de origen, avariciosos ellos y avariciosas ellas, fundadores de familias de nuevos ricos que, cegados como Midas, pensaban que el dinero compraría el acceso a la universidad de sus retoños a base de atacar con amenazas públicas y menosprecios verbales en el ámbito familiar a los docentes que soportaban a sus criaturitas. Este año estaba verdaderamente quemada.

Se echó el móvil al bolsillo, agarró el bolso lleno de archivadores con los trabajos corregidos y los manuales de curso, y bajó las escaleras que la llevaban al patio. Cruzar aquel cuadrado de cemento para encontrarse la puerta cerrada del edificio que se encontraba en dirección diagonal era la broma habitual de la administración, que eventualmente ordenaba cerrar un acceso u otro para impedir que los alumnos rebeldes accediesen a los aseos y fumasen durante las pausas matinales y los recreos del mediodía. Nunca se informaba de qué acceso estaría bloqueado para evitar que hallasen la senda a su fumadero temporal -los baños de los chicos en la entrada de la izquierda o los aseos de las chicas a la derecha-. La ausencia de información sólo conseguía ralentizarles, porque los alumnos siempre encontraban la manera de enterarse. Reían y saltaban los escalones de dos en dos, con sus rostros arrogantes y sonrisas de medio lado, disfrutaban retando las caras de impotencia de los vigilantes de pasillo, que nada podían hacer. A quién se le ocurriría bloquearles la entrada a los baños, y que las criaturillas se vieran obligados a denunciar antes sus papás y mamás el trato de los vigilantes, de los profesores, de la administración... Trato vejatorio, dirían los progenitores, deslizado un "racista" en voz baja, pero suficientemente alto para que se les oyera, en referencia a este o a aquel profesor o vigilante. Los baños eran desde hacía tiempo fumadero de cigarrillos y centro de distribución de vapeado, con las mochilas llenas de botes de gas para inhalar en clase metiendo la cabeza en la mochila con la excusa de buscar un bolígrafo o cambiar de cuaderno.

Los únicos que sufrían en silencio la "broma" del acceso cerrado al edificio eran algunos profesores, que con menos energía que los adolescentes y más responsabilidad ética que los administradores, se daban de bruces con la puerta cerrada a cal y canto con un candado intocable, brillando al sol.

Cristina vio el destello del candado en la puerta y sin siquiera acercarse,

prosiguió bordeando el edificio bajo una sombra escasa, dada la hora, y escuchó las risas de algunos alumnos sentados en los bancos a la sombra de los árboles. Siempre había alumnos sin clase, Cristina se preguntaba cómo la dirección del centro aceptaba tantísimas bajas de los profesores que con excusas ridículas faltaban a sus cursos en los días más cargados, de cuatro a seis clases, y lo añadían a su día libre semanal –a veces en plural, días libres, según de qué departamento se tratara-.

-*C'est fermé, madame*- dijo una alumna de dientes grandes y gafas de pasta roja, con pelo rizado y largo casi hasta la cintura, y todos a su alrededor estallaron en risas. “Está cerrado, señora”, le había dicho, “*Merci*”, “gracias”, contestó Cristina, sintiendo las primeras gotas de sudor resbalar por las sienes y gotear en la camisa. Le faltaban unos metros para alcanzar la otra entrada y no le llegaba el aire a los pulmones del calor sofocante. Aquello parecía un ejercicio de supervivencia. Llegó a la puerta y dejó el bolso de archivadores y libros en el suelo para empujar la cancela. Un filón de aire frío a veinte grados la recibió. La garganta dejará notar el cambio de temperatura en unas horas, pensó. Agarró el bolso, entró y volvió a dejarlo en el suelo para cerrar la puerta. Desde la cancela escuchó la carcajada sarcástica del grupo de consentidos que la observaban desde fuera. “Paciencia”, se dijo.

## CAPÍTULO 4

**L**amia no esperaba que Cristina llegara a entender de lo que estaba hablando, a veces parecían tan distantes que poco o nada podrían compartir como amigas. A pesar de tantos años como llevaba viviendo en España, nunca podría renunciar a su pasado en el norte de África, una zona que los catálogos de vacaciones idealizaban con cenas a la luz de la luna y farolillos con arabescos, de la misma manera que Sevilla y Granada daban palmas sin parar en las páginas que anunciaban viajes por el Albarracín, cruceros por el Mediterráneo y viajes turísticos de 8 días-7 noches por menos de 300 euros, cuando en realidad lo que no salía en aquellos catálogos de colorines era que los parados andaluces se multiplicaban en las listas del paro y la justicia intentaba a duras penas aclarar los fraudes y la corrupción de los cursos de formación.

Lamia nunca creyó que hubiera traicionado sus raíces, de otra forma sus padres no le habrían permitido salir de allí, y al contrario, la animaron para que dejara aquello y se buscara la vida por sí misma, igual que había hecho

Fátima Mernissi muchas décadas antes, inspirando a las siguientes generaciones de mujeres magrebíes a viajar, educarse y romper los moldes de una sociedad anquilosada en el tiempo. Pero Lamia había hecho algo que Fátima Mernissi nunca hubiera llegado a imaginarse: enamorarse de alguien más joven que ella, aunque quién sabe, quizá la hubiera felicitado por la decisión tomada de subir al tren en lugar de dejarlo pasar.

Llevaba un buen rato con el ordenador conectado. Desde que se lo había instalado en su habitación y sus hijos se habían quedado con la tableta, la tensión doméstica se había relajado justo en el momento más álgido de los enfrentamientos entre los dos adolescentes, que no entienden el enamoramiento de su madre, y una adulta que no soporta las nuevas manías de sus hijos, estudiantes de Secundaria y casi nativos digitales, salvo por los pocos libros que leyeron con ella antes de que alguien les regalara su primera pantalla, un teléfono, una tableta, o un ordenador, ya no se acordaba del orden en que todo había entrado en casa. Gracias al contrato intergeneracional sobre el reparto de objetos electrónicos, y a pesar de quedarse con el más anticuado, Lamia tenía el monopolio del ordenador -salvo en los días en que los niños debían teclear un trabajo de clase- y podía encender el ordenador nada más llegar a casa. Mientras se cambiaba o cocinaba la cena, esperaba impaciente el *ding* que le anunciaría que él acababa de conectarse para saltar en sus pantuflas de la emoción que la embargaba. Casi siempre corría al dormitorio, sacudía el ratón para que la pantalla se reiniciara y allí estaba la pequeña luz verde junto a su nombre, indicando que la esperaba. Aquel parpadeo verde le parecía el latido del corazón, y se lanzaba a escribirle como si llevaran quince años sin hablarse, y sólo se habían conocido unas semanas antes.

## CAPÍTULO 5

**P**or fin el estruendo de los pasillos se convirtió en silencio, sólo quedaba algún que otro estudiante que, al final de la jornada, aprovechaba para salir de la biblioteca por la puerta reservada a los alumnos de último grado como privilegio especial, en lugar de utilizar la salida habitual que les dejaba más lejos del portón de los autobuses escolares o de la salida principal donde las madres aparcaban sus coches enormes en doble fila y se iban a charlar debajo de las pérgolas. Esa salida de la biblioteca daba directamente al pasillo donde Cristina tenía clase los miércoles, era el último piso del edificio nuevo, donde las persianas de aluminio sólo habían resistido con las lamas intactas los embates de sus usuarios el primer año.

Desconectó el equipo, apagó el proyector y comenzó a apilar los libros, DVDs, y otros materiales. El bolso que había llegado cargado de exámenes y redacciones para devolver a los alumnos estaba ahora vacío y doblado. Tenía una mochila con ruedas en un armario para llevarse todo a casa cuando tocaba fin de semana o día libre. No le gustaba dejar demasiadas cosas al alcance de



otros, sobre todo si eran préstamos del centro de documentación, como los vídeos o los audios de prácticas. Subió la mochila con ruedas a la mesa, ligeramente abombada por arriba como si fuera un escarabajo, abrió las dos cremalleras laterales e introdujo la pila de libros, agenda, exámenes y discos y la cerró. Su maleta con ruedas era fácil de reconocer. Eligió un color fuerte para que nadie la confundiera y fuera identificable en caso de que ladrones amantes del material ajeno se interesaran por ella en la sala de profesores. Era increíble que los compañeros de trabajo intentaran robar el esfuerzo de otros cuando estaban en el baño o cruzaban a la cafetería de enfrente para corregir exámenes en una pausa de tres horas entre clases. El psicópata ya había intentado una vez meter la mano en su escarabajo con ruedas, le habían dicho, con la excusa de que ella misma le había pedido que se hiciera cargo de unas correcciones.

Se sentó un minuto y miró el reloj. Eran poco más de las cinco de la tarde. Raramente se sentaba durante las clases, normalmente siempre estaba de pie para proyectar mejor la voz y ver qué se cocía en los pupitres del fondo. Un par de alumnos pasaron por delante de la puerta. Era gracioso ver pasar a aquellos adolescentes de piernas largas, desgarbados, intentando crear su propia seña de identidad con un flequillo largo cayendo por un lado, un trasquilón en la nuca y un poco de pelo cortado al dos y teñido de azul en el otro lado. Los chicos desfilaban en silencio, dejando que la puerta de la biblioteca se cerrase sola, miraban hacia la puerta abierta del aula donde Cristina había terminado, levantaban la cabeza y esperaban a que ella les mirase para intercambiar una sonrisa. La mayoría de aquellos adolescentes habían pasado por sus clases y guardaban buen recuerdo de ella, le agradecían aquellas revisiones no previstas en el calendario antes del examen, los ejercicios extras en la página web del liceo para que practicasen y se autocorrigieran, el día de gracia para repetir la redacción cuando la nota no

llegaba al aprobado. Aprendían a ser responsables de su propio esfuerzo y estudiaban más que con otros colegas de Cristina, pero no se daban cuenta del proceso hasta que llegaban al último año y en casi todas las materias les pedían funcionar de esa forma. Algunos necesitaban más de un trimestre para ponerse a tono y cambiar el chip del estudio enciclopédico típico francés al aprendizaje a través de tareas de las clases de Cristina. En inglés lo llamaban *Learning by doing*, pero la versión francesa *Pilotage par la tâche* que el Ministerio intentaba infructuosamente desarrollar, casi nadie la aplicaba, los docentes retrógrados debían abandonar su mentalidad rancia y la mayoría se resistía a salir de su zona de confort. Las armas de la administración se daba de bruces con los empleados públicos, que una vez obtenida la plaza, se negaban a modernizar currículums y métodos de trabajo. Los profesores de árabe del centro llevaban casi treinta años fotocopiando el mismo texto para traducir en clase –motivo por el cual las traducciones circulaban de un curso a otro, versiones perfectas de las que ningún examinando podía dar fe porque en realidad no entendía lo que escribía–; los profesores de ciencias se habían modernizado algo más y recomendaban vídeos de experimentos en YouTube, pero no permitían a los alumnos manipular sustancias en los laboratorios para así mantener su afán de protagonismo y saberse admirados por sus discípulos mientras ellos ejecutaban el baile de pipetas sobre la tarima del laboratorio. Profesores pasivos creaban alumnos pasivos y, en muchos casos, resentidos. Muchos estudiantes llegaban a mosquearse cuando Cristina les informaba de las tareas trimestrales, de la originalidad de las ideas que debían presentar y del calendario ideal para cumplir con los plazos. Con el tiempo se iban dando cuenta de que era un sistema llevadero, organizado y casi placentero, porque sabían en cada momento lo que tenían que hacer, sin nadie que les presionara ni ocultara la información hasta el día de clase para “sorprender al alumno”, como si de un circo se tratara. A Cristina le resultaba más cómodo aplicar su

método escalonado porque todo estaba expuesto en la web y ante las reclamaciones absurdas, le valía con enviar por email un pantallazo de los contenidos publicados para cada trimestre para obtener a cambio arrepentimiento, disculpas y promesas de trabajo para el próximo trimestre. Nada que ver con las clases decimonónicas del psicópata, su compañero de departamento al que casi todas las colegas habían denunciado por comportamiento inapropiado, y al que los padres habían amenazado con denunciarle a la policía por comentarios hostiles contra sus hijos o hijas. El mismo enseñante al que la dirección no se atrevía a tocar, tan protegido como estaba por el sindicato de ala dura que todos los años proponía huelgas para encharcar la credibilidad de la institución antes los ojos de las autoridades locales. “Señor Connad, quizá debería usted ser más flexible con los alumnos y no insultarles en clase”, le oyó decir una vez al director. El señor Connad era un auténtico *connard*. Cada vez que llegaba a un liceo la broma que se expandía como un reguero de pólvora era la llegada de Monsieur *Connard*, del señor *Imbécil*. Siempre hay alguien que quiere interpretar mal lo que escucha y como el malentendido se prestaba fácilmente entre Connad y Connard, pocos desaprovechaban la oportunidad para bautizar al nuevo profesor como el Imbécil. Pero pocos sobrevivían al impacto psicológico tras un año de castigo en las clases del señor Connad.

Cristina siempre sonreía a los estudiantes que salían de la biblioteca por aquella puerta un poco VIP y se tragaba la impotencia, sabía que aquellos niños grandes este año estaban en los cursos del psicópata. Ninguno de sus alumnos mayores tenía clase este año en el último piso del edificio nuevo donde Cristina enseñaba los miércoles. Los cursos del psicópata tenían lugar en el edificio en remodelación. El psicópata no subía cinco pisos de escaleras para dar clase. Las escaleras se las dejaba a Cristina. De eso se ocupó bien cuando habló con el sindicato. Cuánto odio podía acumular aquel hombre

contra el mundo.

Miró de nuevo hacia la puerta. El flujo de salida había parado, no debían quedar más que las bibliotecarias, que ahora se llamaban asistentes de documentación, y la jefa de biblioteconomía. Menuda chorrada de términos, pero así era todo. Bajó la mochila al suelo y salió de la sala después de apagar el aire acondicionado y la luz. Y se fue a su última tarea del día: Elena la esperaba para celebrar el cumpleaños de los niños.

## CAPÍTULO 6

Cuando Cristina llegó a casa de Elena la recibió un ruidoso jolgorio de niños gritando. Un reguero de críos cruzó el zaguán a la velocidad del rayo, dejando un rastro de serpentinas rotas tras ellos. No pudo distinguir a ciencia cierta a los hijos de su amiga, pero seguramente estaban a la cabeza de la carrera. Colgó el bolso en el perchero de la entrada. “*No books, madame?*” “¿No trae libros, señora?”, le preguntó una asistente filipina al verla. “No, he dejado todo en el coche, gracias”. La voz engolada de un payaso la hizo girarse hacia el salón principal, donde un filipino lastimosamente disfrazado con un traje a medio camino entre Ronald McDonald y Charlie Rivel llamaba al enjambre infantil porque había descubierto otra prueba de la yincana. La leyó despacio y en voz alta, mientras los niños saltaban intentando arrebatarse la nota, pero él siguió profesionalmente, aunque era obvio que le molestaba hacer lo que hacía porque engolaba más y más la voz para disfrazar su irritación. Algo importante

debió decir el lamentable payaso, porque en cuestión de un segundo los niños se miraron unos a otros y comenzaron a chillar con excitación, y de pronto salieron todos como una exhalación camino del jardín atravesando toda la casa y saliendo por la puerta de la cocina. En el jardín había una mesa debajo de una pérgola improvisada para fiestas donde las madres departían sobre los avances de sus hijos. La puerta estaba entreabierta y Cristina podía oír la conversación, aunque no prestaba mucha atención:

—Qué bien coge las tijeras Samantha. Últimamente recorta las siluetas de una sola vez. Ha hecho un collage con hojas de árboles superpuestas que es alucinante. Lo hemos puesto en el frigorífico de la cocina y todo el mundo que entra se fija en él.

—Pues no has visto el último dibujo a pastel que hizo Nathan, la profesora ha dicho que cree ver la semilla de un artista en él. De hecho, estuve mirando por internet campamentos para artistas por si este verano le enviamos a uno. Son sitios *superposh* y vienen artistas de verdad que han expuesto en museos y salas de arte para darles charlas. Lo mismo alguien le elige para que forme parte de algún proyecto posterior.

—¿Alguien fue a la gala de natación del sábado? Nosotros estuvimos de acampada en el desierto con la empresa de Adam. Fue todo fantástico, incluso hubo danza del vientre. Al final, no sabemos en qué tienda durmió la bailarina, pero todos los que íbamos éramos parejas casadas. ¿Nos os parece de traca? La bailarina no lleva tienda.

—Nosotros sí fuimos a animar a nuestra Becky en la gala de natación, y de paso que su hermana Úrsula se fuera acostumbrando a los éxitos de la familia, aunque todavía tiene dos años y no comprende bien, pero queremos que se acostumbre a los vítores.

—Los niños tienen que ser lo que ellos quieran, hay que animarles y no recriminarles si pierden. ¿Ganasteis algo?

—Becky ganó dos medallas individuales en estilo libre de 25 y 50 metros, como siempre. En equipo no ganó nada porque una de las niñas tardó en tirarse al agua y no hubo nada que hacer, así que las otras decidieron no continuar para evitar verse en la última posición de la carrera. Fue idea de mi hija para evitar la humillación. Qué gran líder, y eso que solo tiene siete años. Lo dice todo el mundo, que nuestra hija es muy madura, como dos o tres cursos por delante de su edad. Y volviendo a la competición, yo creo que la entrenadora debería sacar a la niña esa del equipo, pero dicen que los padres son un poco especiales y que no conviene la mala publicidad para la escuela si les acusan de discriminación, así que los demás tenemos que sufrir en silencio y ver cómo las medallas de nuestras niñas van a parar a los cuellos de otras.

—Lo importante es participar.

—Sí, lo más importante es que participen si saben hacer algo bien, que con las mensualidades que cuesta el colegio, los demás no somos ONGs ni asociaciones caritativas. Y vosotros, ¿ganasteis algo?

—Era la primera vez en esta escuela para nuestra Jennifer, así que vinimos a probar el agua y ya está. Hubo mucho ruido y salimos con dolor de cabeza. No estoy segura de que participemos el año que viene, lo dejaremos a elección de Jennifer, aunque de todas formas está en lista de espera para las clases de equitación en Royal Estables, y si le otorgan la plaza el año próximo coincidiría con las clases de natación y habría que elegir.

—Pero no se os ocurra dejarla sin deporte. El deporte es fundamental para el desarrollo motor y la formación de la personalidad.

—No, claro que no. Lo más seguro es que Jennifer se decante por los caballos porque los adora. Ya hemos visitado los establos un par de veces y Jenny se ha encariñado con una yegua joven. Le dio un manojito de hierba y lo comió directamente de su mano, así que ahora sueña con caballos todo el

tiempo. Tienes que venir a casa y ver cómo ha decorado su habitación con dibujos de caballos, y mira que son difíciles de dibujar.

Elena observaba a sus huéspedes con una sonrisa y la cabeza ladeada a la derecha, dejando caer la cascada de su pelo oscuro sobre el hombro y el jersey de algodón de Carolina Herrera. No había nada que más odiasen aquellas mujeres que la elegancia inusitada de su anfitriona, siempre portadora de prendas con logos pequeños de las grandes marcas en lugares visibles.

La puerta que daba al jardín se cerró con una ligera brisa y por un momento Cristina se aisló de todo: una de las ventajas de acudir a una fiesta infantil sin aportar un niño es que no tenía que obligarse a socializar para que su retoño no fuese rechazado en otras fiestas. Se sentó en el salón mientras el ruidoso grupo disfrutaba de la piscina, la mesa de comida esparcida, los globos y la música. A través del cristal parecía una película muda. Casi muda. Había tres madres que se empeñaban en llevar la voz cantante de la fiesta y llevaban el ritmo de la música con la cabeza y daban una palmada siguiendo los coros. “Qué bendición no tener hijos”, se decía Cristina para sus adentros. La criada de Elena seguía esperando, “Madame”, le dijo como invitándola a salir. Cristina negó con la cabeza y se señaló la sien con el dedo, en señal de dolor de cabeza. “Oh”, dijo la asistente abriendo mucho los ojos para disculparse.

Volvió a la cocina y salió portando una bandeja enorme repleta de zumos en vasos de colores decorados con sombrillas de papel. Dejó uno en la mesita junto a Cristina y salió al jardín. Cristina miró el vaso de soslayo para adivinar de qué fruta exprimida se podría tratar, pero sólo se percató de la presencia de la pequeña sombrilla de bambú. Sólo una vez había visto una de aquellas sombrillas de papel con varillas de bambú en su infancia. Habían jugado con ella todo el día hasta que el papel comenzó a quebrarse, y fue un drama para ella y sus primas. Ahora las sombrillas de papel se vendían en



paquetes de veinte y cincuenta unidades para usar y tirar. No había fiesta u hotel de prestigio que no invirtiera en las sombrillas dichosas, incluso en algunos lugares de postín se fijaban en la ropa de los clientes para traerles la sombrilla a juego con la camisa de seda del caballero o el vestido de flores de la acompañante. La combinación ropa-sombrilla quedaba genial en las fotos que los clientes compartían en Instagram y Facebook, y la publicidad encubierta por tanto selfie, espejo auténtico de la buena vida de los protagonistas, generaba los réditos esperados. Todo era *bling, bling* corporativo.

Cristina estaba sola. Sacó su teléfono y miró si tenía respuesta de Lamia. La pantalla seguía vacía. Lamia no había escrito nada. Quizá habido tenido un día duro. Se sentía un poco culpable por su último comentario, cómo iba a saber ella que el nuevo novio de su amiga era más joven que ella. Cristina no se imaginaba a sí misma saliendo con uno de sus alumnos, aunque le debía llevar un par de décadas a la mayoría. Entornó los ojos para recrear mentalmente las páginas del *trombinoscope*, el listado fotográfico de los alumnos al que los profesores de inglés más sarcásticos denominaban el *mug-shot gallery* o el *rogue's gallery*, como si hablaran de criminales y delincuentes encarcelados o fugados. Paseó mentalmente su mirada sobre los rostros de los alumnos. Menos un puñado de grandones de último año que habían acumulado un par de cursos de retraso y que ya cruzaban la frontera de los veinte sin haberse sacado un examen BAC decente, a los demás sí les llevaba de veinte años en adelante, no tenía ni que buscar las fichas individuales. Abrió los ojos y tecleó un mensaje para Lamia. “Avísame cuando te puedas conectar”, le escribió. No quiso pedir perdón. A lo mejor no era necesario, sólo se había imaginado que Lamia estaría molesta con ella y quizá no era cierto. En persona se habrían tirado un poco de cerveza encima como por error, solamente para enfadar a la otra, pero por mensaje escrito, sin

vídeos ni impresiones, las cosas quedaban más frías. Ni siquiera los emojis podían ayudar.

Elena se acababa de poner una diadema con plumas fucsias y blancas que los niños no habían querido porque “parecía de chicas”. Cristina reparó en el detalle de que Elena llevaba una falda por media pierna. Normalmente Elena era más de vestirse con pantalones en el día a día, pero cuando organizaba estos saraos infantiles en casa solía ponerse falda porque parecía más elegante entre todas aquellas madres con camisetas de strass y bermudas de ocasión, la versión *expat* del “‘Quiero y no puedo’ porque acabo de salir por primera vez del pueblo”. La rima se la había inventado Cristina una noche tomando cócteles en el jardín de Elena, después de una fiesta de despedida de una familia que regresaba definitivamente a Europa, y bien que lloraba la esposa sabiendo que no habría más servicio doméstico, tiendas caras a la vuelta de la esquina, tratamientos faciales y manicuras semanales, ni *brunchs* con las amigas en todos los hoteles de postín.

—Oh, estás aquí —le dijo Elena con emoción al aparecer por una esquina del salón.

## CAPÍTULO 7

**S**í, he llegado hace un ratito, pero he visto tanto alboroto que... —dijo Cristina sin terminar la frase.

Elena estaba saludando con dos besos a Laura, otra amiga común, aunque Cristina no la encasillara exactamente en la categoría de amigas sino en la de progenitores: sus hijos estaban escolarizados en el liceo donde trabajaba ella. No era una decisión de Laura sino de su marido, un francés cuya vida se regía por el escalafón social importado de la Francia rancia. Los niños, mejor dicho los adolescentes de Laura, eran dos mozalbetes de excelente expediente académico y comportamiento discreto, casi podría decirse que se avergonzaban de las situaciones ridículas creadas por algunos compañeros de clase. Cristina sólo tenía a uno en sus aulas y a menudo olvidaba su nombre porque el chaval no hacía ruido ni se dejaba sentir, algo inusual entre todos aquellos *criminales*, como los habrían denominado algunos profesores de inglés.

La familia de Laura había llegado a finales del último año escolar, el

tiempo suficiente para unos pocos saludos entre la tropa de escolares y profesores, justo antes de las vacaciones de primeros de mayo: entre siete y diez días libres que venían un mes después de la Semana Santa y que alteraba el ritmo de aprendizaje para el último trimestre. A la vuelta de aquel asueto primaveral sin sentido se producía la desbandada general tolerada por la administración: los alumnos del último año estaban prácticamente exentos de clase, los del penúltimo año se corroían por la envidia y pedían exención para ciertas materias con la excusa de preparar a conciencia la convocatoria adelantada de francés. Hasta los alumnos de *Troisième*, el grado 10 francés, desertaban de las clases para concentrarse con sus instructores privados en sus domicilios. Igual que la risa va por barrios, las ausencias en las aulas se medían según la implicación parental durante el año: los padres apisonadora que nunca habían castigado a sus retoños por su bajo rendimiento ahora abrían la cartera generosamente para sobornar enseñantes a diestro y siniestro, y no faltaban las ocasiones en que los profesores esperaban en el saloncito de las casas a que otro profesor terminara su sesión de trucos para aprobar el examen. Algunos profesores, como el señor Vieux Boulogne, tenían tarifas conocidas que nadie negociaba porque sus clases privadas garantizaban el éxito en los exámenes externos. Con aquel espectáculo un tanto vergonzoso se toparon los Favargé, Laura y familia, cuando llegaron el curso anterior. La situación interna del liceo era uno de los motivos que Laura esgrimía ante su marido para retornar a Europa lo antes posible. Lo imposible, respondía él, era ganar en Europa el triple de salario como ahora hacía, y además los chicos no tendrían problema porque seguían dentro del sistema francés, aunque el alumnado galo constituyera menos del diez por ciento del centro. Ambos sabían que todo era mentira y que no se podía romper el contrato con la empresa. Laura prefería afrontar la realidad y regresar con los niños para minimizar las secuelas de aquel centro en los expedientes y en las mentes de

sus hijos, como si quisiera protegerlos de cualquier recuerdo ulterior, pero él optó por mantener a toda la familia allí como si no pasara nada. Un bloque sin grietas, al menos externamente. El mismo error que tantas familias *expats* repetían allí: no estar a gusto pero nunca manifestarlo, seguir tragando aunque la ética y el sentido común dijeran que era mejor marcharse. Pero el salario era una tentación difícil de evitar, aunque nadie supiera cómo iba a librarse de los impuestos y penalizaciones al repatriar los beneficios. Corredores de bolsa e inversores ofrecían soluciones *offshore* para no declarar. Eran otra etapa posterior en el escalafón del *bling bling*.

Dos besos sonoros sonaron al tiempo como chasqueando en el aire, y Elena y Laura se separaron entre sonrisas, y Elena vio de refilón a Cristina.

—Anda, anda, mira quién está aquí. No te oí llegar con tanta carrera —dijo Elena dirigiéndose a Cristina, que contempló la escena con una media sonrisa, entre sorprendida por no haber sido descubierta antes y molesta por la llegada de Laura, la nueva estrella en el firmamento de amistades de Elena. Sabía que no compartía el mismo nivel de complicidad con la anfitriona de la fiesta, pero la presencia de Laura le hacía morderse la boca para no contar más de lo debido. A fin de cuentas, Laura era una madre del Liceo, lo que normalmente equivalía a algo así como un topo de los servicios secretos de la Asociación de Padres. Sonrió y le dio otros dos besos a Elena en la mejilla.

—Ya os conocéis, ¿verdad?

—Sí, claro. Ya habíamos coincidido antes. Madame Favargé —dijo Cristina extendiendo la mano a Laura.

—Laura, por favor. Dejemos lo de *madame*. Si no le molesta, prefiero ser una persona normal aquí, tutearnos y todo lo demás. Olvidemos que somos enemigas —dijo Laura, sorprendiendo por su sinceridad a Cristina y Elena.

—Perfecto. Soy Cristina, amiga de Elena y tía adoptiva de sus dos pequeños energúmenos.

—Sí, qué burros son siempre —rió Elena—: Luego os cuento la última que montaron en la cocina con los chicles de menta y la Coca-Cola intentando generar una reacción química que habían hecho en el cole...No sé qué historia del volcán que habían hecho en los cursos grandes, y cuando llegaron estos al aula estaba todo sin recoger, y la profesora les enseñó cómo hacerlo y les mandó un vídeo de YouTube en plan tutorial, por si se olvidaban de los pasos...Bueno bueno, menos mal que Leticia lo limpió todo antes de que yo llegara, pero aun así vi restos pegados en los azulejos de la cocina.

—¿Le...ticia? —preguntó Laura.

—Sí, es la asistente filipina. Casi siempre le digo *dear* para evitar llamarla por el nombre. Creo que me daría algo si vamos de vacaciones a España y los niños dicen “¿por qué no le dices a Leticia que lo limpie ella?” —dijo Elena.

Las tres se aguantaron la risa, un poco entre divertidas y deseosas de saber dónde estaba el límite, por lo que Elena sintió que debía explicar algo:

—Es que en Filipinas ponen unos nombres... Desde Emerenciana hasta Romualda o Peggy Sue, y luego todos los apellidos son más españoles que los castellanos viejos. Cuando cogí los currículums de asistentes en la agencia de trabajo tapé los nombres porque si no lo hago, me rijo por el nombre menos ridículo y a veces no es la mejor opción, y cuando te das cuenta, te has gastado un pastón para nada. Ya me ha pasado antes, y cuesta mucho dinero traer una asiática a casa. Así que hice lo de siempre, le pedí a la chica de la agencia que me seleccionara los cinco mejores perfiles, tapé los nombres, comparé las habilidades, la separé del archivo,... y al leer el nombre me quedé de piedra.

—Muy guapa no es, pero parece eficiente. ¿Lleva dos meses aquí, creo? —dijo Cristina.

—Sí, más o menos. Tendría que mirarlo en su calendario de salarios. Todavía está en los tres meses de garantía que te dan en la agencia para

devolverla si no trabaja bien. Hasta ahora lo que gana no se lo gasta en botox —dijo Elena, y explotaron todas a reír.

—Me habéis alegrado el día, no os creáis —dijo Laura.

—¿Otra vez problemas en el liceo? —dijo Elena, mirando de reojo a Cristina, que había vuelto al sofá.

—Como siempre. Es más un secuestro por parte de los padres, que no te dejan hablar, y si lo haces, tu hijo sufrirá las consecuencias en clase.

—Menudos mafiosos —dijo Elena, encendiendo un cigarrillo. Dio una calada profunda y miró el reloj:

—Creo que en veinte minutos hay que cortar la tarta y se van los animadores.

Cristina entendió la indirecta, bajó la cabeza y luego miró hacia la mesa del jardín donde las madres invitadas zumbaban en torno a las viandas. Iría a ver a los niños y a hacer bulto para la foto de la tarta, los levantaría del suelo para que soplaran fuerte, “Otra vez, tía Cris”, “Ahora yo, ahora yo”. Ya conversaría luego con Elena. Además, lo que menos le apetecía al salir del trabajo era oír hablar del liceo, especialmente sin eran quejas de una madre.

—Voy a ver si encuentro a tus dos fieras y les felicito —dijo Cristina.

—Vale. Ahora vamos nosotras —dijo Elena. Esperó hasta que saliera y se dirigió a Laura: Tenemos un rato corto. ¿Quieres contármelo ahora y que empiece a salir, o prefieres aguantar y quedarte a cenar? Germán está de viaje, así que estaríamos solas.

Laura arrugó un pañuelo entre las manos para controlar la ansiedad y asintió con la cabeza.

## CAPÍTULO 8

**S**i no hacía falta que le dijeras nada, no parece que sea mala persona. Mi hijo dice que es de las mejores profesoras que ha tenido aquí... A lo mejor se enfada luego conmigo u os distanciáis... —dijo Laura con sentimiento de culpa.

Elena dio otra calada al cigarrillo y la miró sonriendo.

—Qué va, no la conoces. No es rencorosa. A lo mejor le vendría bien tener un poco más de mano izquierda y no olvidar tan fácilmente todas las faenas que le hacen en la vida. Desde que llegó al liceo no hacen más que jugársela en todos los frentes, que si los profesores, que si el departamento, que si la administración, que si los padres... es como una misión de acoso y derribo. Van a por ella porque no se ha alineado con ningún grupo. Al final todos son grupos de poder, pero ella no traga la falta de principios de toda esta gente. Son perros con distinto collar, y todos quieren lo mismo: controlar al otro y someterlo. Y en medio de todo, están los alumnos, que crecen



incubando esa lucha de poder internamente en lugar de desarrollar mentalidades sanas y constructivas. No es necesario que les obliguen a ser amigos de todos, pero al menos a colaborar y a aprender del otro. A respetarse. No necesariamente a amarse, porque no estamos en catequesis, pero sí a respetarse entre ellos. Quizá incluso a compartir este o aquel punto de vista. Pero no, en general en el liceo no funcionan así. Cuando hay algún alumno que destaca pero no “pertenece” a su grupo, lo señalan e incluso cuando lo ponen de ejemplo, lo hacen de una manera desdeñosa, poco menos que mofándose de él. Y a Cristina le cuesta horrores tragar todo lo que ve. Por eso no la verás en muchas funciones escolares, porque no le gusta hacer de fondo en semejantes circos, le sobra con las clases, las reuniones pedagógicas, los claustros y las citas de los padres.

Laura se quedó dubitativa. Más o menos aquello coincidía con lo que sus hijos contaban en casa y con lo que ella percibía cada vez que visitaba el centro para solicitar una cita con el *proviseur* o el *proviseur adjoint*, el director del centro o el director de la sección de secundaria. La explicación de Elena le trajo cierto alivio, pero el nudo de fondo seguía ahí.

—Si tienes algún problema con tus chavales, le puedo pedir que haga alguna pregunta aquí o allí por si se enterase de algo —ofreció Elena.

Laura la miró y no dijo nada. Elena no sabía qué hacer. El tiempo pasaba, era mejor que se despachara ahora y luego, cuando la casa se vaciase y si quería quedarse a cenar, podrían pensar en alguna estrategia que la ayudase. Sabía el estrés que Laura estaba viviendo porque sus hijos estaban ya en los últimos grados y necesitaban buenas apreciaciones en el boletín anual de notas. Los comentarios de los profesores se enviaban telemáticamente a un servidor en París y estaban a disposición de las universidades, que abrían los expedientes de los alumnos que hubieran solicitado plaza en sus facultades y en función de los comentarios, los alumnos tendrían cuatro opciones: la

universidad les ofrecería una plaza, les pediría una entrevista extra, les obligaría a hacer un examen de acceso o les enviaría una carta de rechazo. Los padres franceses sólo contemplaban la primera posibilidad como la única. Todo lo demás era interpretado como un fracaso. Fracaso escolar. Fracaso parental. Fracaso educativo. Fracaso. Laura hacía suya la amenaza de fracaso, interiorizaba toda la responsabilidad por la impotencia de poder actuar. La frustración la atenazaba cada vez que hablaba con el *proviseur*. El señor director supo que aquella madre podría crear problemas si hacía públicas las luchas de poder y la rutina podrida del centro, donde se predicaba que las notas no se cambiaban por comparación entre alumnos pero se levantaba la mano para corregir a ciertos alumnos por “diferencias pedagógicas”, el nuevo término creado para inflar expedientes de alumnos inferiores y hacerlos llegar a la universidad como si fuera superdotados, ya que en virtud de la protección al menor no figuraba que la criatura con dificultades de aprendizaje había sido evaluada con un baremo equivalente al 20% del contenido escolar, dejando fuera los conocimientos del ochenta por ciento restante. “Sus hijos no tienen ese problema, son excelentes alumnos, grandes promesas”, le había dicho *Monsieur le Proviseur* a Laura en la última cita, después de hacerla esperar una hora y media en un pasillo oscuro de techo bajo y caluroso, donde se neutralizaban todos los ataques que llegaban a la dirección del centro.

Por fin Laura se arrancó a hablar:

—Es la madre de Arthur.

—¿La borracha?

—¿Borracha? ¿Tú también estás al corriente?

—No demasiado, pero Cristina contó que un día hicieron una entrega de premios con las autoridades locales y una de sus mejores alumnas la invitó porque iba a ser galardonada, y allí se encontró con “la madre de Arthur”. Los del gobierno local se fueron cuando descubrieron la placa conmemorativa del

premio y repartieron los galardones, imagino que tendrían otras cosas que hacer un jueves por la tarde antes de comenzar el fin de semana y llegar a la oración del viernes descansados y sin ojeras. Pero el resto de los asistentes se quedó, y en cuanto desaparecieron las autoridades invitadas empezaron a sacar cajones de botellas de alcohol y cervezas que estaban guardadas en los frigoríficos de la cantina escolar. Menudos son. Y todo aquello, con el beneplácito de la dirección, no vayas a creer, porque todo el mundo trinca o bebe gratis, nadie se amilana. Cristina montó en cólera porque ya sabes que en este país está prohibido beber alcohol fuera de los hoteles con licencia, y aquello podría traer cola si les descubrían. Para meter todo aquel arsenal etílico en un centro educativo tuvieron que pedir ayuda a la empresa de catering que les hace los menús, ya que su camioneta tenía permiso para entrar con las bandejas industriales dentro del recinto escolar durante las horas de clase, sin necesidad de pedir permiso a la consejería de educación. Ya sabrás que se han puesto muy estrictos por las amenazas terroristas después de lo que pasó en París y en Niza, por eso han instalado esas jaulas dobles para que las visitas estén controladas en dos pasos separados, pero una vez que entran en el liceo, Cristina dice que pueden aparecer en una sala de clase si quieren porque nadie les pone cortapisas, y al parecer más de uno se ha plantado en el aula de su hijo, o ha hecho guardia en la sala de profesores, o ha metido cartas privadas dentro de los buzones. Cristina dice que ha visto cosas que no se había podido imaginar nunca que existieran, que a veces le parecía una película, y que además había profesores que se quejaban de que les habían robado materiales, y eso no tiene nada que ver con la seguridad antiterrorista, sino con la mala leche del personal.

Laura asintió, y aunque no estaba muy al corriente del efecto que los últimos ataques en Francia podían haber tenido en Oriente Medio, le parecía lógico que se extremaran las precauciones, pero se perdió un poco en la última

divagación de Elena sobre el acceso al liceo.

Elena retomó su explicación:

—Bueno, volviendo al tema de la fiesta alcohólica, al parecer lo organizaron en *petit comité*, con la ayuda del chófer indio y de los camareros filipinos, que se llevaron una buena propina ese día y un par de botellas por cabeza para casa. Y el cerebro de la operación, como te estarás imaginando, fue la “madre de Arthur”, que se pilló una buena cogorza. La tía fue el alma de la fiesta, según le contaron a Cristina los que le describieron lo que vino después. Ella no quiso quedarse hasta el final porque estaba enfadadísima y además tenía miedo de que la policía estuviera fuera, viera algún movimiento raro y quisiera entrar en el recinto. Si la hubieran pillado allí, incluso aunque no hubiera bebido una gota, le habría revocado su licencia de profesora y habría perdido el trabajo. No cayó en la cuenta de que el liceo había informado a la policía sobre la entrega de premios y la asistencia de autoridades, y en cuanto la visita oficial se fue la patrulla se largó también, así que estaban a sus anchas. En cualquier caso, a ella no le apeteció participar en el sarao. Dice que los franceses no saben montar fiestas. Mira aquí, la que tenemos montada en el jardín —dijo Elena, mirando a los críos saltando fuera con el falso payaso, Leticia limpiando con un paño el hule de la mesa donde caían gotazos de zumos, patatas fritas y gusanitos naranja de sabor a queso, las madres rivalizando en quién tenía mejor calidad de vida, Cristina sentada en el suelo haciendo collares de papel con las guirnaldas caídas para las niñas de la fiesta, que hacía cola frente a ella.

—Vaya, pues esa anécdota no la conocía.

—A ver, que yo no le pongo cara al tal Arthur ni a su madre, pero si me dices “la madre de Arthur”, estoy segura de que no hay dos “madres de Arthur” con semejante reputación.

Elena apagó el cigarrillo en el cenicero con agua y presionó un

ambientador en la mesa para eliminar el olor a tabaco. Consultó otra vez el reloj y le preguntó a Laura:

—Entonces, ¿en qué lío estás metida con la madre de Arthur? No me digas que le vas a quitar el trono.

Laura sonrió.

—Ojalá —dijo riéndose— pero la cosa es más seria. ¿Has oído hablar de las fiestas de la playa? ¿De los botellones? ¿De las quedadas en los solares en construcción? ¿Cristina está al corriente de lo que pasa, te ha contado algo?

—Uuuuuu. Eso promete. Cuenta, cuenta.

## CAPÍTULO 9

**E**lena pasaba las fotos de la fiesta en la pantalla del teléfono. “Esta Leticia, qué buena es, me vale para todo, mira qué buenos encuadres me ha hecho”, le había dicho a Cristina, que sonreía sin decir nada mientras colocaba los cubiertos en la mesa, sabiendo que su amiga no podría vivir sin alguien que le ayudara a mantener semejante tren de vida: trabajo en la embajada, citas sociales, fiestas en casa, *brunchs* corporativos con la empresa de Germán los sábados,... Elena era un animal social, discreta y eficaz como un reloj a la hora de organizar eventos, sin dejarse notar pero siendo siempre la pieza esencial para el buen desarrollo de la fiesta, sabía todo pero controlaba lo justo, delegaba todo lo posible. Había dejado caer alguna vez que le cansaba ese estilo de vida, pero regresar a España le parecía demasiado aburrido, el mundillo empresarial y político le parecía casposo y rancio, nada *cool* como comer ensaladas *green* y quinoa con palillos japoneses rodeada de las *wannabes bling bling*, aspirantes del

estatus dorado del “*Quiero y no puedo*” que ella disfrutaba.

Cristina miró por encima del hombro de Elena y vio cómo todas las imágenes que pasaba estaban torcidas, algunas estaban movidas y los vídeos duraban dos o tres segundos, señal de que Leticia se había equivocado al pulsar y había seleccionado y desmarcado rápidamente. Estallaron en risas.

—Qué gamberra eres. Y yo que me lo he creído que las fotos eran geniales. Si son todas iguales, no tendrás ninguna buena para enseñarle a Germán cuando regrese.

—Hay alguna que está mejor, mira esta —dijo Elena volviendo hacia atrás.

—Sí, algo se puede salvar. La próxima vez contrata también el servicio de vídeo con los payasos —sugirió Cristina con ironía.

Se sentaron a la mesa. Habían preparado todo ellas solas, recuperando en una bandeja algunos sándwiches todavía presentables. Algunas le llamaban a eso “cocinar”, recordó Cristina, cuando escuchaba las conversaciones de las *mamás expats*.

Leticia debía estar agotada del traqueteo de la fiesta y después de recoger y acostar a los niños, Elena le dio las gracias, un trozo de pastel en un plato igual al que utilizaba el resto de la familia, y un “buenas noches”. A Leticia le debió sonar a gloria lo de retirarse a las ocho de la tarde. La mayoría de sus compañeras en el servicio doméstico no terminaban su jornada hasta las diez o las doce de la noche, especialmente si empezaba el fin de semana. Eran tan “parte de la familia” que pasaban más tiempo con los niños que sus propios padres, se bañaban con ellos en las piscinas, salían a pasear, les llevaban al colegio, les recogían en el colegio, les leían antes de dormir si madame tenía jaqueca o salía de cóctel, les enseñaban a hacer pis en el retrete, les doblaban la ropa interior, les planchaban los uniformes, les hacían la comida, les daban la comida, les preparaban los libros para el cole, les cargaban la tableta para

el cole, les sonreían siempre. Menos acostarse con el marido –aunque algunas aceptaban el desafío como Dianas cazadoras, quién sabía si alguna vez desbancarían a *madame* y se convertirían en señora de un occidental–, casi todas las compañeras de Leticia asumían el rol de madres para los hijos de sus *madames*. Leticia tenía más suerte porque sus funciones estaban más delimitadas y Elena, celosa de su papel de madre, sólo le indicaba las tareas de limpieza y rutinas de la casa y, excepcionalmente, hacer compañía a los niños si ella llegaba más tarde de lo habitual, aunque solía dejarlos acostados o leyendo libros en la cama para que se durmieran pronto.

Cristina había sacado un mantel de cuadros de Vichy grandes, de color amarillo, y lo había puesto doblado por la mitad sobre la mesa. Estaban las dos solas y no era necesario desplegarlo entero. Parecía un picnic de revista de moda, con las servilletas de color amarillo intenso, los cubiertos de la cocina con los mangos de plástico blanco y los platos blancos, los vasos de cristal soplados a mano en oferta de Ikea y la jarra de agua con zumo de limón y cubitos de hielo, con un cucharón largo de madera blanquecina para mezclar las rodajas que flotaban por encima. “Qué elegancia inusitada”, se dijo Cristina.

Elena sacó del frigorífico un bol de cristal con una ensalada de granada, quinoa, queso mozzarella y perejil aderezada con vinagre balsámico y aceite. La receta original llevaba queso feta, pero los niños lo encontraban demasiado salado y se habían acostumbrado a usar otro más suave. El bol estaba guardado como emergencia, por si alguna de las invitadas salía con una alergia desconocida para hacerse de notar en sus rarezas biológicas. Cristina retiró el film que evitaba que la ensalada se oxidase y se sirvió en su plato.

—Laura me dijo que podía contarte lo que me dijo —comenzó Elena, mientras se servía a su vez.

—¿Y por qué no se ha quedado? Creí que la invitarías a cenar cuando la



fiesta se hubiera terminado.

—Lo hice, pero no quiso quedarse. Dijo que prefería volver a casa, que se había calmado un poco al dejar salir todo lo que llevaba dentro, y que estaba un poco más tranquila, más ligera.

—Bueno —dijo Cristina —¿Y qué fue lo que la hizo venir como invitada a una fiesta de niños, pero sin traer niños? ¿Le dijiste que yo estaría aquí para que no vinieran sus hijos?

—Creo que los dejó en casa para tener más libertad de palabra. Además, si son adolescentes, no creo que se mueran de ganas por salir con mami en el pistoletazo del fin de semana.

—Ciertamente. Tú todavía tienes suerte de que son pequeños y te lo puedes llevar a todas partes.

—Y que lo digas. Mañana les tengo preparada una sorpresita.

—¿Ah, sí?

—El Real Madrid está haciendo escala dos días camino del mundial de clubes en Japón. Es una cosa de contratos, porque las líneas aéreas son patrocinadores, así que pasan aquí tiempo para hacer promoción y de paso se van adaptando al *jet-lag* que les pillarán de lleno en Tokio. El caso es que mañana después del entrenamiento, hay una recepción con niños en el hotel donde alojan, y allí me voy con los niños.

—¿Y cómo te enteraste?

—Había un mensaje en la Embajada, y ya sabes que la secretaria del Embajador se tiene que hacer eco de todo, cacareando como una gallina cuando sabe algo nuevo.

—¿Angeda..? ¿Cómo la llamas?

—Angélica-Demónica. Es un auténtico demonio. Su vocación profunda es el antónimo de su nombre original. Es una tía retorcida, ignorante y tremendamente malvada, una de esas mediocres que lo saben y no se lo

perdonan al resto de la humanidad.

—Bueno, pero mañana te vas a ver futbolistas con los niños, verás qué bien lo pasan. La pena es que no vayan también con el padre, imagino.

—Sí. A veces creo que viaja de más, pero bueno.

Las dos comían rebuscando un poco entre los ingredientes de la ensalada. Las bolitas de mozzarella eran una auténtica tentación, y el vinagre balsámico combinado con la granada le daba un toque dulce a todo. La quinoa sabía insípida, como siempre, pero tan sana como decían en las revistas de nutrición. Por fin Elena trajo a colación la conversación que había tenido con Laura:

—A ver si puedes hacer algo, por lo menos dar alguna idea porque lo que tenga que ver con acciones, creo que será difícil. El problema se llama “madre de Arthur”.

—Oh.

—¿Es un Oh grande, o un Oh pequeño?

—Es un “Oh, menudo lío nos vamos a meter y a ver quién nos ayuda a salir”. ¿Recuerdas la historia de la fiesta ética en la entrega de premios?

—Sí, sé que es la misma persona, en cuanto me lo dijo pensé en aquella situación.

—Es intocable.

—Eso me imaginé.

—¿Qué es lo que te contó? Contextualiza, chata. Tienes tres minutos, como en las exposiciones orales de clase. Calidad versus cantidad, no lo olvides.

—Se arrancó por el final, diciendo que su hijo estaba marginado porque ella se había quejado a propósito de una madre fuera del colegio.

—Y esa madre, como no podía ser menos, es la madre de Arthur.

—Efectivamente. Como me imagino que estarás al corriente después de

unos cuantos añitos aquí, el alcohol está limitado y sólo los adultos con identificación autorizada pueden adquirirlo.

—Sí, aunque en los polígonos industriales al parecer hacen la vista gorda y venden sin tarjeta para acabar antes las existencias y volver a pedir. Lo estaban diciendo esas mamás tan majas que has invitado hoy. Una es la que más whisky acaparaba de toda la comunidad escocesa en la ciudad y le gustaba presumir de su récord.

—Pues a la madre de Arthur también le gusta presumir de récord, y como no podía ser menos, los nenitos querían hacer una fiesta en la playa y ella, quién si no, se encargó de llenar el carrito del súper con todos los grados posibles para que las criaturas disfrutaran de un botellón a la altura del *bling bling* del lugar. Lo cargó todo en el maletero y se fue a la playa donde había dejado a los hijos y amigos después de comer para que se adocenaran un poco durante la siesta. No sé si llevaron sombrillas y flotadores, pero me los imagino medio insolados en la orilla, pegados a sus móviles y haciéndose fotos todo el tiempo para subirlas a Instagram.

—Típico. No me extraño demasiado, casi lo podía prever.

—Lo que la madre de Arthur no se esperaría es que Laura pidiera cita con el director para quejarse por el concurso de lingotazos que organizó en la puesta de sol. Querría recordar sus años mozos de levantamiento de birra en barra fija de bar, y la señora lideró el concurso, retó a casi todos los críos y, cómo no, ganó el desafío, cinturón de los pesos pesados de consumo étílico de alta graduación, y aumentó su caché como organizadora de fiestas alcohólicas. *Binge drinking*, ¿verdad?

—Correcto. Beber hasta caerse, muy típico de los británicos, pero menos extendido entre los franceses, que tradicionalmente sólo beben en la calle una vez al año para festejar El Día de la Música —aclaró Cristina, posando el tenedor en el plato: —¿Y qué fue lo siguiente?

—El hijo de Laura, el pequeño, estaba en el grupo de amigos, un poco como pegote porque no tenía mucha amistad con ellos, pero como gana las competiciones de natación, le invitaron de manera especial, y al no haber ningún examen por ser fin de trimestre, dijo que sí. A Laura le pareció bien. Además, casi todos los que iban eran franceses exclusivamente, una oportunidad casi única de salir y no ver tanto malcriado libanés intentando hacerse con la atención todo el tiempo.

—Cambió los malcriados libaneses por los malcriados franceses. ¿Acerté?

—De pleno, maja. Acertaste de pleno —continuó Elena, escarbando entre el perejil —El chaval se sintió incómodo por cómo iba pasando la tarde, y cuando apareció la madre de Arthur berreando que la ayudaran a bajar del coche todos los cajones de cerveza y licores, decidió que era el momento de marcharse, pero disimuló mientras pensaba en una excusa. Empezó el concurso de tragos y él no quiso participar, y ya sabes la presión que se genera en ese tipo de ambientes, es casi un acoso para unirse a la manada o ser expulsado de ella con todas las consecuencias. Llamó a Laura, pero tenía el móvil desconectado en la peluquería. Entonces llamó a su padre, que tardó en venir porque estaba visitando un terreno con un cliente para construir algo, un hotel o un centro comercial, no me acuerdo. El caso es que el marido de Laura, cuando llegó, se encontró al chaval esperando en la autopista misma, había caminado todo el sendero, que deben ser unos dos kilómetros, hasta llegar a la salida. Al padre le sorprendió un poco, pero no dijo nada. El chaval dijo que se estaba haciendo tarde y que tenía que terminar un trabajo y no se había acordado, así que quedó todo bastante creíble. Pero al día siguiente le contó todo a Laura.

—Pues habría que felicitarla por la sinceridad filial. En esas edades, los adolescentes sólo disfrazan sus problemas como secretos y se los cuentan a

los padres para manipularles y que carguen con toda la artillería contra los profesores.

—Pues aquí nadie carga contra los profesores, sino que cargan contra el compañero de estudios.

—¿En resumen? Te has pasado de los tres minutos. Necesito la conclusión.

—Esto es estresante. ¿De verdad tus alumnos exponen en tres minutos?

—El primer trimestre es una masacre, por eso el coeficiente en el ejercicio oral es muy bajo, para que no lloren demasiado pero sean conscientes de que será así hasta junio. En general, después de diciembre vuelven más mentalizados de que una buena exposición oral les ayudará en su nota final y dará otro enfoque sobre su madurez y resolución en las apreciaciones para la universidad, así que se lo toman como un desafío más que como una condena. Y sí, los resultados suelen ser sorprendentes por el cambio de actitud. Luego te toca aguantar a los padres, que se creen que el milagro se ha obrado nada más en su casa, y quieren un baremo que diga que su hijo es el número uno para regocijarse y restregárselo por las narices al resto de la familia, amigos y compañeros de trabajo. Sigue, por favor. Tienes un minuto de gracia —sonrió Cristina.

—Qué graciosa.

—Lo sé, guapa. ¿Qué pasó después? Me juego el pelo a que Laura no se pudo aguantar y se presentó ante el *provisieur* sin prepararse el discurso.

—Efectivamente. Me dijo que no durmió, que estaba hecha un manojo de nervios, que no sabía qué decir, y llamó a la secretaria del director, que por lo visto le dio hora el mismo día, lo que la sorprendió un poco porque incluso para el registro del año pasado tuvieron que esperar varios días y casi se quedaron fuera del cupo, y eso que habían avisado meses antes de la llegada y demás. El marido de Laura es muy metódico y la empresa tenía todos los

plazos convenidos, ya sabes cómo funcionan en Suiza.

—¿Suiza? ¿Pero no habías dicho que eran franceses?

—Sí, pero su último destino fue Ginebra. Allí estuvieron poco tiempo porque la empresa quiso dar un giro estratégico y centrar las operaciones de Oriente Medio abriendo una oficina en la zona, así que realmente lo único que hizo en Ginebra fue organizar la apertura de la delegación aquí. Era más fácil gestionar la nueva delegación desde la sede de Ginebra, que no está en la Unión Europea, que desde París. Los impuestos, ya sabes.

—Los impuestos y el secreto bancario, que soy profesora de secundaria pero no tonta. A mí también me contactan los buitres inversores de vez en cuando para saber si quiero domiciliar mis ingresos en un fondo suizo o de las Islas Caimán.

—Ohooo. ¿Y qué les respondes?

—Que me lo gasto todo en cryptokitties.

—¿En qué?

—En una cosa derivada de los bitcoins.

—No sabía que estuvieras tan puesta en criptomonedas.

—Y no lo estoy. Empecé a leer sobre el tema hace poco. Me aburre actualizar los contenidos de curso con tantísimo detalle como hacía años antes. Ahora mi tiempo privado es mío y leo lo que me da la gana.

—¿Y te dejan en paz los buitres?

—Da el pego bastante bien, porque se quedan callados sin saber qué decir. Me aguanto la risa para no humillarles, son tan machos alfa y tan arrogantes los que me llaman, creyéndose que caeré en sus brazos por esa voz tan varonil y engolada. Algunos parece que se ponen un huevo cocido en la boca para hacer más voz de caverna —dijo Cristina, levantado los ojos y meneando la cabeza, y continuó: —Te enviaré unos cuantos artículos sobre cryptokitties por si quieres añadir algo nuevo a tus eventos sociales. Volviendo

al tema de Laura, ¿qué paso en la reunión con el director?

—Lo de siempre, como tú lo sueles contar, que te dan cita y te hacen esperar un par de horas, y que el tipo es tan libidinoso que le paseó los ojos por toda la anatomía mientras ella intentaba exponer el caso de una manera coherente, hasta que se dio cuenta de que estaba tan alterada por una cosa o por otra que no era capaz de hilvanar las ideas.

—Es un auténtico cerdo. Una espera siempre que alguien en la poltrona que él ocupa tendría más sentido del deber y refrenaría sus hormonas, pero como vive solo y hace calor, es como los perros, está en celo día y noche.

Elena posó el tenedor en la mesa:

—Nunca te había escuchado hablar así de tu jefe supremo.

—Pues ya ves. A veces me libero de la faja mental y digo lo que verdaderamente pienso. Paso tantas horas constreñidas por lo políticamente correcto y el amparo de los menores, que me autocensuro más de lo que debo. Y como yo, todos, incluida tú.

—Sí, es cierto. Damos más importancia a mantener una imagen correcta de nosotros mismos sin plantearnos que estamos sacrificando nuestra ética y nuestro pensamiento.

—Esos rollos se los dejo al profesor de Filosofía, que como ha ganado un premio literario está dando la vuelta al mundo dando conferencias y tiene suplente en el liceo. Pero sí, volviendo a la reunión de Laura, el tipo es un cerdo.

—Se te llena la boca al decirlo.

—Es que la comida sana que me pones siempre me suelta el verbo.

Elena desistió de corregirla y continuó:

—Pues eso, que la pobre se quedó totalmente descolocada, con aquel hombre comiéndosela con los ojos y dudando de si lo que decía era correcto. El *provisieur* le dijo algo como *'Ah, madame, nosotros no podemos entrar en*

*lo que hacen los alumnos en sus vidas privadas, ni mucho menos en lo que hacen otros padres. ¿Cómo haríamos si alguien viene a quejarse de usted?* Y claro, ella se quedó fuera de juego, pasó de víctima a sospechosa. Una piensa que si los chicos se han conocido en el liceo y han salido juntos a la playa acompañados por una madre... todos creemos que el liceo debería tener algo que decir, al menos una pequeña responsabilidad ética, si no civil, judicial o penal, por el mero hecho de haber sido el escenario del primer contacto, por no decir la institución que acoge a todos los alumnos, a los buenos y a los malos.

La ensalada había tocado fondo y tan sólo los restos de la aguachirle de la vinagreta flotaban en el bol.

—Vale, vale, no te lées, que te vas poniendo tan emocional como ella. Aquí no hay nadie al otro lado de la fuerza oscura, sino gente que maneja los hilos y nos pone a todos como marionetas. Eso me lo has explicado tú cuando he llegado alguna vez hastiada de los claustros o de las reuniones de padres. Lo importante aquí es catalogar a esa “madre de Arthur” que tan bien maneja el cotarro. Te explico de qué va la cosa: la madre de Arthur es sólo eso, la madre de Arthur. ¿Por qué no hablamos del padre de Arthur?

—Mmm... déjame pensar...¿porque no sale en la foto, como casi ningún padre?

—Bien. Vas bien. Por eso en España, las asociaciones de padres se llaman AMPAS, en virtud a que son las madres las que llenan las reuniones anuales, preparan la tortilla y disfrazan a los niños para el Belén navideño y el carnaval, además de acompañar en las excursiones extraescolares y todo lo demás. En francés y en inglés no le cambian el nombre porque se dice “parents”, que no es sólo el equivalente a “padres” en sentido masculino, sino al de “progenitores”. Y el caso es que el padre de Arthur sí se preocupa, y mucho, por su hijo, que dicho sea de paso, tuvo que repetir un curso.



—¡Cómo! ¡Que el tal Arthur repitió! ¡Imposible, con esa madre que tiene!

—Verás cómo sí: *Petit Arthur* tuvo un *annus horribilis*, tan *horribilis* que no se pudo salvar por ningún sitio su expediente académico, aquello era como un barco hundiéndose, no había por dónde achicar el agua. Pero dio igual, en el claustro de junio se le felicitó y tal, y se le deseó buena suerte en su próxima aventura en Sudamérica.

—¿Eh?

—El padre pidió un cambio de destino por un año para que el gran bebé repitiera curso sin perder la cara con sus compañeros de clase ni que se culpara a la madre de falta de atención, que digo yo que también sería falta de atención por parte paterna porque los humanos no nacemos por partenogénesis, como las iguanas. El caso es que se fueron a Venezuela, donde por supuesto Arthur no aprendió ni papa de español, pero repitió curso discretamente para volver después del verano al paraíso oriental, donde realmente tiene su tribu de amiguetes y coleguitas que le pasan tabaco y otras sustancias en la puerta del liceo, y su madre es la reina de la fiesta.

—Pero eso no le confiere ninguna inviolabilidad a esta familia. Que sean unos descarados, que hagan y deshagan a placer no justifica que el liceo y los demás alumnos que no son Arthur tengan que tragar con ellos.

—O sí, porque la historia no termina en Venezuela, regresa aquí. ¿No te resulta sorprendente que el papi pueda tomarse un año de rositas en otra jungla paradisíaca para que su hijo repita en el liceo francés de las antípodas?

—Sí, bastante, pero es que a veces las empresas toman decisiones descabelladas, aunque lo de Venezuela no parece muy lógico. Lo normal habría sido permitirle un cambio dentro del mismo Golfo, pero tan lejos de aquí, es extraño, cuando menos. A ver, ¿qué más sabes?

—No mucho más, salvo que el papá es alguien muy importante. Un poquito VIP, dentro de la nobleza de los VIPs extranjeros de aquí.

—Venga, suéltalo ya, que me pongo a comer de la ansiedad.

—El papá de Arthur —dijo Cristina, haciendo una reverencia en el aire —trabaja para la petrolera francesa que ha financiado la construcción del edificio nuevo. Edificio que no tiene ascensor, todo hay que decirlo, porque a pesar de que estaba en el diseño no se incluyó finalmente porque las escaleras son más sanas, y si ahora hubiera un alumno con silla de ruedas, habría que adaptar todos sus cursos a la planta baja, donde están los parvularios para evacuarlos rápido en caso de incendio, porque no podría subir ni al primer piso.

Elena la miró con mohín de impaciencia y Cristina volvió al meollo de la cuestión:

—Pero bueno, a lo que voy con el papá de Arthur. Cuando entras en la cantina, donde todos los alumnos hacen cola por lo menos una vez al día, hay una placa conmemorativa de granito con los nombres de los artífices de la construcción. Así que todos los días, dos mil alumnos y doscientos profesores pasan frente a la placa y sí, allí está el señor Mourreau, el papá de Arthur con su nombre inmortalizado al lado del logo de la compañía, casi casi al mismo nivel que la multinacional que le da de comer y que él maneja a su antojo, pringando con fajos de billetes a quien convenga, con tal de seguir firmando los contratos que garantizan la continuidad de la empresa aquí.

Se quedaron en silencio. Elena hacía dibujitos con los dientes del tenedor sobre el caldito que quedaba de su ensalada, incómoda ante la situación que acababa de conocer. Ahora quedaba claro que Laura había metido la pata hasta el corvejón cuando había pretendido quejarse de una fiesta fuera del liceo en la que otra adulta supervisaba a los menores. Ese sería el encuadre correcto. Adulta, supervisión, playa. Por supuesto que ni el director ni nadie iban a salvar al chaval de Laura de lo que pudiera venir después.

—¿Ocurrió algo después de la reunión con el cerdo?

—Con Laura, no, pero con su hijo, sí. La clase entera le hace el vacío y el tutor le mira mal. Al día siguiente de la playa parecía que todo estaba normal. Cuando se fue de la fiesta les dijo que su padre venía a recogerle y que estaba esperándole en el desvío de la autopista, que ya iba él solo para que no le acompañaran. Pero después, en cuanto se supo que la madre había estado en el despacho del *proviseur*, comenzó el acoso, los comentarios cuando pasa, las botellas de agua que tiran al suelo para que le exploten al pasar, y todo eso. En palabras de Laura, “*es todo un poco denigrante*”. Como madre le debe resultar durísimo.

—Como ser humano nos debería resultar durísimo a todos, pero en general aceptamos el abuso por comodidad mientras no nos afecte directamente. ¿Te dijo Laura quién es el tutor de su clase? A lo mejor puedo interesarme, o escuchar algo en la sala de profesores.

—Es mejor que no lo hagas.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—Tu amigo. El psicópata.

## CAPÍTULO 10

**L**amia estiró una pierna y luego la otra para lanzar los zapatos cerca del mueble zapatero de la entrada. Qué descanso para los pies. No tenía la costumbre de subirse en zapatos demasiado altos, y ahora incluso los tacones de media altura la cansaban. “Avísame cuando te puedas conectar”, decía el mensaje de Cristina cuando Lamia sacó el teléfono del bolso.

“Conectarme, lo que se dice conectarme, estoy en modo ON todo el día”, pensó Lamia, lo que no me apetece o no puedo es escribir todo el tiempo”. Guardó los zapatos en el mueble por aquello de predicar con el ejemplo para cuando llegaran sus hijos, aunque sabía que era la jornada para el baloncesto y el inglés después del instituto, así que llegarían más tarde que ella. Ya no querían que les recogiera siempre porque querían venir caminando solos con los amigos, botando el balón y comiéndose la merienda por el camino. A Lamia le costaba acostumbrarse a la libertad de ese tiempo libre extra, el mismo que durante años no había podido utilizar porque había estado

esclavizada con los horarios infantiles. Entró en su dormitorio y se sentó en la cama, se dejó caer hacia atrás y se mareó un poco al cambiar de posición vertical a horizontal. Con los ojos cerrados, la cabeza le dio unas cuantas vueltas mientras se acostumbraba a respirar tumbada. Levantó las piernas para que le bajara la sangre a la cabeza, flexionó los dedos de los pies, oh qué dolor, este juanete rebelde le estaba fastidiando y no tenía ni cincuenta años, se masajeó los pies y desenroscó las medias. Tuvo la sensación de que la piel le respiraba y la sangre fluía al quitarse las fundas de nylon de las pantorrillas.

Se retorció para alcanzar el pijama debajo de la almohada y tiró de los pantalones. Se cambió no sin problemas, porque seguía tumbada y rulaba hacia un lado y otro para quitarse la ropa de la oficina y enfundarse el pijama. Ahora sí que estaba mucho más cómoda. Hadi estaría de viaje y no podría conectarse. Tenía tiempo para charlar con Cristina mientras los chicos no estuvieran delante. Cada vez que la veían contestando mensajes con el móvil en una mano y cocinando con la sartén en la otra le echaban en cara que no podría acusarlas de hacer lo mismo y no responderle cuando las llamase.

“Ya estoy aquí”, le escribió a Cristina. Se adormeció un poco hasta que la pantalla del móvil se iluminó de nuevo:

Hola. Vaya día.

¿Cansada?

Sí. Y harta.

¿Cuándo vienes de vacaciones?

Sigo sin billetes, los compraré de *standby*, como hago siempre.

¿Qué te pasó hoy? ¿Tenías fiesta después de dar clase, creo?

Sí, así es. Menuda fiesta.

¿Algo malo?

Estuve en casa de Elena. Lo pasé bien, pero me quedé a cenar.

¿Y?

Me contó un lío entre una madre española del liceo, y la esposa del mafioso de turno, una alcohólica de campeonato.

Me hablaste una vez de ella.

Seguramente. La estoy haciendo famosa.

¿Por qué? ¿Le proporcionas tú el beberío?

No, la señora se vale sola. Es de las que tienen el Síndrome de las *Spice Girls*, se cree que no envejece y se comporta como una adolescente en público.

“Oh, Dios”, pensó Cristina. “Ahora va a pensar que la estoy criticando por lo del nuevo novio joven”.

Lamia pensó en lo difícil que tenía que ser combinar tanta diplomacia cuando había menores de por medio, pero no se dio por aludida por la referencia a las Spice Girls, quién sabía ya lo que había pasado con ellas, seguro que eran unas matronas respetables. Oyó un ruido fuerte y seco a través de la ventana. Era un trueno. El cielo estaba cubierto y amenaza tormenta por la ventana, una tarde perfecta para meterse en la cama o taparse con una manta en el sofá con un buen libro, si no fuera porque tendría que hacer la cena y estar de pie otro rato más preparando la comida de mañana. Sabía que Cristina echaba de menos momentos como aquel, con la tormenta eléctrica acercándose y se lo quiso recordar. Esperó a que dos rayos iluminaran el cielo y, click, los captó con el móvil y se los envió por Whatsapp:

¿Qué te parece? ¿A que lo echas de menos? Pues

debe ser la tercera o la cuarta tormenta esta semana.

Por las noches ni las cuento, duermo como un lirón.

Sí. Qué bonitos. Los rayos.

Esta no era la Cristina de siempre, pensó Lamia. A lo mejor necesitaba algún empujoncito, pensó Lamia, para que se arrancara con la historia de la madre, si tanto la estaba agarrotando.

Bueno, ¿qué paso con la madre esa?

Otro caso de acoso escolar encubierto por la administración.

Pareces el telediario cuando dan las cifras de acoso en la hora de la siesta, cuando a nadie le importa y prefiere dormir con la sintonía del programa.

Quizá sí, ya me he acostumbrado. Pero lo que me dejó en shock fue que no pudiera ayudar al chico.

¿Por qué? ¿En el código ético os piden que como enseñantes no interrumpáis la normal interacción entre los alumnos, aunque los estén moliendo a golpes? Cuando pones las noticias y escuchas un caso así, parece que a los profesores les obligan a hacer la vista gorda, porque todos se excusan diciendo que no pueden, que no sabían, que no entendían,...

No, no, no es eso. Una cosa es que en la relación profesor-alumno no se puede tocar al menor, y otra muy distinta que no puedas intervenir. En mi caso, es un bloqueo mental el que no me lo permite.

¿Y a qué se debe ese bloqueo mental?

Su tutor es el psicópata.

“Acabáramos”, se dijo Lamia. Otra vez el tipo ése danzando libremente cual demonio en los pensamientos de Cristina. “Es imposible sacárselo de la cabeza”, pensó. Lamia recordó la crisis mental que Cristina había sufrido unos meses antes, quizá un año, cuando el psicópata la empujó por las escaleras del edificio viejo durante un cambio de clases. Si no se tenía contacto físico entre profesores y alumnos mucho menos entre profesores, y ni de lejos dar un empujón a la colega de departamento porque tienes celos de su buena sintonía con los alumnos. Pero aquello sucedió, Cristina se vio desplazada por un empujón contra el muro, perdió el equilibrio y resbaló uno o dos escalones sin llegar a caerse, mientras el psicópata se abría paso agarrado a la barandilla y dando golpes con la mano libre para bajar el primero. Los pasillos estaban atestados de estudiantes cargados con mochilas cambiando de aulas, y algunos esperaban a los amigos en las escaleras cuando ocurrió el incidente. Le contó después que oyó algunas risas de los alumnos, pero lo que la dejó en estado de shock fue cómo el tipo “bajó las escaleras, como un demonio calvo con esos ojos grises y fríos como un témpano de hielo, dando mandobles como si llevara una espada en la mano”. Le había narrado Cristina que al hecho de verse agredida en las escaleras, sin saber muy bien cómo describir lo que había pasado pero sintiendo mucha vergüenza, hubo que añadirle una semana hasta que fue capaz de hablar del incidente con dos colegas. Una le ayudó a escribir una carta al director para quejarse del comportamiento en público del psicópata. Para entonces ya habían pasado tres semanas de aquello, y el director convocó al psicópata, acompañado de un representante del sindicato, y a Cristina acompañada por otro sindicato diferente en el que ella no militaba, más el subdirector. No valió para nada. Durante más de media hora, el psicópata repitió entre risas y comentarios a media voz que no se acordaba de nada. Sabía que era la palabra de uno contra



la del otro porque el liceo no convocaría a los probablemente cincuenta o sesenta testigos porque eran todos menos de edad. El subdirector, un egipcio que obtuvo la nacionalidad tras casarse con una francesa para después divorciarse y casarse con su novia marroquí, aprovechó la ocasión para responsabilizar a Cristina de sus propias negligencias como subdirector al establecer los turnos de clase tres años antes, y la acusó de manipuladora a la hora de negociar los horarios. La realidad era que el jefe del departamento, un auténtico trepa que tenía todos los visos de acabar en la política dada su labia para movilizar a los alumnos con la guitarra y su falta de escrúpulos para firmarse horas extra sin haberlas dado, había abandonado a todo el equipo en la demanda común de un cambio de horarios, lo que permitió que otros departamentos se beneficiaran de jornadas con menos horas muertas entre las clases. Cristina escribió a la administración diciendo que su horario no le interesaba y puesto que otros liceos demandaban profesores en su materia, se inscribió para una plaza pendiente de adjudicación y propuso que distribuyera sus clases entre sus colegas, que siempre se quejaban de ganar poco dinero, para que así ganaran más y tuvieran menos parches de horas muertas en el horario semanal. Aquella carta levantó sarpullidos y destapó la negociación encubierta entre el subdirector y el jefe de departamento, que beneficiaba también al psicópata y castigaba a todas las mujeres del equipo. No era un techo de cristal contra lo que luchaba Cristina, era contra la zancadilla constante de unos abusones transformados en profesores en la edad adulta. Ella fue la víctima pero a partir de entonces, los horarios de los profesores tuvieron que ser públicos para que todos pudieran verse tratados con igualdad. A cambio, la administración hizo una pequeña variación en los horarios de las profesoras pero no firmó el permiso de Cristina para irse a otro liceo aquel año. En diciembre, una de las colegas de Cristina presentó su dimisión por problemas de salud, aunque la auténtica razón fueron las diferencias

irreconciliables con la dirección.

De aquella reunión para que el psicópata se retractase por el empujón en público no salió nada bueno. El director puso todo de su parte para neutralizar la situación porque era lo más conveniente para todos. La colega de Cristina que le había escrito la carta –ella no estaba en condiciones de poner aquello por escrito- había añadido un último párrafo amenazando con acudir a la policía para denunciar el comportamiento del psicópata. El director puso en marcha un dispositivo de manual de emergencias: llamó a Cristina a las ocho de la mañana citándola a las once, pero en ningún momento le dijo que era una reunión a varias bandas entre él, Cristina, el psicópata y el subdirector, además de los sindicalistas como apoyo y testigos de las partes contendientes. El director se metió en su papel pidiéndole al psicópata que se disculpara, “*Allez, monsieur Connad*”, “*Vamos, señor Connad*”, y cuando el señor Connad ya se había reído lo suficiente en la cara de todos, dijo mofándose de todos: “Bueno, pues vale, lo siento mucho. No volveré a empujar a mi colega por las escaleras. Ja. Ja. Ja”. Todos respiraron profundamente, satisfechos, menos Cristina. La reunión terminó con apretones de manos por parte de todos, menos Cristina, a quien el director tuvo la deferencia de felicitar en público por la calidad literaria de su carta-denuncia.

Lejos de salir victoriosa, Cristina se hundió aquel año, entró en barrena como un avión a punto de estrellarse. Como contrapunto, el psicópata emergió como un puntal en el que el señor Abdelrahman –el sindicalista que le acompañó– y los equipos de matemáticas y árabe –el señor Connad era hijo de una libanesa y un francés– se apoyarían para sacar adelante todas sus demandas. No había duda de que el tipo loco fue capaz de doblegar a la dirección durante aquella media hora al admitir un empujón y dejar fuera a la policía. Había que ficharlo aunque estuviera un poco sonado. La dirección, satisfecha, había salvado la cara al convocar la reunión. El subdirector no se

dejó nada en el tintero. Cristina utilizada como moneda de cambio. Menudo regalo les había hecho a todos. Era como un abuso en grupo. Salió del despacho doblada, con todos los puñetazos bajo el estómago. Se quedó sin habla. Volvió a casa porque era su día libre. Al psicópata le anularon las clases como premio al descanso ganado. A ella la hicieron venir en su día libre. A ella no la dejaron desconectar. Al día siguiente tuvo que afrontar, con horror, su paso por las mismas escaleras donde la había empujado. El ruido de los alumnos en los cambios de clase le parecían mofas cuando pasaba. Revivía la situación cada vez que cerraba los ojos, cuando los alumnos escribían y ella controlaba el tiempo de la respuesta. Se veía frente al psicópata, arropado por el equipo de dirección y el equipo sindical. Todos en un frente común contra ella. Todos los manuales contra acoso escolar dicen que nunca se obliga a la víctima a tener un “cara a cara” con el acosador. Los psicólogos dicen que al acosador se le cambia de centro, no a la víctima. *Ahora puedes irte si quieres, sucia delatora*, la miró el psicópata antes de salir sonriendo de aquella reunión. Cristina a cambio de la reputación del liceo. Así que todos podrían seguir haciendo lo que les viniera en gana. Y de ahí salió una huelga general de dos semanas en el trimestre siguiente que a punto estuvo de cerrar el liceo de no haber sido por la intervención de la Embajada.

El resto del año fue como una alucinación para Cristina, incapaz de sobrellevar la pasividad de la dirección ante los abusos diarios. El departamento de árabe no daba clase. Los alumnos pasaban lista en el ordenador con las contraseñas de los profesores. El examen se fotocopiaba y se distribuía, año tras año, entre los alumnos. La administración hacía la vista gorda. El departamento de matemáticas no trabajaba ni el primer ni el último día de semana para juntar fines de semana de cuatro días, y se reservaba la

jornada completa del día en el que coincidieran más fechas festivas para perder más horas de clase. Todos los profesores de matemáticas daban clases particulares en sus casas. La administración lo sabía. La dirección hacía la vista gorda. La ley local lo prohibía, pero no había resguardos de los pagos. El que se vaya de la lengua lo pagará después, se advertía veladamente a las familias. Siempre hay expedientes que se envían y se pierden telemáticamente. Siempre hay expedientes que nunca llegan a la universidad. Hay que pagar las clases extras, aunque seas un alumno brillante. Los profesores siempre te abrirán más puertas. Los profesores que denuncian tienen problemas para renovar su licencia si pierden la confianza de la institución educativa.

Cristina estuvo aguantando el curso escolar para que se terminara el contrato del psicópata. Ella sabía que llevaba razón, pero algo ocurrió que la descolocó totalmente. El psicópata pasó como una exhalación por el pasillo con la renovación de tres años en la mano como si fuera la llama olímpica. No había explicación. Silencio administrativo. Felices vacaciones, *madame* Cristina.

Ahora Cristina le pedía consejo a Lamia:

¿Qué me sugieres que haga?

Agua que no has de beber, déjala correr. Me lo enseñaste tú. No puedes embarrizarte otra vez ayudando a alguien porque esto te va a costar la salud, Cristina. Ya estuvo a punto de arrastrarte hace un año con la historia del empujón. Lo único que conseguiste fue la respuesta tribal del departamento de árabe, que cerraron filas en torno a él.

Me da coraje porque la madre quiere llevarse a los hijos

de vuelta antes de que sea demasiado tarde, pero el padre está empeñado, erre que erre, en seguir aquí. *Cuéntame un cuento*, como decían Celtas Cortos, y *verás que contento...* Cuéntame algo que me saque todo esto de la cabeza, anda.

Tenemos pendiente mi pareja. ¿Por dónde quieres empezar?

El nombre ya me dijiste que no, así que al menos cuéntame cómo os conocisteis.

No te lo vas a creer. Nos contactamos por Facebook.

¿Por Facebook? ¿Pero tú sabes manejar eso?

Jajajajajaja

Claro que tengo Facebook. Por eso no te invito.

JA JA

Qué bueno, tía. Menos mal que no te guardo rencor. Yo tampoco te invito al mío. Total, está en inglés y tú no te enteras de nada jajajajaja

Hay veces que te superas, hija jajajaja

Bueno, entonces, ¿qué? ¿Cómo surgió la chispita del amor?

Lamia oyó un ruido fuera. Las llaves giraban en la cerradura. Los niños acababan de llegar. “Te dejo ahora, te grabo un mensaje y te lo cuento luego. Me toca la batalla de las judías verdes. Agur, chica”, le escribió a Cristina.

## CAPÍTULO 11

**U**n sol abrasador entraba por la ventana del salón. Cristina se había quedado dormida con el albornoz y la toalla después de ducharse, la televisión estaba encendida sin volumen y pasaban un programa de entretenimiento con entrevistas grabadas a estrellas de Hollywood con carteles de películas que ya se habían estrenado un par de años antes, así que el programa era un enlatado bien caducado.

Se pasó el secador para darle un poco de forma al pelo apelmazado y se vistió con un chándal gris para estar en casa. Era fácil engordar en aquellas latitudes porque el calor era tan achicharrante que nadie salía a la calle a menos que fuera necesario, así los fines de semana transcurrían en las casas picoteando lo que fuera para tener la sensación de hacer algo. Cristina había decidido hacía tiempo no programar ni corregir nunca más durante los fines de semana. Quería saber qué se sentía al estar libre dos días seguidos. A veces recogía trabajos la víspera del fin de semana, pero no los corregía hasta que llegaba el primer día laborable, y entonces sacaba el fajo de redacciones o de

exámenes y corregía en las horas muertas entre clase y clase, o bien después de la comida o al llegar a casa. En cualquier caso antes de cenar, aunque no tuviera nada importante que hacer después.

Fue Constance quien le recomendó que reciclase sus cursos actualizando algún documento, pero que se olvidase de renovar todos los contenidos todos los años porque ni se lo iban a agradecer, ni lo iban a notar. Siempre salía a relucir el departamento de árabe, que hacía el mismo examen de nivel todos los años aunque los manuales cambiaran y llevasen más colorines, menos letra y más diálogos para fomentar la comunicación oral en lugar de evaluar sobre letra escrita, el método viejo del que los enseñantes de árabe no eran capaces de desligarse, bien por pereza o bien por falta de diligencia profesional. Pensó en Constance. Hoy era viernes, sería día laborable en Hong Kong. Llevaba ya un año allí desde que se fue y apenas escribía ya. Constance la ayudó con aquella carta para denunciar al psicópata; hizo lo que pudo por sentirse cómoda en Oriente Medio, hasta que llegó un momento en que, al igual que la otra colega, también decidió poner tierra de por medio para desintoxicarse del ambiente del liceo. Fue una sabia decisión. Tras su partida, sólo le quedaban Elena y los WhatsApp de Lamia para apoyarse en alguien. Cristina se había prometido terminar su contrato ese año e imitarlas, y aunque creyó que experimentaría alguna satisfacción a medida que se acercaba el fin de curso, la realidad es que cada día le costaba más levantarse y “pintarse el ojo”, como decía Lamia para explicar que tenía que ir a trabajar: hasta que no se maquillaba no sentía que estaba yendo al trabajo. Maquillarse para ir a trabajar. Hacía años que Cristina no se ponía rímel, ni sombra de ojos, sólo un poco de protector labial para combatir el sol. Miró la hora en el móvil. Oh, mensaje de Lamia. Y un triangulito para darle al botón de reproducción. “Qué ilusión”, pensó sonriendo, y apretó el triangulito en el dispositivo para escuchar la voz de su amiga:

“Hola. Soy yo. Sí. Otra vez. He ganado la batalla de las judías verdes, pero me han jurado odio eterno hasta la pizza del sábado, que se la había prometido antes [Rió]. Así que nada, he sobrevivido. A veces pienso en que tengo dos hijos y un ex marido, y no sé cómo te enfrentas a hordas de adolescentes tú sola todos los días. Te admiro, chica. Bueno, vale, ya sé que te estarás cabreando porque quieres la historia de mi nuevo “*chum*”, mi noviete. No, no es marroquí, tampoco es argelino. No, pesada, que no es tunecino. Cómo eres. Sí, ya sé cómo eres. Ja ja ja. Una impaciente de tomo y lomo. Bueno, aquí la bomba. Es sirio. (silencio) Imagino que te costará imaginarte que sea sirio con la que está cayendo allí, ¿verdad? Él ya ha salido de Siria, de hecho hemos contactado porque él está viviendo ahora en Argelia como refugiado. Hemos contactado en Facebook. No sé si él me ha encontrado a mí o yo a él, pero todo ha sido rápido, casi sin darnos cuenta. Su visado de refugiado está en orden. La Media Luna Roja consiguió todos los papeles porque tiene varias lesiones de bala en la cadera, así que se le consideró caso humanitario y tuvo suerte de que lo embarcaran de los primeros que llegaron a Grecia, porque de lo contrario todavía estaría dando vueltas por el zoco de Estambul. Pidió venir a un país musulmán para no quedarse tirado en la frontera, así que la Media Luna Roja contactó con su oficina en Argelia y lo trajeron allí. En el fondo le gustaría ir a Alemania, pero no está nada fácil y de momento quiere ir despacio. Está trabajando en la oficina de la Media Luna en Argel porque no puede hacer demasiados trabajos físicos. Yo creo que por eso tiene tanto acceso a los ordenadores, aunque sólo se conecta conmigo por las tardes, cuando ya se ha ido toda la gente. (Hizo una pausa). Bueno, y ahora viene lo más gordo: nos vamos a casar. (Silencio) Seguro que me tomas por loca, y mira, ni yo misma estoy segura de que sea amor verdadero, pero creo que le haría un favor incluso si se tratara de un matrimonio blanco, que no lo creo. No se merecen lo que les está pasando en



Siria, así que si se puede ayudar a alguien con papeles legales para que al menos tenga una mínima seguridad, mejor será, ¿no crees? Bueno, chata, te dejo para digieras todo. Ya me llamarás mañana si no te ha parecido mal. Besos, nena. Y arriba las judías verdes”.

Cristina se sintió impotente por lo que acababa de oír, celosa de que el nuevo novio de Lamia se la estuviera llevando a su terreno tan fácilmente. Qué estaba haciendo Lamia en Madrid, no tenía ni idea, pero no pintaba bien. Parecía que le había sorbido el seso. No porque se hubiera radicalizado ni mucho menos, sino por cómo enfocaba el asunto. Si el tipo ya tenía un curro en la Media Luna Roja nada menos, donde controlan los suministros a los refugiados y hacen politiquero vario, no estaría muriéndose de ganas de llegar a Alemania para sobrevivir. Seguro que el salario le daba más holgura en Argel que en Munich, y además haría menos frío en invierno. ¿Para qué iba a traérselo a Madrid? Lamia había dicho matrimonio blanco, como disculpándose por adelantado por algo que iba a hacer, como si no estuviera totalmente de acuerdo pero no tuviera otro remedio. La expresión le hizo eco en la cabeza. Matrimonio blanco. Y de pronto, todo fluyó en la cabeza, aquella extraña conversación con Constance dos o tres años antes. “Es un matrimonio blanco, tienes que abandonarlo. No te dejes convencer. Ni siquiera le quieres”, le había dicho Cristina. Constance, el modelo de mujer más independiente que nunca había conocido, naufragaba interiormente cada vez que aparecía en un acto social y las mujeres agarraban a sus maridos para que no se dejaran llevar por aquella rubia alta, sofisticada, educada, con labia y sin ataduras matrimoniales. Constance se sentía como la peste por cómo las francesas le hacían el vacío cada vez que entraba en un salón de hotel para asistir a una conferencia, a un cóctel o a un discurso. Ninguna amiga en quien apoyarse.

Buscó una solución sucedánea para su vida social. Se apuntó a grupos de

Meetup para solteros con el fin de evitar aquel ambiente obsesivo y repetitivo de la comunidad francesa, donde aquellas mujeres frustradas que habían abandonado sus carreras profesionales para que sus maridos triplicaran sus salarios y sus viajes, convertidas en rémoras de su éxito profesional, la despreciaran. En aquellos grupos internacionales de Meetup había fauna de todos los tipos, desde gente que salía de un divorcio y miraba siempre hacia atrás por si el ex-cónyuge andaba cerca controlando gastos, hasta enfermas y profesoras británicas que, pasada ya cuarentena, intentaban conseguir su primer marido; hasta hombres infantilizados, incapaces de tomar decisiones a largo plazo para llevar una vida estable, al menos como individuos independientes capaces de gestionar su cartera. Si no se tomaban las cosas muy en serio, aquella tribu urbana se fue transformando en un grupo permanente con un fondo de diversión. Constance no podía esperar mucha profundidad espiritual, pero su nueva tribu le llenaba los fines de semana, suficiente para desconectar de la rutina. Allí nadie era profesor, ingeniero o banquero, sino el que alquila las canoas, el que se ocupa de la comida y el que reserva el picnic en el desierto. En aquel ambiente se le apareció Mansour, un directivo egipcio diez años más joven que ella, único hijo varón de una familia con otras cinco hijas, que no dudó en acorralarla con cariños y atenciones para convencerla de que estaban hechos el uno para el otro. Incluso Constance llegó a plantearse cuál sería su respuesta si le propusiera matrimonio, aunque era consciente de que no sentía algo tan fuerte como amor. Y la pregunta llegó, claro, pero no como ella se esperaba. Mansour le contó cómo la democracia había ganado en su país y cómo la revolución iba a traer una apertura social y económica. Él, como militante de los Hermanos Musulmanes, estaba llamado a participar de los más altos cargos para liderar a su país en el cambio hacia el futuro. Y la mejor manera de ayudar a que ese sueño se convirtiera en realidad era con una esposa europea con la que

granjearse amistades y confianzas en el extranjero, además de un visado permanente en la Unión Europea para entrar y salir sin conflictos políticos si las cosas cambiaban luego. Mansour le ofreció a Constance ser... su segunda esposa. ¿Segunda? Sí, la del amor. La primera la decide la familia, sobre todo la madre, y siendo él su único hijo varón no podía decirle que no a su santa madre, por lo que Mansour había cumplido con la tradición y se había desposado con una prima que residía en Egipto. Él se había establecido en el Golfo sin tener ataduras, y ella estaba más protegida ahora con dos familias, la propia y la de su marido. Cuando Constance y Mansour se conocieron él nunca mencionó que estuviera casado. Pero, ¿ser su segunda esposa? “Sí”, le había dicho Mansour, “¿qué hay de malo en ello? Podrías cambiar tu estado civil y que nadie te llamara *mademoiselle* nunca más, te convertirías en una flamante ‘señora de’ y serías para siempre alguien respetable. Podríamos viajar por Europa y tú podrías trabajar donde quisieras y yo iría a verte de vez en cuando, no perderías un ápice de tu libertad, si es lo que te da miedo del matrimonio. Yo soy un hombre muy abierto”.

Se lo pintó todo tan de color de rosa, que a Cristina le costó reconocerla en aquel estado de embriaguez emocional. ¿Que no le importaba ser segunda en esposa? ¿Te han drogado, Constance? ¿Eres tú, toc toc toc, alguien dentro de esa cabeza? ¿Para qué quieres tú un estado civil de casada con un tipo que ya lo está? ¿No te das cuenta de que cometería bigamia? ¿Y de que tendría derechos sobre tus posesiones y tu herencia en un momento dado? Después de negar lo innegable, finalmente Constance entró en razón y reconoció que a ella también le sonaba raro, pero estaba tan harta de la gente, que el hecho de poder restregarles lo de ‘soy la señora de’ la hacía soñar. “¿Pero eres consciente de que a la gente ni le va ni le viene que seas ‘señora de o no seas ‘señora de’? Esta peña se irá a otro país a excavar más petróleo, a construir más hoteles, a vivir al sol entre cócteles y operaciones bancarias, pero les

trae al paio que tú te cases o no. Nosotras no existimos para ellos. Además, este tipo te vende lo de cambiar de estatus pero lo que él busca es la manera de meterse en Europa sin que Inmigración sospeche de él”. “Sí, bueno, eso pensé también, pero creí que me estaba dejando llevar por mis prejuicios europeos...” “No, niña, esto es algo más grave que no sabemos muy bien cómo calcular todavía”.

Aquel día se despidieron en el patio del liceo de forma un poco extraña. Estaba claro que Constance sabía que el paso que iba a dar era algo contradictorio, pero ya había pedido una fecha en el juzgado para la semana siguiente y ahora no sabía cómo escaparse de la situación. Por la tarde, Cristina estuvo corrigiendo exámenes y al terminar sacó una lata de atún del frigorífico, lo extendió en una rebanada de pan descongelada y mandó un “hola” a Elena para ver si quería charlar un rato. “Hoy no puedo ni conectarme, chica. Germán está alteradísimo, en la oficina los egipcios han dicho que organizaban una fiesta por la victoria de los Hermanos Musulmanes y los mandos franceses les han dicho que sí. Luego han llegado los mandos locales y han preguntado que qué era aquello, y los gabachos han dicho que una prueba de la democracia egipcia. Por las caras han entendido que aquello pasaba el límite de lo permitido y tenido que apagar la música. Los gabachos en comandita han dicho que fue Germán el que organizó todo, justo el día en que llegaba de un viaje de Jordania. Recursos Humanos tiene los expedientes de personal encima de la mesa, pero no se sabe quién los ha pedido. Te dejo ahora”.

Cristina no entendió muy bien todo aquel lío, primero la historia de Constance que iba demasiado rápido y ahora los problemas entre franceses y egipcios en el curro de Germán, a quien sólo había saludado en una ocasión en casa de Elena porque siempre estaba de viaje. Como había dicho una amiga argentina una vez, Oriente Medio está lleno de mujeres solas porque *los maridos se la*

*pasan viajando como fichas en el tablero de La Oca'*. Se comió el pan con atún y cuando fregaba el plato, un mensaje de Elena apareció en el móvil. “Enciende la tele. Pon la CNN. YA”. Cristina soltó el plato y buscó el mando de la tele entre los cojines del sofá y encendió el monitor. El partido político Hermanos Musulmanes acaba de ser declarado ilegal en varios países. Cristina dio un salto para llegar a la cocina y agarrar el teléfono, no supo ni cómo marcar las cifras, pero acertó a llamar a Constance porque aparecía entre las últimas cinco llamadas. Su compañera de trabajo no respondió el teléfono, pero había posibilidad de dejar un mensaje: “¡Constance, por Dios, no te cases! ¡Es un matrimonio blanco! ¡Su partido es ilegal! ¡Te puedes meter en un lío si le das cobertura legal en Francia! ¡No lo hagas! ¡No sabes quién es!”

Una semana más tarde volvieron a coincidir en la cantina para comer, como era habitual. “¿Constance?” “No te preocupes, estoy bien”. “¿Qué pasó?” “No lo sé. El mismo día que me dejaste el mensaje Mansour desapareció. Nadie del grupo ha vuelto a verle. Su móvil está desconectado. Él quería volver a Egipto después de la boda, a lo mejor se ha ido antes de tiempo”. “¿Le dijisteis a alguien que os ibais a casar?” “No, era un secreto entre los dos. Tú fuiste la única a quien se lo comuniqué”. “Qué honor”. “Tranquila. Era un matrimonio blanco. Me di cuenta en cuanto me lo dijiste. Tu mensaje me abrió los ojos, me faltaba esa palabra para definirlo, pero lo vi todo claro de golpe. Gracias por tu desvelo”.

Cristina recordaba aquella experiencia mientras volvía a escuchar el mensaje de Lamia. ¿Sería posible que el novio de Lamia estuviera metido en otro embolado político de los que la gente de a pie no se entera?

Un alboroto en la puerta y el timbre sonando sin parar la sacó de su ensimismamiento.

## CAPÍTULO 12

**L**os hijos de Elena entraron como una exhalación en casa de “tía” Cristina, saltaron en el sofá y se descalzaron, buscando el mando de la tele entre los cojines y dándose patadas para impulsarse hacia atrás y chocar con la cabeza en los brazos del sofá.

Cristina se quedó mirándoles divertida, sorprendida por la visita no anunciada.

—¿Podemos pasar? —dijo Elena con fastidio, después de ver como los niños se habían acomodado a sus anchas.

—Es que ya habéis pasado —rió Cristina —¿Qué tal el futbito? ¿Muchos autógrafos?

—¡El futbito! ¡ Semejante zorra.....!

—¿Ves, tía Cristina? Ya has hecho que se enfade mamá —dijo uno de los niños desde el salón.

—Bueno, pues desayunemos juntos aunque sea mediodía, a ver si cambiamos todos de humor. ¿Qué queréis que os saque, cereales, hacemos quesadillas en la sartén, macedonia de frutas...?

Los niños saltaron del sofá y se fueron a la cocina, sacaron del armario la sartén plana para hacer crepes y quesadillas y se pusieron manos a la obra. Cristina siempre les dejaba hacer y sólo les supervisaba por encima, ellos ya conocían dónde estaba todo y sólo pedían ayuda cuando no quedaba algún ingrediente. Mientras ellos se ponían manos a la obra preparando el pan y el queso en la sartén, Cristina sacó del armario de arriba un tarro con Nesquik y un par de jarritas de colores que siempre usaban cuando venían a su casa.

El queso se derritió rápido y los panes que habían preparado estaban listos en cuestión de minutos. Elena les esperó en el salón, retorciendo los llaveros de cuero que colgaban decorando las llaves del coche. Hoy no tendría que pagar por el parking porque era fin de semana, y había huecos libres en el vecindario de Cristina.

Los niños se quedaron comiendo en la cocina de Cristina porque tenía una mesa alta con taburetes como de bar, y no hay niño que se resista a subirse en un asiento así.

Cristina apareció en el salón con un plato con dos quesadillas y un café que había hecho mientras los niños metían y sacaban panes con las espátulas de silicona.

—Bueno, ¿qué?

—Gracias —respondió Elena.

—De nada. Gracias por la compañía. ¿A que debo el honor de ser el segundo plato después del Real Madrid?

—Oh, Cristina. Esa mujerrrrrr... no la soporto, no puedo con ella.

—Que me corten la cabeza si no estás hablando de.... Demónica. ¿A que sí?

—Lo debo llevar escrito en la cara. ¿Sabes lo que me ha hecho?

—No, pero bueno no puede ser.

—Me han negado la entrada al evento con el Real Madrid porque no

llevábamos invitación.

—Pero si anoche me contaste que la tipa lo estuvo vociferando en el trabajo, que venía el Madrid y todo el rollo.

—Sí, pero bien que se calló que el mensajero llegaría con las tarjetonas para el acceso por la tarde, así que se quedó la última y se las llevó a su casa, llamó a todas las marujas de la comunidad española y repartió las entradas para que fueran, aunque no tuvieran niños. Es que no la soporto...

—¿Y por qué no te guardó una a ti? Si total, trabajáis juntas, podría haberlo utilizado para firmar la paz.

—¿Quién? ¿Ella? Si no sabe lo que es jugar sin ganar, hombre... está acostumbrada a hacer lo que le viene en gana, a falsificar firmas, a rellenar informes médicos falsos, a engatusar a todos los diplomáticos que vienen...

—Bueno, no le debes negar que con cincuenta y pico tacos y sin operaciones faciales, es un milagro que siga meneándose delante de los jefes y de que eso les guste. Con la cantidad de jovencitas aprendizas y aspirantes que hay aquí, es de loar que siga en el candelero, y que encima su marido no se entere.

—¿Su marido? Su marido debe llevar comisión en todos los trabajos que ella cobra, si no, ¿cómo iban a mantener la consulta médica, si no pasaran todas las recetas médicas falsas que les dan? Esto me lo ha hecho porque la semana pasada me negué a seguirle rellenando los partes de baja para la mujer del embajador haciendo pasar la remodelación de las caderas de la embajadora como si fueran fracturas del antebrazo. Ya le dije que si quería seguir haciéndolo, que tenía el tampón para sellar y que sólo le falta escribir los datos, que lo hiciera en el ordenador, pero no quería porque estas minutas se piden escritas a mano y entonces la pillarían si los del seguro pidieran una prueba grafológica. Menuda es, se las sabe todas.

—Bueno, bueno... ¿qué ha pasado al llegar? —preguntó Cristina



sirviendo el café en un par de tazas estampadas con *El Camello* de Picasso que sacó de la estantería que había junto a los libros.

Elena agradeció el café, lo siguió con los ojos hasta que se llevó la taza a la boca.

—El primero que me tomo, hemos salido corriendo y no me ha dado tiempo a hacerme ni un expreso.

—Pues mira, ya empiezas a enderezar la jornada. ¿Azúcar? —ofreció, sabiendo que ninguna de las dos lo tomaba así.

—Azúcar es lo que tenía en la cara esa zorra cuando ha visto que los seguratas no me dejaban pasar. Ella ya estaba dentro del salón, pero me ha visto peleándome con los agentes, que decían que sin tarjeta no se podía entrar, que estaban numeradas para evitar sorpresas. Y entonces empiezan a llegar todas esas gordas de la comunidad, con sus hijos asquerosos y llenos de granos, con los maridos disfrazados como balones de fútbol de lo gordos que están, y pasan al lado diciendo “Pobrecita, mírala, no la dejan pasar”. Todos esos cerdos que fingen haber perdido el pasaporte para sacar otro ilegalmente y venderlo, que no se cortan un pelo en preguntar que cuánto cobra el marido de Angélica por hacer un informe médico para pedir una baja laboral de larga estancia en España,... Oh, Dios, si alguien piensa que sólo los corruptos se quedaron en España, pero no, nos los trajimos también aquí.

—Llamamos a papá para contárselo, pero mamá se enfadó con él —dijo uno de los críos desde la cocina.

—Sí, y papá roncaba y hablaba. Jajajaja. Qué guay —dijo el otro niño.

Cristina abrió los ojos. ¿Ronca y hablaba? ¿A la vez? ¿Cómo? Con los niños nunca se sabe, parece que no se enteran pero lo cierto es que están en todo y saben más que todos los adultos juntos. Cristina miró a Elena, que evitó enfrentarse a su mirada.

—No estaba solo en la habitación —dijo Elena en voz baja.

## CAPÍTULO 13

**H**abía ropa por el suelo y bastante desorden, muchas prendas limpias yacían amontonadas en barreños a la espera de plancha y en la cocina los platos sucios y los limpios se mezclaban en los dos fregadores sin distinciones. Cuando alguien quería comer algo, vertía un chorro de detergente sobre un plato y se lo lavaba. Manuel era el jefe de la célula, pero todos se comportaban como si fueran iguales. Hadi llevaba poco tiempo y no tenía ninguna misión para reclutar nuevos conversos. Antes de su llegada, los mandos había anunciado a Manuel de que el nuevo debería tener acceso libre a los ordenadores y que nadie debía hacerle preguntas porque su cometido difería un poco del de los otros. Hadi no reclutaría a hombres, sino a mujeres. Tampoco las reclutaría exactamente, sino que las seduciría para asegurarse del mantenimiento económico de la organización. Manuel no tendría mucho más espacio en el chalé para acoger a los nuevos hasta que los dos últimos reclutas hubieran terminado su preparación, así que la llegada de Hadi sería la última *reserva del hotel*, como Manuel decía con su acento

andaluz. Alto, fuerte y un poco grueso, Manuel había aceptado servir de puente entre Oriente y Occidente. No tenía nada que ver con aquellos radicales que le habían contratado, pero quería vengarse de todos aquellos que se habían mofado de él desde su infancia por su ojo bizco, por sus andares irregulares, por su aspecto diferente. Harto de los chistes cuando pasaba por las calles de su pueblo, emigró a Madrid, donde sobrevivió con un salario mísero como mozo de almacén, compartiendo piso con unos inmigrantes marroquíes que poco a poco fueron convirtiéndose en su nueva familia, sus nuevos amigos, sus nuevos confesores, gente que sufrían con él la discriminación en el día a día. Aquella nueva amistad dio paso al taller donde rezaban los domingos, una cosa divertida porque le decían que rezaban con dos días de retraso porque el viernes se curraba -y mucho- en el almacén. Manuel entraba con ellos y los observaba, le cautivaba ver cómo se concentraban en aquellos movimientos, de pie, de rodillas, mirada a la derecha, mirada a la izquierda, frente en el suelo, una vez, dos veces, tres veces, recitando versos en una lengua que no comprendía. Les dejaba hacer y le dejaban estar. Un día aparecieron por el taller unos tipos grandes, vestidos de negro con ropa buena, se veía que el tacto del paño era de excelente calidad, no como los impermeables de deportes que llevaban ellos debajo del mono de trabajo. “Sois buenos chicos, qué tal si cambiamos de trabajo. Hay cosas mejores que hacer, no se puede continuar aquí toda la vida, hay que dar un salto cualitativo, estamos aquí para ayudar a nuestros hermanos de abajo, para premiarlos por lo que han hecho. Para demostrar a esos cerdos occidentales que el mundo no les pertenece y que pagarán por sus pecados aquí en la Tierra. El Cielo no les abrirá las puertas, sólo nosotros tendremos acceso al Paraíso y la vida eterna”. Manuel no recordaba cómo fue ese salto cualitativo ni cuándo dejó de ir al almacén a descargar, sólo sabía que un día recogieron lo poco que tenían y un coche negro con cristales tintados les llevó

desde su piso en Rivas Vaciamadrid hasta un chalet exclusivo en una urbanización en Galapagar, decorado con sofás de cuero blanco y alfombras de piel de cebra en blanco y negro, como si estuvieran dentro de una película. El bufé de embutidos que había preparado en el salón era excelente. Comieron y se sortearon las habitaciones. Aquello sí que era suerte. Por la tarde llegaron los mismos que les habían visitado aquel domingo en el taller clandestino, vestidos con ropa tan elegante que Manuel no había visto nunca. Los miraba embobado, con profunda devoción, como diciéndoles “Quiero ser como vosotros”. Les explicaron alguna que otra cosa que ya habían ido ellos descubriendo. El chalé tenía cuatro dormitorios, uno para cada uno, no tendrían que compartir literas o dormir en el sofá, todos tenían su propio cuarto de baño dentro del dormitorio y las cisternas eran silenciosas, no como en aquel bloque de pisos en los que la cisterna del vecino de arriba se escuchaba dos pisos más abajo a través de los tabiques de papel. El chalé les pareció un palacio a comparación de su humilde vivienda. Los marroquíes con los que compartió piso estuvieron un par de semanas en aquel balneario de paz donde no se veía a los vecinos a menos que se tuviera unos prismáticos. Allí prepararon su partida para luchar por la verdadera religión, y poco después se despidieron de su “hermano” Manuel con profunda emoción. Manuel nunca supo más de ellos. Se inquietó al no recibir noticias, pero aquellos jefes que le habían traído a aquella finca de ensueño le dijeron que no se preocupara mucho, que pronto estarían haciendo lo que siempre habían soñado y que completarían la misión de su vida y obtendrían la gloria eterna. No intentaron que Manuel se convirtiese, al contrario, le dijeron que no todo el mundo estaba llamado a cumplir los designios del Altísimo, pero que su forma de agradarle debía ser sirviendo a aquellos que le habían ayudado a salir de su agujero. Le encomendaron la vigilancia y el mantenimiento del chalé para que los nuevos que fueran viniendo disfrutaran

de la misma buena suerte que sus *hermanos del taller*, gente buena que quería que todos disfrutasen del mismo nivel de vida que sólo unos cuantos guapos y ricos se podían permitir a costa del esfuerzo de otros menos agraciados, condenados como Sísifo a empujar la roca de la injusticia.

Manuel creyó reconocer a Hadi como uno de los que habían venido en la primera visita al taller de rezos aquel domingo, pero no estaba seguro. Era más bajo que los demás, con el pelo algo más largo y una barba medio larga pero cuidada que no despuntaba demasiado. Le costó asegurarse de que era él porque su vestimenta no cuadraba con la visita al taller. Ahora llevaba un pantalón muy viejo, quizá caqui o verde oliva, y una camisa vaquera que había perdido todo su color. Las deportivas de cuero tenían las suelas muy desgastadas, pero su piel seguía teniendo el aspecto fresco de la primera vez. Cayó en la cuenta de que debía ser él porque tenía una cadera un tanto desequilibrada, y hacía que el tronco se inclinase hacia la izquierda, sobre la pierna ligeramente arqueada. “Una pequeña lesión de nacimiento”, le explicó el día de la visita al taller, para congeniar con Manuel y sus defectos físicos. Habían pasado unos meses de aquello. “Perdona, no te había reconocido al verte llegar”, se disculpó Manuel en el chalé cuando se cercioró de que era Hadi al observar sus andares. “No pasa nada”, le dijo Hadi, “es el interior lo que nos descubre la bondad de las personas. La corteza externa sólo sirve de herramienta para alcanzar un bien posterior”. Manuel siempre se quedaba un poco desconcertado ante tanta salida filosófica. Aquella gente siempre tenía una cita o un proverbio que invitaban a la reflexión. A Manuel le gustaba aquello porque le transmitía paz interior, pero anhelaba profundizar las relaciones con otros compañeros. Desgraciadamente, casi todos pasaban dos o tres semanas y después se marchaban. Con el tiempo, Manuel descuidó el mantenimiento del chalé, el lavavajillas se estropeó pero no avisó a nadie, por eso los platos se acumulaban pero a nadie parecía importarle. La comida

llegaba en bandejas industriales que él debía vaciar en sartenes más pequeñas o fuentes de horno de cristal que pudieran calentarse en el microondas. Siempre había comida de sobra, no podía quejarse tampoco de la variedad, pero la abundancia le aburría. La ropa se acumulaba porque ya no sabía qué era de quién, ni si ese quién estaba todavía en el chalé o ya se había marchado. Ninguno volvía. Manuel tenía la esperanza de que alguno retornaría alguna vez y le contaría cómo había hecho como Robin Hood, quitándole al rico para dárselo al pobre, y le felicitaría a él, a Manuel, y le agradecería por haberle cuidado en el chalé antes de sacrificarse en aquella lucha contra el poder occidental opresor.

Hadi se estableció en el chalé de Manuel y llenó su dormitorio de posters de niños sucios y demacrados, de refugiados vacunados por médicos en tiendas de campaña que exhibían los logotipos de la Cruz Roja y la Media Luna Roja entrelazados. Colocó algunas pegatinas de ONGs, Médecins Sans Frontiers, y de alguna otra institución con eslogan en árabe que Manuel no supo entender. Hadi trajo un ordenador portátil con una cámara webcam que engarzaba con una pinza sobre la pantalla abierta. Manuel le oía hablar en diferentes idiomas según la hora del día, en inglés por las mañanas, en francés por la tarde y de vez en cuando en español. Tenía un acento perfecto en todos ellos. Sólo hablaba en árabe cuando se comunicaba con los mandos.

Manuel pasó por delante del dormitorio de Hadi cuando iba camino del suyo. Tenía instrucciones de no molestarle ni de darle conversación porque era un VIP de la organización. Le escuchó hablando en Skype:

—Hola, reina de mis sueños —dijo Hadi acercándose para besar la webcam. En la pantalla del ordenador, Lamia reía complacida, como si verdaderamente de un sueño se tratara.



## CAPÍTULO 14

**D**espués de conversar un rato con Lamia –ya estaba en el bote, había picado como casi todas las anteriores–, Hadi se estiró en la silla y comprobó si tenía mensajes en el móvil antes de irse a dormir. Sólo había una palabra “Llámame”, y un emisor, Sharief. El coordinador de operaciones en Oriente Medio quería hablar con él. Hadi se preguntaba por qué. Cada uno tenía su campo de operaciones y su cometido, pero Sharief aspiraba a ser el macho alfa de la manada y estar por encima de los demás, como si fuera el único. Hadi despreciaba ese tipo de actitud porque se consideraba intelectualmente por encima de aquella banda de egos inconmensurables y, nunca mejor dicho, de animales cargados de odio y cegados por la ambición personal. Para él se trataba más de un juego de estrategia para llegar a un fin mejor, pero para gente como Sharief, su objetivo era infligir el mayor número posible de víctimas, de causar dolor sin negociaciones, de doblegar al otro aun sin razón. Además, muchos de estos cabecillas sin formación se limitaban a exhibir símbolos para atraer a los



pardillos, y Sharief adoraba presumir de sus convicciones en público. Hadi detestaba la marca oscura que Sharief exhibía en la frente, una mancha que supuestamente se había hecho colocando una piedra en el suelo y marcándose la frente una y otra vez con sus rezos, pero en realidad la mancha era el resultado de una simple operación estética que simulaba precisamente su devoción religiosa. El truco daba el pego perfectamente con los incautos que iban reclutando en los talleres ilegales. Además era un hombre alto y fuerte cuya presencia imponía y, habituado como estaba a dar órdenes, los nuevos adeptos, deseosos de encontrar una nueva identidad, le seguían cual rebaño dócil.

“Ocupado. Escríbeme lo que necesites”, contestó Hadi para evitar hablar con él. A ver si así funcionaba y no tenía que aguantarle sus peroratas por teléfono ni videoconferencia. Se tumbó en la cama y se quedó traspuesto por unas horas, pero la necesidad de ir al baño le hizo levantarse y al regresar al lecho vio el icono de los mensajes parpadeando en la pantalla del ordenador. Era Sharief, tenía que mandar el acuse de recibo y leerlo, porque alguien de la organización podría darse cuenta de que no estaba pendiente de los envíos y causarle problemas. No era probable que Sharief estuviera despierto porque en su zona iban dos o tres horas por delante del huso horario París-Madrid.

Marcó el “recibido” y lo envió, y automáticamente el ordenador abrió el mensaje con las instrucciones de Sharief. Gran Operación De Limpieza De Renegados En Las Dunas De La Verdad. Hadi no esperaba menor grandilocuencia. Con aquellos términos era fácil encandilar a los reclutados que pasaban por aquel chalet. Pasó por encima de varias páginas con el ratón, leyendo por encima, y se fue al último párrafo, que se leyó entero. Si comprendía la conclusión, se evitaría perder el hilo entre tanta letra y canto a la hombría y al sacrificio por la humanidad. Bien. Por fin la organización había tomado la decisión de llevar a cabo una gran operación. Por desgracia,

habían elegido a Sharief como coordinador dado su perfil bajo en los archivos policiales, su situación geográfica y el acceso a los medios para llevar a cabo la acción. La misión consistía en explosionar un avión, bien en pleno vuelo o bien estrellándolo al poco de despegar, para castigar a los occidentales por su participación en los bombardeos aliados sobre Siria.

Hadi siguió leyendo. Su parte en el complot, explicaba el documento, consistiría en conseguir financiación extra para la operación y monitorizar en la medida de lo posible las reacciones de su país de acogida. En los mensajes nunca se mencionaban las posiciones reales de cada uno para no destapar más información de la necesaria en caso de ser atrapados por la Interpol. Debería hacer todos los envíos de manera discreta utilizando las cuentas de MoneyGram de la organización para enviar remesas familiares. Si la cantidad sobrepasaba los cincuenta mil euros, debería personarse ante Sharief para hacerle la entrega en mano y evitar sospechas policiales. Para transportar el dinero utilizaría dos urnas funerarias, con la excusa de portar las “cenizas” de dos familiares fallecidos en un accidente de aviación.

No le hacía ninguna gracias trabajar para Sharief, pero al menos la operación tenía cierta gracia. Se aseguraría de estar fuera de España para ver la explosión con una bolsa de palomitas en la mano.

## CAPÍTULO 15

**D**espués de comer Cristina terminó la programación de la semana y siguió corrigiendo un fajo de exámenes. No tenía pensando hacerlo porque iba contra las nuevas medidas que se había impuesto para respetar su tiempo libre, pero quería tener la mente ocupada para no pensar. Se sentó en el sofá estirando las piernas y cogió las hojas de papel, puso una carpeta de soporte y comenzó la lectura medio tumbada. Dio una vuelta entera a todos los ejercicios marcando en rojo las faltas de ortografía que quedaban inmortalizadas como mosquitas en el blanco del papel, y después comenzó la segunda vuelta, corrigiendo el contenido de cada pregunta, de cada alumno, y fue anotando todo lo que podía: dos puntos de tres, uno y medio, dos, dos y medio, cero, excelente, buen desarrollo para falta conclusión, ¿has entendido la pregunta?, hasta que llegó al examen que más temía, el de Aziz, el alumno más insolente, desvergonzado y cínico de último curso. No era un grupo simpático el de Aziz, pero él se llevaba la palma con sus comentarios despectivos y arrogantes. Siempre charlaban los

demás, nunca él. Siempre tenía la culpa otro, incluso el enseñante, nunca él. Se acercó el examen a la cara con expresión incrédula. La letra tenía algo de femenina, su caligrafía era como un dibujo, pero su capricho con la letra E mayúscula rompía la armonía: tan pronto aparecía en medio de una palabra como al final, o quizá la omitía en un comienzo de frase donde normalmente sí debería haber una mayúscula. Asqueada y con un ligero dolor de cabeza, se levantó para beber agua en la cocina y estirarse un poco.

Elena estaba echándose la siesta en la cama de Cristina. Se había quedado allí un par de días mientras Germán estaba en casa con los niños. No soportaba verle ni estar con él bajo el mismo techo después de saber que él no dormía nunca solo en los viajes de empresa, es más, estaba esperando un hijo con la secretaria filipina que acompañaba a casi todos los directivos en los viajes de la empresa. Ahora, en lugar de maleta de viaje, la amante asiática reclamaba un trono de esposa. A saber si el niño sería de Germán o de alguno de los otros directivos; seguramente Germán había sido el más pardillo que se había creído la historia de que era de él. A su esposa de toda la vida le daba todo igual. Elena se preparaba para dejar su trabajo y retornar a España con los dos niños, presentar el divorcio en las condiciones más duras posibles o acusarle de bigamia si se casaba con la secretaria antes de finalizar el proceso, lo que pondría a Germán en la delicada tesitura de enfrentarse a una pena de seis meses a un año de prisión, según el Código Penal. Ahora la pelota estaba en el tejado de su futuro exmarido: si la filipina daba a luz sin estar casada, se consideraría adulterio en un país del Golfo y la acabarían expulsando, con o sin pena de prisión, en eso no estaba tan puesta. Las revisiones ginecológicas debían ser una prueba de tensión para la futura madre, porque los centros médicos podrían denunciarla si quisieran al descubrir que no estaba casada, pero en el hospital americano solían hacer la vista gorda si se pagaba la visita como turista y no como residente, aunque la

factura solía ser astronómica al no cubrirla el seguro de la empresa. Dar a luz allí estaba descartado si no tenían un certificado de matrimonio, y si decidía volver a su país o viajar a otro —“por favor, que no sea España”, se martirizaba Elena—, tendría que tomar la decisión a más tardar antes de iniciar el séptimo mes de embarazo porque las líneas aéreas no aceptaban mujeres en avanzado estado de gestación por si se ponían de parto durante el vuelo.

Cristina oyó ruido en el baño, parecía que Elena se había despertado. Salió con aspecto de recién levantada.

—Buenos días, dormilona. Son las tres y media de la tarde. ¿Cuánto tiempo hace que no te echabas una siesta de pijama, orinal y Padrenuestro? —le espetó Cristina desde la cocina cuando se abrió la puerta del cuarto de baño.

—Ahhhh —dijo Elena bostezando, con los ojos hinchados —Hace siglos que no descansaba tanto tiempo seguido. Normalmente a estas horas estoy jugando por el suelo con los legos, incluso si tengo sueño me mantengo arriba porque si me voy a la cama ellos aprovechan y empiezan a encender la tele, la tableta,... Pero esto sí que es vida, oye —le respondió Elena echando un vistazo alrededor —Nadie te molesta, todo el espacio para ti, con tu cocinita y tu frigorífico lleno de las cosas que te gustan, sin juguetes por el suelo, sin peleas infantiles en la habitación, sin horarios para bañarlos o darles la cena...

—Para, para, chica, que siempre parece más verde la hierba al otro lado del valle, pero muchas veces la realidad es muy distinta, que también hay mucha soledad cuando no hay gente haciendo ruido cerca.

—Sí, me lo puedo imaginar. Pero también necesitarás el silencio después de tantas horas de clase, cambios de aula, reuniones pedagógicas...

—Sí, claro, pero a veces también te sientes sola. Si no te llamo o escribo algún Whatsapp, me puedo pasar el fin de semana sin abrir la boca, porque

aquí ni la cajera del supermercado te responde amablemente.

—Calla, calla, que en el súper de la urbanización son todas filipinas y no las puedo ni ver... Se acabaron las propinas por meter la compra en la bolsa y llevarla al coche, ahora que se las compongan con otras clientas, a ver si les dan las mismas propinas que les daba yo. Oye, ¿qué es eso del orinal y el padrenuestro?

—Oh, es para decir que te echaste la siesta más larga de todas, te pusiste el pijama después de comer, orinaste para no levantarte y rezaste tus oraciones como si fueras a dormir por la noche. Como si te fueras a levantar al día siguiente aunque se trate sólo de un descanso de un par de horas o tres.

—Ah, pues entonces no es mi caso, porque yo no he comido nada antes de la siesta.

—Efectivamente, te dejaste caer sobre el mediodía y han pasado unas tres horas, así que algo de siesta hay aunque sin aperitivos.

—¿Qué hay para comer? —preguntó Elena abriendo el frigorífico.

—Ensalada de pasta. No es muy original pero fue rápido de preparar y con este calor ya casi no hago estofados.

—¿Estofados? ¿Con este calor? Sírvelo que hielo, por favor —dijo Elena, sirviéndose la ensalada es un cuenco pequeño.

—Las francesas se inventaron el helado de ratatouille. Anda, que si aparezco yo este verano con un helado de pisto metido en un barquillo, me van a respetar cuando me vean por la calle.

—Espérate a que lo invente algún chef de la tele y verás cómo flipas cuando te quiten la patente.

—Me pasará, no creas. En parte creo que todas las ideas que sugiero a los alumnos deberían pagármelas aparte, porque si las llevan a cabo y ganan millones, parte del proceso de incubación empezó conmigo, así que una parte de autora o de inspiradora sí tengo, ¿no crees? Imagínate que inventamos el

helado con el producto más típico de cada región, quien dice el helado de pisto, dice el helado de tortilla de patatas o el sorbete de paella, ¿vale? Yo no tengo dinero para comercializarlo, pero uno de estos niños mimaditos lo hace porque sus padres tienen contactos y entre una beca de empresario y un premio a la innovación y otro a la tradición culinaria, el chaval o la chavala reúnen el dinero, firman con una multinacional de los helados para lanzar la experiencia piloto en las playas y piscinas, el proyecto tiene éxito y llamamos a Eva Longoria y a Elsa Pataky para que la gente se chupe los dedos con el helado de pisto y sus amigos. Pero todo empezó en mi aula. ¿No crees que deberían pagarme algo?

Elena atacaba la ensalada con ganas. Tenía menos pimiento que la ensalada que preparaba Leticia, pero estaba bien de sal. Elena prescindía de la sal en la cocina en todo lo posible por los niños, aunque la verdadera excusa era ella y su metabolismo ralentizado, que empezaba a retener los líquidos después de cruzar la frontera de los cuarenta.

—Sí, te otorgarían un cubierto de invitada para la cena de la entrega de premios, pero ya está. Si la cosa tuviera éxito y quisieras reclamar la autoría, casi seguro que tendrías que ir a los tribunales —dijo Elena, levantándose para fregar el cuenco.

—¿Ves? Yo creo que los profesores necesitamos tener un libro de patentes pendientes para que si nuestros alumnos aplican nuestras ideas en el futuro, nos paguen por haberles iniciado en la senda correcta.

—Sí, como en los clubes de fútbol. Cuando de un club humilde sale una figura estelar, un crack goleador, en los contratos que firma en el futuro suele haber un pequeño porcentaje que va a la escuela de fútbol donde le descubrieron, pero todo depende del agente y de los que firman todo, no siempre son cosas tan solidarias con los clubes pequeños.

Elena dejó el plato en el fregadero. Cristina preparó un café, sacó la

bandeja para poner la cafetera y dos cucharas y Elena tomó las tazas de la estantería y las puso en la mesa de centro en el salón. Se sentó en el sillón y Cristina lo hizo en el sofá. Cuando cogió la taza de la bandeja, Elena reparó en la pila de papeles que su amiga había dejado a medias.

—¿Corregías? —le preguntó, y dio un sorbo al café.

Cristina asintió con la cabeza, probando el suyo. Elena cogió el primer examen de la pila, se quedó mirándolo y sonrió. Cristina, expectante, quería ver una reacción de Elena con aquel examen. Era el de Aziz, pero como Elena no decía nada, la sondeó directamente:

—¿Qué te parece lo que hacemos en el liceo?

—Me da igual lo que hagáis allí porque sabes de sobre que mis hijos están en otro colegio y ni muerta de risa los pondría en el “liceo francés”, donde el noventa por ciento no son franceses y la mitad de los alumnos necesitan refuerzos porque no leen, escriben, ni hablan en francés cuando salen de clase. Si quisiera educar a mis hijos en el liceo libanés y socializarlos con todos los inmigrantes de esa comunidad, por lo menos que me lo dijeran clarito. Donde yo los llevo me aseguro de que sea un ambiente internacional, entendiendo que por internacional quiero decir *expat*, y que diciendo *expat* quiero decir occidentales, no emigrantes libaneses-egipcios-palestinos-sirios-marroquíes-argelinos-libios-tunecinos-etíopes con pasaporte británico o americano adquirido en internet, o comprado en Belice.

—Bueno, bueno, siempre dicen que una madre es como una gallina enfadada en cuanto le mentan la educación de sus hijos —rió Cristina —Ya sé que estás muy sensible en asuntos e nacionalidades, no te culpo. Todo el día en la Embajada detectando trucos arteros de unos y de otros, debe ser de lo más desmotivador.

—Pues la verdad es que sí. Como este papel —dijo Elena, chasqueando los dedos y tocando el examen de Aziz con las uñas —Espero que no vaya a



pedir un préstamo. Ni una cuenta de banco le dejaría yo abrir en mi sucursal, si tuviera una. Ojalá pueda volver a la banca o a los seguros cuando volvamos a España —dijo Elena suspirando.

Cristina la miró confundida. ¿Un préstamo? ¿Al alumno más arrogante, despreciativo, machista, desconsiderado, manipulador y mentiroso del liceo? Se asombró de todos los adjetivos que podía aplicarle, cohibida como siempre estaba por el miedo a decir lo que verdaderamente pensaba de cualquier menor, y que la administración o la asociación de padres la pillara en un renuncio atacando a sus tiernas criaturas.

—¿Por qué un préstamo? ¿Qué tendría que ver un préstamo con el examen? Las familias no pagan ni un céntimo de los estudios, sabes que las tarifas escolares están pagadas por las multinacionales que traen a sus padres a trabajar aquí.

—No, no, no me refiero a las tarifas, me refiero a la escritura. Su caligrafía. ¿Te has fijado en cómo escribe? No me digas que no lo has notado.

Cristina se temió que la letra E mayúscula estuviera a punto de salir al escenario, como si se tratara de una representación teatral.

—Hala, venga, dispara, que creo que veo venir la bala directa —dijo Cristina.

—Me refiero a esas E mayúsculas por aquí y por allí —dijo Elena, saboreando el café, y señalando algunas frases del examen con la taza —Las pone sin orden ni concierto, porque me da la gana aquí sí pero aquí no. ¿Te habrá llamado la atención, verdad?

—Claro. ¿Pero qué tiene que ver aquí lo del préstamo? —volvió a preguntar Cristina, irritada.

—Oh, pues es una técnica curiosa, pero a este chaval no le darán un crédito en lo que le queda de vida, que debe ser mucho. Verás, en las aseguradoras y en muchos bancos extranjeros se pide a los clientes potenciales

que hagan una pequeña declaración por escrito, o que rellenen a mano los datos con su nombre y teléfono, cualquier cosa sencilla para tener una muestra caligráfica. Es la manera más fácil de apreciar a simple vista si van a devolver el préstamo, porque si respetan las normas básicas de escritura quiere decir que son personas organizadas, serias, que respetarán los plazos y pagarán en su momento —Elena dio un último trago al café y miró el fondo de la taza con pena, no quedaba más —, pero si te encuentras con un tipo que cambia las letras cuando quiere y que mete su marca personal porque le apetece, y te lo restriega así, escribiendo como le da la real gana —dijo, sosteniendo el papel entre dos dedos —, pues indica que no respetará ni un solo plazo y que lo más seguro es que salga huyendo con el dinero. Mira, ¿no te has fijado cómo el resto de la caligrafía es bonita, delicada, como si quiera embelesar al que la lee? Incluso las E son etéreas porque no tienen palo horizontal, sólo pone las tres barras horizontales. Es como si quiera crear un logotipo propio más que escribir una letra.

Cristina, incrédula, se acercó el papel a la punta de la nariz. Era cierto, las E mayúsculas no tenían trazo vertical y las tres trabas horizontales flotaban en el aire, esperando a que el lector añadiera mentalmente el mástil vertical para imaginar la E y leerla como si estuviera completa. El alumno imponía sus normas, no ya discutiendo el contenido de sus respuestas, para las que nunca aceptaba correcciones, sino también en la forma. Sintió un escalofrío por la espalda. Elena notó la ansiedad de su amiga en la cara:

—¿Va todo bien?

—Sí, sí, es que este alumno no me gusta, me pone nerviosa su manera de ser. Es tan arrogante, tan despreciativo, mira a todo el mundo por encima del hombro, te habla como si te insultara, te mira con expresiones de asco y se cree superior a todos. Es tan desagradable tratar con él.

—Pues imagino que los padres también serán para echarles de comer a

parte.

—Pues sí, no te haces una idea. Hace años lo tuve en mi clase y fue una de mis peores pesadillas, porque además de sufrir al niño en el aula tuve que recibir al padre, que por su puesto le ha enseñado a su hijo a imponer la ley de la calle por donde vaya.

—¿Un padre helicóptero?

—No, peor. Modelo apisonadora. Como un orangután enfebrecido. A la madre no la he visto nunca, pero viendo cómo se comportan los dos machos de la familia, no creo que tenga mucho margen de maniobra salvo para cambiar la fregona por la cocina según la hora del día.

—¿Tan mal ves la cosa? ¿Crees que le pega en casa?

—No me extrañaría. Ya tuvimos un caso así, y la administración pasó de puntillas por el asunto. Se trataba de una familia argelina con pasaporte canadiense. Se fueron a Montreal para tener a los niños, dos, así que no pasarían más de un año o año y medio allí, la madre debió llegar embarazada a punto de sacar al primero, y puf, al poco nació el segundo y se vinieron para Oriente Medio. Los chicos nunca vivieron en Argelia, aunque los veranos los pasaban allí. Eran canadienses de boquilla, seguían el sistema francés porque el padre trabajaba en una constructora libanesa y la empresa no les pagaba el colegio canadiense porque era carísimo. Con el liceo francés tenían la puerta abierta para ir a la universidad en Canadá o incluso Francia, que les quedaba a tiro de piedra desde Argelia y casi más cerca del trabajo en el Golfo. Y bueno, el asunto es que el hijo mayor tenía algún tipo de problema de aprendizaje, lo que en nuestros tiempos de estudiante se habría llamado retraso, y aquí le pasaban cursos. Un día una colega del departamento me contó que el chaval se puso a charlar y los compañeros, hartos, le espetaron que les dejara en paz, que ya estaban cansados de que les contara cómo su padre zurraba a la madre en casa.

Elena tenía la piel de gallina, nunca se había imaginado que en el liceo francés, por mucho que lo denostase por sus ansias de figurar en el olimpo *bling bling* de las escuelas internacionales apelando a su decimonónica gloria perdida, hubiera casos de malos tratos.

—¿Y qué pasó después?

—Convencí a mi colega de que debíamos ponerlo en conocimiento de la dirección, y que ellos decidieran si querían informar a la policía. Le dije que era mejor que no puenteáramos al señor *proviseur* porque si los agentes hacían acto de presencia por este motivo y solicitaban nuestra presencia, quedaríamos como chivatas al no haberle informado previamente. Y no te puedes imaginar lo que nos dijeron.

—¿Qué?

—Que si el chaval tiene problemas en casa, que se los cuente a la psicóloga del centro, que para eso da citas. La psicóloga del centro, nada menos, una tipa que aprovechaba su rol en el Liceo para conseguir sus citas privadas fuera del horario laboral. Los sábados había cola de padres con sus hijos en la puerta de su casa, los alumnos se encontraban en la fila esperando y se ponían a hablar, y al final de clase venían a contarme qué bien se lo habían pasado y que sus padres les habían llevado a una cafetería guay donde hacían unos panqueques espectaculares después de pintar círculos de colores en la consulta de la psicóloga. En las horas de clase también iban a la psicóloga para hacer pellas, y luego iban a verla el sábado porque molaba lo de ser un niño especial. ¿Qué te parece? Un chaval de dieciséis años con retraso, que debería haber repetido curso por lo menos cinco veces en su vida, con un padre agresor y una madre víctima, y que le sugiramos ver a “esa” psicóloga. No movieron un dedo, no se interesaron por él. El hermano pequeño tenía unas notas normales, pero sufría algún problema nervioso porque se comía las falanges. No le quedaban uñas cuando lo tuve en clase hace un año o dos.

—¿Y que hizo tu colega?

—¿Mi colega? Se marchó del liceo. Quiso dimitir en diciembre, cuando sólo llevaba cuatro meses de contrato, pero siguió hasta junio por vergüenza torera. Ella ya se dio cuenta del enorme embolado en el que se había metido y quiso desvincularse lo antes posible. También me explicó que a su marido sólo le quedaba un año más de contrato *expat* antes de volver a la central y que tras la experiencia nefasta en el liceo había decidido darse la buena vida, ir al gimnasio, comer con las amigas en los hoteles, e ir a todos los cócteles sociales y culturales del momento por la tarde.

—Pues hizo bien.

—Ya te digo. Tuvo muchos problemas con la clase de Aziz. Al año siguiente yo recuperé a muchos alumnos de aquel grupo, y en una de las citas de padres, uno de ellos me confesó que los niños la habían grabado en vídeo y la habían puesto en internet, para celebración de alumnos y familias, que se regodearon con aquello. A mí no me caía especialmente bien esta mujer, pero era muy organizada y no creo que el desmadre de aquella clase aceptase de buen grado a alguien con comportamiento casi militar. Ella no se consideraba especialmente dura, porque se comparaba con su padre y su marido que habían estudiado con los jesuitas y al parecer eso imprime carácter, pero sí es cierto que parecía un poco cuadriculada.

—¿Y también fue profesora de este desequilibrado? —dijo Elena refiriéndose al examen de Aziz.

—Sí, pero no recuerdo que me contara ninguna anécdota en particular con él, aunque ya tuve suficiente con los desequilibrios del padre de Aziz antes.

—¿Qué pasó?

—El chaval es de esos pocos que hacen los ejercicios sin apenas esfuerzo, que están dotados para las matemáticas, la física, la química...tenía algún bajón medio de vez en cuando, pero nunca un suspenso.

—Con toda la importancia que se da siempre a las ciencias, los padres deberían estar contentos.

—Sí, pero el padre vino a verme al final del primer trimestre para explicarme cómo debía tratar a su hijo porque era un superdotado. Era inteligente, pero sin un documento ni un examen que acrediten que un alumno es superdotado o retrasado, yo no puedo cambiar los baremos de calificación ni hacer excepciones en el comportamiento, porque entonces todos decimos que tenemos algo especial y acabamos no dando clase. Pero el tipo seguía insistiendo en que su niño ya era superdotado en la guardería y que la maestra le seguía por la clase atendiéndole todo el tiempo. No sé muy qué dirían el resto de padres de la atención de sus hijos, pero según él, los otros no contaban porque el nene era especial. Luego me salió con que en Argelia les dieron un informe de las capacidades extraordinarias del niño y de la conveniencia de que fuera a un internado de niños especiales, pero que la madre se puso a llorar porque le iban a quitar a su hijo, y el padre terció diciendo: “Se acabó, se queda con nosotros, lo educaremos como si fuera un niño normal en un centro normal para que no llores, esposa mía” —dijo Cristina teatralmente —Y que por eso se vinieron a Oriente Medio, no porque los salarios sean estratosféricos, no, sino porque su mujer quería tener a su hijo con ella.

—Qué dramática te pones. ¿Te creíste la historia?

—Es imposible creerse su versión porque le mencioné que en el expediente informático no existe ningún informe médico anterior diciendo que es superdotado, pero que en los boletines escolares de años anteriores se reflejan sus problemas de comportamiento y las dificultades para seguir las consignas del grupo, experimentando problemas para trabajar en grupo.

—Qué profesional suena eso.

—Sí, es una fórmula para librarte del sambenito de las acusaciones

tendenciosas y decir que el chaval es un cabrón en clase. No sirve de mucho porque las notas son buenas, y más ahora que en la última reforma educativa se volvió a reducir el contenido de los cursos para aligerar la carga académica de los menores. Pero el tipo montó en cólera y me dijo que a su hijo había que dejarle hacer lo que quisiera, que lo que tenía que hacer era seguirle por la clase para satisfacer su curiosidad y otra vez el rollo de la guardería.

—Parece que el que no había crecido desde la guardería era el padre, no el hijo. Pues mira, ahora que lo dices, lo mismo quiere que el niño tenga complejo de Peter Pan y no quiera salir de la infancia en la que nadie le ha negado nada, un falso problema de *millennials* porque son los padres los que no les educan a sentir ni un poquito de frustración.

—Bien dicho. Oye, ¿y cómo te quitas de encima las visitas así de cargantes? Porque me imagino que no será fácil decirles “ahí está la puerta”.

—Aprendí un truco de una tutora de Física hace unos años. Era una señora imponente y para ella el truco era sencillo, bastaba con medio levantarse de la silla y mirar hacia la puerta donde hubiera más citas esperando, y sin mediar palabra los padres se levantaban de la silla. Yo tuve que improvisar porque el padre de Aziz es muy listo y te pide cita un día normal entre clases, en lugar de venir el día general como el resto de padres. Sabe que tienes una hora libre y no te suelta de las fauces fácilmente. Yo resolví que tenía que liberar la sala para otros profesores y que me quedaba poco tiempo para comer, que si no le importaba yo tenía que estar al cien por cien en clase y si no comía el rendimiento de la clase sería peor.

—Muy práctico. Ojalá pudiera yo utilizar algo así cuando tengo pesados en la sección de visados.

—Aun así, el tipo todavía me advirtió de que no se me ocurriera llamar la atención de su hijo en el patio, porque el chaval se le había chivado de que

la semana anterior llamé a los vigilantes cuando le vi con sus amigos tirándole botellas de agua a un niño más pequeño. Las tiraban al suelo y se las explotaban con pisotones cuando pasaba. Era de lo más humillante, además de todos esos gritos y ese pasillo que le hacían para que no se escapara, como una jauría...

—Calla, calla, que cuando me cuentas esas escenas, me siento fatal. Si algo así les pasara a los míos, no sé qué haría.

—Pues no te creas que se amilanó el chaval por aquello. Me la tienen jurada en su casa. Este año Aziz me saludó al llegar a clase y me dijo que todavía teníamos pendiente aquel incidente del patio. Me consuela que dos de los chavales que le acompañaban entonces ya no están con él, pidieron cambio de clase y en las horas libres cuando les veo a todos en el patio no se les ve juntos, así que Aziz está intentando crear otra corte de seguidores, pero como es el último año todos están concentrados en los exámenes y las entrevistas de vídeo con las *Grandes Écoles*, nadie quiere meter la pata. Se le acercan algunos para comentar exámenes y cosas, monta en cólera cuando alguien saca más nota que él, y se echa para los lados para crear más espacio alrededor suyo. Algunos de los franceses le miran mal por el abuso implícito del espacio común. Este año además lleva el pelo más largo, medio rizado y muy descuidado, con manchas en el polo del uniforme, parece un guarro, da un poco de asco, la verdad. El resto de los chicos llega a clase limpio y oliendo a loción de afeitado, pero este puerco rechaza identificarse con la higiene básica. Ah, ¿sabes lo que dijo el padre sobre el incidente del patio aquel año?

—Sorpréndeme.

—El tipo me soltó: “Le digo a mi hijo que si alguien se mete con él, sea de su edad o no, lo tire al suelo y se coma la tierra, y le diga “*Vas te faire enculer*”, algo así como “que te f...”. ¿Quieres que te lo traduzca?



—No, gracias, está bastante claro.

El sol comenzaba a ponerse. Los atardeceres en el Golfo sólo tenían dos horas de diferencia a lo largo del año, entre las cinco y media del invierno y las siete y media del verano. Elena miró el reloj.

—Creo que Germán ya ha debido salir, hoy tenía viaje para Kazajistán y quería dormir allí para levantarse más descansado para ver a los clientes.

Cristina la siguió en silencio mientras Elena recogía sus cosas. Ella no estaba casada, no sabía qué decirle a Elena con la que se le venía encima, totalmente decidida a dejarle y recomenzar de cero en España después de doce años allí.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Seguir corrigiendo? —preguntó Elena, para romper el silencio. Ambas se daban cuenta de la situación embarazosa. Antes Elena nunca había venido a su casa para dormir, como mucho había pasado como una exhalación con los niños, atacado el frigorífico de Cristina, y desaparecido con los niños, dejando su rastro como el caballo de Atila.

—No, creo que lo voy a dejar para mañana, tengo un par de horas libres. Corregiré en la biblioteca de profesores, bajaré a comer y subiré para curiosear libros o conectarme a internet antes de que lleguen los alumnos.

—¿Y ahora? ¿Tenías pensado hacer algo y te he estropeado el plan?

—¿Ahora? ¡Qué va! Seguramente habría estado viendo la tele, echando la siesta o hablando con Lamia por WhatsApp.

—Ah, Lamia. ¿Qué tal le va la vida? Antes hablabas mucho de ella. ¿Qué tal anda?

—Creo que bien, imagino. Se acaba de casar.

## CAPÍTULO 16

**N**o todos los cambios que conllevaba el matrimonio eran positivos para Lamia. Estaba más descansada ahora que su exmarido, alertado por los hijos en común, había vuelto a reaparecer en la escena para hacerse cargo de ellos más a menudo, reclamar los fines de semana que la sentencia le reconocía pero que él, por negligencia, no ejercía casi nunca. Las llamadas de los chicos al padre, pidiéndole un techo para no tener que compartir el suyo con el nuevo marido de su madre, le encendieron las alarmas, y el instinto protector que nunca había tenido hacia su descendencia se manifestó en su más álgida forma: abandonó sus citas interminables en el gimnasio, las cenas de empresa y los eventos deportivos de los fines de semana para, de golpe y porrazo, llevar el listado de fines de semana de custodia a rajatabla, más las vacaciones o los días de puente, e incluso alguna “quedada” de una semana o más en su elegantísimo dúplex. Con la llegada de los chicos se dio cuenta de que le sobraba dúplex y de que le había estado regalando el salario a la asistente, porque no había realmente

nada sucio que limpiar. Ahora la cosa cambiaba: con los dos adolescentes sudorosos del baloncesto, las pizzas en el sofá viendo un partido o una peli, y jugando online con la tele gigante, había restos de comida por todas partes, virutas de queso fundido pegadas en el pelo de la alfombra, montañas de ropa para planchar –el exmarido de Lamia siempre llevaba toda su colada a la tintorería–, camas deshechas y dormitorios que necesitaban ventilarse del tufo que despedían las deportivas de quita y pon que se quedaban en el armario. Los paquetes de comida congelada sobresalían del cubo de la basura, que no podía cerrarse con tantísimos envoltorios y cajas de cartón sin doblar. Todo iba viento en popa: el nuevo padre acababa de renacer, los chicos estaban más tranquilos allí que compartiendo el piso de su madre con Hani, Lamia estaba mentalmente más relajada y Hani había conseguido su objetivo: deshacerse de los chavales para campar a sus anchas y estudiar bien el terreno.

Sin embargo, el tren de vida de Hani inquietaba a Lamia, que había sustituido los gastos de sus hijos por los gastos de su nuevo marido, que viajaba y derrochaba con niveles insospechados. En una ocasión le quiso pedir el dinero de su último viaje a París. Él le dijo que la ONG que patrocinaba el viaje estaba teniendo problemas de financiación, que las donaciones llegaban con cuentagotas, y que sería una buena obra si ella se lo adelantaba. Él guardaría todos los tickets para reclamar el reembolso del dinero, le dijo, para que ella no tuviera que perseguirlos para que se lo pagaran. Pero Lamia nunca supo si el dinero había llegado o no. Cada vez que hablaban de dinero Lamia se sentía culpable. Le había sacado de Argelia, donde tenía un trabajo en la Media Luna Roja, y ahora en Madrid no encontraba ninguna ocupación estable, aunque tenía muchísimos contactos dentro de las ONGs, había mañanas que salía de casa y no volvía hasta la noche. Lamia no sabía muy bien qué pensar al respecto, pero claro, se auto justificaba pensando que las redes de contactos funcionaban de otra forma con

las ONGs y viniendo de la madre de todas las organizaciones de voluntariado mundial, era bien recibido en todas, aunque no hubiese puestos de trabajo disponibles. Hadi le contaba que las ONGs le agradecían mucho su dedicación y sobre todo, sus explicaciones sobre cómo estaban realmente los refugiados que todavía no habían llegado a España, porque podían organizar su logística de una forma más racional para no malgastar recursos. La falta de dinero era la espada de Damocles sobre muchos proyectos de voluntariado, por eso necesitaban siempre el apoyo de una entidad del gobierno o de una multinacional para pagar todos los gastos asociados con las actividades propias de la ONGs.

“No te creas todo lo que cuentan sobre las ONG”, le había advertido Cristina en una ocasión, cuando Lamia pensó en un proyecto de voluntariado financiado desde dentro de su empresa: “Una de mis compañeras de promoción salía con un tipo que sin haber terminado la carrera de Derecho, se había metido en un master de ayuda al desarrollo. Cuando le pregunté si aquellas organizaciones podrían ocupar el espacio de los partidos políticos y liderar una auténtica regeneración social, me dijo que era imposible porque muchas de las ONG eran brazos de los partidos políticos pero que preferían no mostrarlo claramente a la opinión pública. El tipo era bastante creído, pero quizá por eso me explicó con tanta dedicación el lado oscuro de la ayuda al desarrollo. Me contó que la mayor parte de la ayuda material que se envía a Latinoamérica redunda en beneficios económicos al otro lado del Atlántico porque si quieren que los niños tengan libros para estudiar, hay que imprimirlos en España, por eso se gastan la pasta en hacer grandes tiradas y luego organizan colectas para enviarlos, pero ninguna imprenta, pequeña o grande, los imprime en Sudamérica, y eso sí sería crear un impacto económico local, ¿no crees? Lo último que supe de él fue que Estela, mi compañera, le había dejado y que el hombre se fue de voluntario a Guatemala para conducir

un camión con troncos por la selva, a razón de dos mil euros mensuales, billete de avión y gastos de manutención a cargo de la ONG”.

Lamia tenía todas estas cosas en la cabeza cuando Hadi llegó, le dio un beso y se sentó a su lado en el salón. “¿Cansada del trabajo, cariño?”, le preguntó él. “Desde luego que sí, y tú, ¿estás cansado de currar?”, pensó Lamia irritada, pero sólo le sonrió e inclinó la cabeza en el pecho de él. Hadi respiró profundamente. Aquella mujer pensaba mucho y a lo mejor habría que sustituirla. Lamia cerró los ojos y sintió por primera vez que aquello era una función teatral y que le estaba costando más dinero del que nunca se había imaginado. Quizá debería... ¿divorciarse otra vez?

## CAPÍTULO 17

**L**as mesas estaban perfectamente colocadas cuando los asistentes al claustro empezaron a llegar al aula para la reunión de fin de trimestre. Dos filas enfrentadas, conectada por cuatro pupitres haciendo una letra U, encarados estos últimos hacia el proyector donde se verían los resultados de la clase y de los alumnos individualmente. Las trampas estaban preparadas, todos los cepos en su sitio, colocados por las madres que asistían en representación de los progenitores de la clase y que siempre llegaban las primeras con su batería de comentarios preparada para dejar en el aire la profesionalidad de este o aquel docente. Siempre dejaban caer esta o aquella frase, bien para neutralizar críticas contra los hijos de sus representados, bien para forzar una apreciación general del claustro, o bien para amenazar veladamente para lo que quedase del trimestre y, de paso, jurársela para el próximo año escolar en caso de volver a verse las caras.

Las gruesas progenitoras se aproximaban cruzando el cuadrilátero del patio escolar. Eran figuras difíciles de confundir en el atardecer caluroso.

Embuchadas en carísimos vaqueros reventones estampados con cristales de Swarovski en el trasero y trozos deshilachados en los muslos, ataviadas con camisas de seda floreadas y desabotonadas hasta la cintura, mostrando un escote pleno de manchas solares bajo las camisetas blancas elásticas, caminaban lentamente como albóndigas ensartadas en aquellos tacones imposibles que ni las actrices de Hollywood se ponían ya. Seguramente habían ido a la peluquería después de comer, pues las melenas teñidas y con rizos esculpidos a base de laca barata estaban impecables a pesar de la humedad vespertina. Ya en la sala, dejaron notar su presencia moviendo a placer las mesas y las sillas nada más entrar para acabar sentándose, como la tradición no escrita mandaba, en las dos mesas más cercanas a la entrada. Tanto ruido para nada. Se sentaron y colocaron los pies enroscados como garras en las barras inferiores de las sillas, cual tranquilas aves de presa, seleccionando a sus víctimas. Sus. Majestades. Las. Madres. Inauguraban. La. Caza. Del. Docente.

La presencia de los profesores era ineludible, aunque siempre había leyendas urbanas entre el profesorado que decían que sólo cinco claustros por trimestre eran de obligado cumplimiento, lo que alimentaba la tentación inconfesable de hacer novillos. El equipo pedagógico haciendo pellas. El subdirector con un nudo en la garganta cuando había nueve asignaturas y sólo cinco docentes presentes. ¿Quién se iba a enterar?, debían pensar algunos profesores. A la administración le faltaba coraje para coger al toro por los cuernos y acabar con aquella dejación de funciones. Bastaría con imprimir el listado de profesores, revisar las actas de presencia y apuntar palitos al lado de cada profesor para ver cuántos claustros había esquivado y descontárselos del salario. Las actas de presencia se firmaban pero nunca se comprobaban. Se escribían en papel usado por la otra cara. A la mañana siguiente, las secretarías archivaban el contenido de las reuniones en el contenedor azul.

Para ser un centro escolar, la cantidad de papel que terminaban en la papelera era enorme. Los sindicatos montarían en cólera si los profesores eran obligados a asistir a todos y cada uno de los claustros. Nadie estaba interesado en arreglar desaguisados. Los Profesores. Eran. Poco. Menos. Que. Dioses.

Cristina cerró el chiringuito y bajó las escaleras hasta el primer piso donde tendrían lugar los claustros del día. El primero se anunciaba difícil, con la resistencia grupal de los padres –cuya representación corría a cargo de dos o tres madres-, ya que los alumntos eran criaturitas que difícilmente aceptarían nunca la frustración como parte de su proceso educativo y de maduración personal. Los papás sólo solían hacer acto de presencia en los claustros de los cursos muy superiores, donde las chaquetas masculinas y las tarjetas de empresa se dejaban encima de la mesa del director a modo de recordatorio sobre las donaciones efectuadas al centro. Mi. Dinero. Tu. Salario. Mi. Hijo. Tu. Contrato.

Cristina avanzó arrastrando su maleta de ruedas. El pasillo del primer piso era frío como un congelador, tan ancho que se necesitaban tres personas dándose la mano para llegar de una pared a otra. Las clases alineadas a ambos lados del pasillo eran ligeramente más anchas que el pasillo pero sólo acogían una veintena de niños en cada aula, dejando sin *utilidad pedagógica* casi la mitad del fondo del aula. Tantos niños por aula. Esa sería otra de las quejas recurrentes de las mamás cuando no tuvieran por dónde atacar, que veinticinco niños eran muchos niños en clase y que no recibían la atención apropiada. Que en las clases de diecinueve tampoco recibían los cuidados necesarios. Que cuando por razones de currículo se agrupaban veintiocho en un aula para una clase semanal... Cuando había veintiocho alumnos, los profesores se ausentaban estratégicamente para ir al médico y las quejas parentales llegaban casi al ministerio en París. Sus pobres nenes necesitaban atención continua,



profesores con varios doctorados, la presencia de asistentes de aula además de profesores, que el baremo de las notas se les adaptara, bajándolo convenientemente a la atención de unos alumnos que pasaban la semana conectados a sus teléfonos y los fines de semana en fiestas en la playa. Ése era el mejor de los casos, porque cuando los partidos de la Champions interrumpían el ritmo escolar con sus horarios nocturnos, los alumnos hacían acto de presencia en estado onírico.

Cristina saludó con un tímido *Bonjour* a las dos matronas libanesas, que le devolvieron una mirada de arriba abajo y una sonrisa de asco como mueca. Por el parecido físico, las reconoció como las versiones infladas de dos pupilas invisibles, tan intangibles como, dada la monumental presencia maternal, debían ser en sus casas. Estarían allí para echar ascuas al fuego y que se les diera más juego a las niñas, a pesar de que las pobres no eran de las que querían hacerse de notar ni, mucho menos, servir a sus madres como instrumentos para mostrar su poder y así justificar su anodino día a día de amas de casa de alto standing.

Joseph Palm, el subdirector, llegó acompañado por el tutor de la clase, llamado profesor principal según el sistema francés. Entraron charlando y haciendo aspavientos de sorpresa ante lo que decía uno y añadía el otro, simulando una comedia de buenos colegas que hizo las delicias del bueno rollito delante de las madres. Aquella aparente buena sintonía era parte del espectáculo del claustro trimestral. También llegó interpretando el resto del elenco de profesores, simulando apresurarse para no faltar a la cita, como si fueran el conejo de Alicia en el País de las Maravillas.

La homilía estaba a punto de empezar.

El subdirector Palm dejó sus papeles sobre unos de los pupitres que conectaban las dos filas y se acercó, haciendo sonar los tacones de sus

zapatazos curvados hacia delante, como si fuera el calzado enorme que llevan los niños en los campamentos de refugiados, más grande de lo habitual para que les valga cuando crezcan. Hizo como que encendía el ordenador –ya estaba encendido, los ordenadores nunca se apagaban porque los docentes desdeñaban agacharse para apretar el botón de la CPU debajo de la mesa–, conectó el proyector y metió su clave para acceder al programa de evaluaciones. Todo el mundo miró disimuladamente hacia la gran pantalla para ver cómo la contraseña aparecía en puntitos negros mientras él tecleaba, qué pena que no se pudiera descifrar, menuda potra para quien pudiera acceder a la clave privada del subdirector o de algún profesor. Algunos alumnos lo habían conseguido. Las profesoras de árabe se las daban tranquilamente a sus alumnos favoritos para que pasaran lista y anotaran a los ausentes. El botín fue conseguir una clave de matemáticas, cosa que habían logrado los alumnos de Quatrième, que a sus tiernos trece añitos habían robado la contraseña y cambiado las notas propias y las de sus amigos. Había que proteger a la infancia, nada de desvelar a los integrantes de la banda. Que el papá del cerebro de la operación fuera el jefe de informática de la Embajada francesa no tenía nada que ver, era una mera coincidencia, una historia de contraseñas en plan uno dos tres cuatro cinco seis.

El subdirector volvió y se sentó donde había dejado sus carpetillas. La mesa de al lado fue ocupada por Monsieur Vieux Boulogne, tutor de la clase y profesor de Matemáticas, que se acomodó y esperó a que los dos alumnos que representaban a la clase, un chico y una chica, vestido él con el uniforme y vestida ella con vaqueros y una sudadera con grandes letras fluorescentes, se mirasen entre ellos y chocasen, no sabiendo muy bien qué hacer en una aula llena de adultos y que tradicionalmente sólo estaba ocupada por adolescentes guiados por un desmotivado educador. Tras varios tropiezos de los inexpertos delegados de clase y de ademanes de la profesora de Física para indicarles

dónde podían sentarse, la función parecía a punto de empezar. Las madres guardaban silencio, el subdirector hojeaba ruidosamente sus papeles, y los jovencitos se sentaron -como también mandaba la tradición no escrita- entre el profesor de historia y las madres, haciendo de frontera porosa entre dos mundos opuestos. Profesores. Alumnos. Progenitores.

—Eooooo —gritó Monsieur Vieux Boulogne con un tono más rural que formal, solicitando -innecesariamente, porque ya la tenía- la atención de todos.

## CAPÍTULO 18

**E**l camarero les sirvió sus bebidas y se fue. El calor se iba apoderando de la calle y el asfalto, el cambio horario hacía que los atardeceres durasen hasta casi las nueve y media de la noche, y la pereza se apoderaba de todos. La vuelta del buen tiempo era el mejor momento para las terrazas, la gente salía a las calles en busca de una silla y una mesa en la acera para pedirse una cerveza, una tónica para no engordar o un batido para los niños. Las calles estaban llenas de vida hasta altas horas de la noche.

Lamia miró el reloj, aburrida. Estaba en una terraza con Hadi, aburriéndose mientras él esperaba a un compañero, o un amigo de otra ONG, para hablar de un asunto: iban a viajar juntos para una misión de la Media Luna Roja. Llevaba varios días planteándose terminar con la relación o continuar, quizá se sentía tensa por su propia culpa, después de tantos años haciendo todo por su cuenta, cronometrando su vida y los horarios de los colegios para que todo encajara, harta de no tener respuesta ni responsabilidad

por parte de su exmarido. A la larga, se había creado su propia coraza defensiva y sólo había bajado la guardia al conocer a Hadi. También era más joven, y claro, la energía no era la misma, aunque también le habían traqueteado mucho en la vida, con esa lesión en la cadera por culpa de las balas...y cómo le miraban las mujeres. Daba igual que fueran jóvenes o maduras, todas le echaban un vistazo de arriba abajo cuando lo veían. Era atractivo sin ser un guapo empalagoso. En Facebook, donde ambos lucían la etiqueta de “casados”, Hadi tenía una legión de seguidoras que le lanzaban besitos en las fotos, incluso si ella aparecía con él. A Lamia no le importaba, tampoco lo habían hablado nunca. Él siempre llevaba gafas de sol o aparecía de espalda en Facebook, y eso aumentaba la atención femenina. Nunca le había visto la cara de frente hasta que se encontraron en el aeropuerto, él la esperaba en una silla porque, le dijo, se equivocó con la diferencia horaria y había aterrizado una hora antes, así que Lamia nunca le vio salir por la puerta de Llegadas donde las familias se arremolinaban esperando a hijos, nietos, primos o sobrinos.

El cristal de los vasos estaba mojado. El líquido, el limón y los hielos estaban más fríos que el vaso, recién salido del microondas, y el vaso se le resbaló un poco en la mano. Lamia bebió un sorbito corto sin ganas, le dolía el trasero de estar sentada allí y hubiera preferido tomarse algo en una terraza más pequeña cerca de casa, idealmente la que estaba bajo los árboles junto al parque infantil porque hacía una especie de islita en la que sólo entraban los conocidos.

Hadi le dijo que no podía ser ahí porque tenía esa dichosa cita. Al principio no quiso que le acompañara, pero desistió para guardar las formas. Pensaba desaparecer a la vuelta de la misión. La organización ya estaba creándole un nuevo alias en todas las redes sociales con otro nombre y otra ciudad. Él había dado el visto bueno al perfil, pero no se haría público hasta

terminar la misión con Sharief. Por fin llega el que faltaba. Sin que Lamia se diera cuenta, un hombre corpulento se había sentado al lado de Hadi. Había llegado por el otro extremo de la calle y entre tanta gente paseando no le había visto llegar, pero él sí les había localizado. Hadi hizo una presentación corta y Lamia, que se había levantado un momento para darle la mano al amigo de su marido, se quedó con ella tendida en el aire, mientras ellos hablaban ignorándola por completo. Lamia estaba completamente alucinada. Esto no le estaba pasando a ella. ¿De verdad se había casado con alguien así? ¿No existía ni como persona al lado suyo? Incluso el perro de la mesa vecina recibía más atenciones que ella.

Se tragó la rabia y miró la hora en el teléfono. Vio un mensaje de Cristina. “Empiezan los claustros otra vez. Horror. Deséame suerte. Cruzo los dedos”. Por un momento se evadió de la realidad y recordó, sí, que a estas alturas del año, el trimestre debería estar a punto de terminar, y con ello comenzaba la actividad frenética típica, por un lado profesores volcando notas como si fueran agentes de bolsa, y por otra chavales actualizando las pantallas de los móviles para ver si había resultados nuevos que subieran o bajaran la media en su boletín. Echó de menos a sus hijos, aunque sabía que estaban bien. El fin de semana su padre les había llevado de escalada, y todos esos impedimentos mentales que le bloquearon durante años para acercarse a sus hijos habían quedado definitivamente enterrados después de la visita a Reguerillos, un poco más allá de Patones, con entrada a la cueva y todo. Le mandaron un vídeo corto de unos segundos en Facebook, se habían caído pero no había ningún peligro, el mosquetón se les soltó cuando estaban a un metro del suelo. Entonces se le ocurrió hacer un vídeo corto y mandárselo a Cristina. Al menos sería una forma de presentarle a Hadi antes de divorciarse.

—Hola, hola, aquí... —dijo Lamia, para atraer la atención de Hadi y de su amigo. El marido terminó una frase y se volvió distraídamente hacia Lamia,

que les estaba grabando un poco por molestarles y un poco por tener un “recuerdo” del malhadado día.

Hadi abrió los ojos desmesuradamente, el hombre a su lado también y se levantaron enfurecidos. Hadi le tiró el teléfono de un manotazo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le gritó a Lamia, fuera de sí.

Lamia estaba blanca. El amigo de Hadi no hacía más que gritar pero Lamia no le oía, sólo veía la cara encendida de Hadi. Se dio cuenta de que no le conocía, de que no sabía quién era, por qué estaba allí con ella, por qué le pedía tanto dinero, por qué, por qué, por qué.

Se agachó a buscar el teléfono por el camarero ya lo había encontrado y se lo acercó, temeroso de la reacción de Hadi.

—Aquí tiene, se le cayó... —balbuceó el camarero.

—Muchas gracias —acertó a decir Lamia, y apretó el botón de Enviar. Metió el teléfono en el bolso, se bebió lo que quedaba en su vaso y le espetó: —Esta noche no hace falta que vengas a casa. Ni esta noche, ni nunca.

## CAPÍTULO 19

**E**l tedio reinaba en el aula del claustro y poco se podía hacer ya para frenar la hemorragia de “felicitaciones” y “ánimos”, la categoría B de las felicitaciones, en los expedientes trimestrales de los alumnos. Las actas de la reunión deberían reflejar las efusiones verbales que el claustro repartía a diestro y siniestro, con el nombre y apellido de los que insistían en inflar descaradamente el expediente de este o aquel alumno. No había estudiante con menos de tres asignaturas suspendidas que no fuera cuanto menos felicitado por su valía –no quedaba muy claro en función de qué méritos se medía- y a aquellos con cuatro suspensos se les animaba felizmente para que continuasen esforzándose. *L'ensemble de l'équipe pédagogique vous encourage à poursuivre vos efforts. Encouragements. (El equipo pedagógico le anima a continuar con sus esfuerzos. Ánimos).* A Cristina se le atragantaba aquella frase, no bastaba con tratar de usted a aquellos críos impertinentes de frentes grasientas llenas de granos, sino que parecía que los pipiolos todavía necesitaban más ayuda de



la que ya recibían, que eran víctimas de un sistema que les había hecho nacer sin pedirles permiso y que para sobrellevar el tema de la existencia, todos los adultos a su alrededor se comprometían a brindarles su tiempo y dedicación sin ninguna contrapartida a cambio. Por amor al estudiante. Por auténtica devoción. Para que su frágil vida de fumadores callejeros en la esquina exterior del liceo pudiera continuar sin grandes percances.

Las madres disfrutaban con el espectáculo, despellejando a ciertos profesores con agudos comentarios dejados caer sin mirar directamente a nadie. Quedaban un par de casos que se habían saltado el orden de la lista por indicación de Monsieur Vieux Boulogne, y se retomaban ahora en la recta final. Pero las dos cazadoras, orgullosas auxiliadoras contra las debacles trimestrales, no se esperaban lo que estaba a punto de suceder.

—Bueno, ya estamos a punto de terminar. Nos quedan solamente Mohamed y Anthony, creo que sería conveniente que los delegados de clase salieran —dijo el tutor, con cierta gravedad.

Las madres se revolviéron en sus asientos. Algo inesperado, otra viruta de carne fresca para la boca de las aves de presa, se estaba ofreciendo como postre de la reunión. Nadie en el equipo pedagógico se movió, sabedores del efecto áureo que buscaba el ego del tutor. Unos profesores siguieron haciendo dibujitos en las esquinas de los cuadernos y otros consultaron la hora en el móvil, suspirando ruidosamente como si la novedad trastocara realmente su importantísima vida social y familiar. Tras varios segundos de silencio efectista, Monsieur Vieux Boulogne comenzó:

—Vayamos por partes. Primero trataremos el caso de Mohamed. Si sois tan amables de salir —dijo, mirando a los delegados.

Una de las madres saltó al momento:

—No estaría bien que los alumnos fuesen excluidos —dijo sacando morritos y moviéndose hacia los lados, haciendo que toda la grasa de su

anatomía acompañase el movimiento. La estrategia tuvo su efecto entre los hombres, que comenzaron a echar las sillas para atrás, cruzando y descruzando las piernas.

El señor Vieux Boulogne y el subdirector Palm se miraron un momento. Finalmente el subdirector intervino:

—Es necesario. Si hacéis el favor de esperar en el pasillo hasta el final del claustro —dijo a los delegados.

Los chiquillos miraron a las madres como pidiendo permiso, y éstas les indicaron con un gesto de cabeza y una mueca torcida de la boca que salieran. Arrastraron las sillas y salieron empujándose. Poco después se les oía reír en el pasillo.

—Allá vamos —comenzó el señor Vieux Boulogne, inspirando fuerte y estirando sus cortas piernas debajo de la mesa: Hemos considerado que los alumnos no debían estar presentes dada la naturaleza de los hechos que vamos a discutir. Empezamos con Mohamed. Como todos saben, Mohamed se incorporó al final del primer trimestre, escasamente una o dos semanas antes de cerrar las notas, así que no estaba preparado para ser evaluado y muchos de ustedes le consideraron bien “Sin Nota” o le otorgaron un diez sobre veinte para que apareciera algo en el baremo.

—¡Pues no me parece justo que se le dé la mitad de la nota cuando la criatura acaba de llegar y está luchando por integrarse! ¡Podrían ustedes haberle dado un veinte sobre veinte como forma de bienvenida! Hay que ver, cómo son todos ustedes... —chilló la madre cuya silla a la izquierda se había quedado huérfana tras la salida de los delegados, y terminó la frase por lo bajo: —...racistas.

—No hubo recriminaciones en el claustro del trimestre pasado que yo sepa, madame... —intervino la profesora de Física: —De hecho, quedó expuesto unánimemente que Mohamed había sido bien acogido por la clase y

que no experimentaba, al menos exteriormente, ningún síntoma problema de expatriación. Ya que no se habló entonces de sus notas....

—Bien, vamos a dejar ahí lo que pasó hace tres meses porque no viene al caso —terció el subdirector.

Cristina estaba un poco sorprendida. Por primera vez, el subdirector parecía desempeñar un rol mínimamente profesional. La gorda estaba en shock por la respuesta del subdirector. Lo mismo la reunión deparaba algo interesante al final del día. El subdirector inclinó la cabeza mirando al Monsieur Vieux Boulogne, que retomó el discurso:

—Hemos pedido que los alumnos esperasen fuera porque lo que vamos a decir es un poco, cómo decirlo, grave. Mohamed no ha dado ninguna queja, fue un alumno aceptado unánimemente por la clase. De resultados discretos, también hay que decirlo, pero que no escurra su responsabilidad ante la falta de deberes presentados.

Los profesores continuaban haciendo dibujitos en las esquinas de los cuadernos o bien mirando al techo. El tutor de la clase prosiguió:

—Imagino que también habrán notado que Mohamed se ha ausentado notablemente durante las clases. La familia agradece que ninguno de ustedes le haya interrogado duramente sobre sus ausencias. Debe ser parte del efecto de parecer un alumno sociable. En cualquier caso, los padres han traído puntualmente todos los partes de ausencia acompañados de bajas médicas dictadas por los doctores.

La madre quejica hizo ademán de intervenir, pero el subdirector le indicó con la mano que no hablara.

—Mohamed ha sufrido un problema estomacal que lleva arrastrando desde hace varios meses, concretamente desde su escondite en Egipto.

Monsieur Vieux Boulogne disimuló su satisfacción por el interés que había despertado. Los pelos de los enseñantes se levantaron como

electrificados. “Uau, vamos a pasarlo bien”, pensó Cristina. El bolígrafo del profesor de Ciencias Naturales, el señor Abdelrahman, se quedó parado sobre el papel, pero disimulando su atención desmesurada. Era todo oídos. Su calva brillaba al contraluz de la noche que se filtraba por la ventana detrás de él, como una pelota flotante sobre su pelo negro. “Mira, otro de la secta de Steve Jobs”, le había dicho a Cristina otra compañera de departamento en referencia a la sempiterna vestimenta negra del colega de Ciencias.

—Cuando los Hermanos Musulmanes ganaron el plebiscito en Egipto, algunas familias decidieron ausentarse para evitar el conflicto —dijo Monsieur Vieux Boulogne.

Cristina no dijo nada, pero le pareció que no cuadraban la victoria electoral con la llegada del chaval al centro.

—Lo que ocurrió es que no todos pudieron salir.

“Bueno, bueno”, pensó Cristina, “algunos salieron por piernas antes de que los pasaran por las armas. Derrochando valentía, como siempre”.

—Pero no todos pudieron salir —repitió Monsieur Vieux Boulogne —Y los que no pudieron, tuvieron que buscarse algún sitio donde quedarse sin que les denunciasen. Ya saben ustedes lo que supuso el conflicto, la plaza de Tahrir,...

Un momento de silencio para mantener el suspense. “Qué hombre más efectista y más vacío. Cómo disfruta contando la desgracia de otros”, se decía Cristina.

—Mohamed se encontró en ese grupo, entre los egipcios cuyas familias no pudieron salir. Afortunadamente, su madre y él permanecieron escondidos en un desván durante cuatro meses, comiendo lo que los fieles a su familia les podían traer. Durante ese cautiverio involuntario, porque cuatro meses son muchos meses, Mohamed contrajo una bacteria en el estómago, que a día de hoy es la responsable de sus estancias de varios días en los hospitales. Está

bajo observación.

—¿Y el padre de Mohamed? —inquirió la madre curiosa, intentando recuperar parte del protagonismo perdido.

—Sigue los avances de su hijo, claro, pero no puede hacer mucho más. Depende de lo que los médicos digan —le respondió Monsieur Vieux Boulogne.

—No, no, quiero decir que dónde estaba mientras Mohamed y su madre estaban escondidos. ¿Luchaba contra los Hermanos Musulmanes? ¿Hizo algo para devolver Egipto a la buena senda? ¿Era militar?

Cristina se quedó paralizada por la dirección que estaba tomando la conversación. El señor Abdelrahman, sentado en la fila enfrente de las madres, miró a la mujer. Parecía que iba a saltar sobre ella pero se contenía.

—Es que sería bueno saber si tenemos que ayudar en algo a la familia — continuó la madre, como si quisiera justificar su curiosidad para inmiscuirse en los asuntos de otros, pero su mención de “la buena senda” no iba precisamente a facilitar una salida diplomática a la conversación. “Con semejante escote y preguntando por el padre, todas las alternativas son posibles”, se dijo Cristina. A veces era mejor ser observadora y disfrutar del espectáculo a tres bandas entre Monsieur Vieux Boulogne, la sacrificada representante de padres y el profesor de Ciencias. Este último parecía extrañamente inquieto por las novedades sobre la vida del alumno Mohamed.

—Bueno, la verdad es que, por lo que sabemos, el padre consiguió salir o ya estaba fuera antes de Egipto antes de que se celebrara el plebiscito, por lo que hizo lo posible para que salieran. La familia tiene familiares, si me permiten la redundancia, aquí.

“Qué morramen, el padre se pira antes por si lo cogen y lo ejecutan, y luego se los trae cuatro meses después. Mucha pasta debe manejar esta gente para ser capaces de conseguir un visado y entrar en el Golfo. A saber de qué

trabajaré el tipo, lo mismo ni necesita currar”, pensó Cristina. Reparó en la tensión del profesor de Ciencias, quien más que dibujar estaba clavando la punta del bolígrafo en el papel, como si pretendiera hacer cortes.

—¿Y cuál es la previsión de la familia? ¿Piensan seguir mucho tiempo aquí, volverán a Egipto,...? —dejó caer el profesor de Ciencias, con la mandíbula encajada como para no gritar.

—Por lo que a nosotros respecta, la familia de Mohamed le ha matriculado para el año próximo.

—Lo digo porque aquí será difícil aguantar mucho sin un trabajo, el coste de vida es altísimo, y quizá no puedan aguantar. ¿Tienen otro destino previsto?

La referencia al coste de vida hizo que el subdirector torciera la boca. El lado sindicalista del profesor de Ciencias salía a la palestra justo cuando una semana antes se había negociado con los sindicatos una subida salarial que iba a llevarse parte del presupuesto de remodelaciones de obras para meterlo en el bolsillo de los desmotivados profesores.

La reunión estaba alargándose demasiado y el subdirector cortó la discusión:

—Mohamed está aquí para quedarse, señor Abdelrahman, y todo lo que sabemos es que gran parte de su extensa familia reside ahora aquí, así que tienen los medios suficientes para mantenerse. Salvo la explicación de los problemas de salud de Mohamed, que han sido convenientemente contextualizados por Monsieur Vieux Boulogne, lo demás no es asunto de nuestra incumbencia. Y ahora, pasamos al último caso del día. Vamos con Anthony.

Cristina respiró hondo, lista para el último asalto del claustro, el caso Anthony. Se estiró en la silla tan educadamente como pudo, y puesto que todo el mundo parecía hacer un pequeño receso mirando sus móviles o

levantándose para servirse un vaso de agua, ella hizo lo propio. Se levantó para estirar las piernas, dio una vuelta mirando los posters del aula —le gustaba reconocer los trabajos de sus alumnos en otras disciplinas, los buenos casi siempre eran buenos en todo, y los malos, copiaban y pegaban párrafos de Wikipedia y estampados geométricos para ocultar el vacío de la cartulina en blanco —, y casi siempre podía adivinar quiénes eran los creadores sin mirar la ficha que acreditaba su autoría. Se sentó, y en una pose muy estudiada que había aprendido de los profesores árabes, que se sentaban a la mesa sin despegar los ojos de la pantalla, como si lo que estuviera ocurriendo fuera de importancia capital, desbloqueó la pantalla del móvil mientras se acercaba con la silla a la mesa. Lamia le había mandado un vídeo, tendría que descargarlo y en las aulas no había acceso a internet, sólo en el ordenador del profesor, en la biblioteca y en la sala de profesores, que estaba en otro edificio. Decidió arriesgarse y utilizar las Gigas de su paquete de oferta. Con suerte, sería corto y no tendría que abonar costes extra a final de mes. Sacó un auricular del bolsillo y lo conectó discretamente, por si acaso el vídeo tenía un sonido fuerte y sorprendía a los otros asistentes del claustro. “Hola, hola, aquí...”, se oía decir a Lamia con un ruido de coches de fondo. La imagen no estaba muy clara, se veía a un hombre joven con pelo un poco largo, tipo trovador, como decían sus alumnas, que giraba la cabeza hacia la cámara. Al fondo, muy oscuro, se veía otro hombre. “¿Por qué no habría conectado la linterna para grabar? Ay, Lamia, necesitas un curso Móvil 101”, pensó Cristina. Al final los hombres parecían enfadados. Al ponerse de pie, la luz de una farola de la calle les iluminó directamente el rostro. El más joven debía ser el marido de Lamia, fijo, pero el otro, el más grande y más mayor,...tenía algo que lo hacía familiar. Esa mancha en la frente, era como...como... la marca de ese padre tan desagradable que vino a verla una vez. “¿Cómo se apellidaba esta gente?”, intentaba adivinar el nombre cerrando los ojos para

concentrarse. “Ya lo tengo. Ben Eissa, es el señor Ben Eissa, el padre de Aziz. Pero, un momento”, se dijo Cristina, “¿El padre de mi peor alumno, en Madrid?”

—¿Está lista, querida, para la recta final? —le preguntó el señor Vieux Boulogne.

Cristina abrió los ojos y asintió sin saber cuál era la pregunta. Todavía le quedaba otro claustro después de este. Y ése era el del hijo de Ben Eissa. El señor Abdelrahman y el profesor de Matemáticas se desharían en elogios, ya lo estaba viendo. Pero ella también tenía un par de cosas que decir. Ojalá saliese bien airada del lance.



## CAPÍTULO 20

**Y**a tenía suficientes problemas como para hacer de paño de lágrimas para los demás, pero era cierto que Elena no tenía corazón para dejar a Laura en la puerta sin al menos servirle un café, aunque no se hubiera anunciado con antelación.

—Ya pareces una más de la tribu —le dijo Elena dándole dos besos — Esto de hacer acto de aparición sin avisar, con el tiempo, lo hacemos todas.

—Sí, ya parece que me voy ambientando, aunque esto todavía no es lo mío, lo de presentarse así por las buenas, pero perdí tu número, lo había guardado en el bolsillo del monedero y no lo había pasado a la agenda del móvil, y haciendo limpieza de tickets de compra, limpié también el papel con tu número. Así que, si me permites —dijo Laura, ofreciéndole a Elena el móvil para que le escribiera su número.

—Aquí tienes —le respondió Elena, haciendo una llamada perdida para que sonara su móvil en el bolso colgado en la entrada. —Leticia, por favor, ¿nos prepararías un café con unas pastas? No hagas nada extra para los niños

porque cenarán temprano y hoy no han tenido natación.

La asistente asintió y desapareció por el pasillo de la cocina.

—Bueno, ¿qué tal acabó el incidente con la madre de Arthur? ¿Sobrevivisteis todos?

—Pues al final creo que ha salido todo bien, pero sin esperármelo, la verdad. Ocurrió que al día siguiente de venir aquí, había un taller de manualidades que organiza la asociación de Femmes Francophones. Me había inscrito en la organización el año pasado, pero no había ido más a un café de fin de año, donde había muchísima gente, no conocía a nadie pero el buffet estaba muy rico. Recibí un email porque había plazas libres en el taller de manualidades, y fue allí donde me echaron una mano.

—¿Ah, sí? ¿Cómo fue?

—Bueno, me dijeron que me echaban de menos desde aquel café. Les gusta tener bajo control a todo el mundo, así que no me extrañó que me lo dijeran con esos formulismos. Me disculpé, dije que habíamos estado muy ocupados con los niños, la mudanza, los abuelos que andan enfermos,... un poco como una cortina de humo, para que no indagaran mucho. Y luego dejé caer el primer globo sonda, pregunté si alguien tenía hijos que hubieran ido a la fiesta de la playa con la madre de Arthur.

—Oh, buen movimiento. ¿Qué dijeron?

—Son muy listas, cada una siguió pintando o cortando papelitos como si nada, hasta que una dijo que ellos no les daban permiso a sus hijos para salir con Arthur, que no tenían nada en contra de nadie, pero que normalmente sus horarios no coincidían porque los fines de semana había misa y catequesis, así que la familia pasaba el día en la iglesia y sus alrededores.

—Vaya, así que la madre de Arthur no es santo de la devoción de todo el mundo...

—Eso parece, pero tampoco le presentan batalla. Me preguntaron si

habíamos ido a la fiesta, o si habíamos tenido algún problema después, y bueno, muy escuetamente les dije que sí, que mi hijo había ido a la fiesta y que no había quedado muy contento. Nosotros tampoco.

—¿Y qué dijeron?

—Poco. Yo seguí pintando. Con esta gente, las conversaciones se quedan así, en alto, hasta que alguien retoma el hilo. Y mira, una habló y las demás la siguieron. Me dijo “No te preocupes, que hoy hablamos con nuestros hijos para que estén pendientes de los tuyos”.

—Increíble. Parece que tienen un sistema de vigilancia dentro del liceo.

—Sí. He seguido asistiendo a esas reuniones y me he enterado de cosas muchísimo peores. Vamos, nuestro caso de la playa se queda en nada cuando las escucho hablar. Siempre hay que esperar un rato hasta que se arrancan, como si estuvieran verificando que no hay escuchas en la zona, pero cuando lo hacen...No te puedes imaginar lo que se vive ahí dentro, y nadie mueve un dedo para solucionar nada por miedo a que los expedientes no lleguen a la universidad. Estas mujeres tienen un poco de mano con el Embajador, pero no pueden abusar quejándose continuamente, así que a final de año le escriben una carta con las cosas que no les han gustado del liceo, para que esté informado, pero no hace nada si no afecta a los cursos de sus hijos. Además, todo lo que tiene que ver con educación El Embajador se lo debe delegar al COCAC, el Consejero Educativo, y se topan con otra piedra en el camino.

—¿Por qué?

—Porque la esposa del COCAC es maestra del Liceo y sus hijos, un chico y una chica, estudian allí. Bueno, al parecer no estudian pero pasan el día en las instalaciones. La madre se ocupa de amedrentar a los profesores que suspenden a sus hijos, que se pasean por el patio chuleando a unos y a otros. Una de las señoras contaba que el chico vino una vez a casa para hacer un trabajo en grupo y que tenía tantísimas faltas de ortografía que no se entendía

lo que quería decir. Y su padre es consejero, y su madre, maestra.

—Bueno, en casa del herrero, cuchillo de palo, ya sabes.

—Cierto, cierto. Así que con esa información me ayudan a navegar un poco, porque si me acerco un día al Consejero y le digo algo, a lo mejor me estaría ganando un enemigo.

Leticia regresó de la cocina con la bandeja del café y unos platitos con galletas de barquillo y galletas de chocolate con naranja. Miró a su jefa para saber si estaban bien elegidas, y Elena asintió con los ojos.

—También me contaron que se habían librado de otro forajido, un tal Martín, que durante tres años no hizo más que soliviantar a todos, y los padres no permitían que se le tocara un pelo. Un día, le expulsó una profesora por mal comportamiento y dio un portazo que temblaron las paredes. Volvió y le escribió un cartel con insultos en la puerta, para que lo viera toda la gente que salía. Al año siguiente, encendió fuego en los baños no una vez, sino dos — dijo Laura, cogiendo un pañuelo de papel para comerse la galleta y que no cayeran migas por el suelo.

—La historia me suena, creo que Cristina, la que conociste aquí el otro día, me contó algo parecido.

—Lo mismo hablamos del mismo alumno —dijo Laura. No parecía la misma persona, hablaba con muchísima más confianza que en su última visita, en la que despedía ansiedad e impotencia por los poros. Saboreó la galleta y continuó—: En cualquier otro centro, por lo menos en Francia, le habrían expulsado una semana o un mes, pero la decisión de la dirección fue enviarle a unas sesiones con la psicóloga para que le hiciera entender que su comportamiento podía hacerle pupa a alguien.

Elena asintió. Recordaba la historia, se la había contado Cristina escandalizada. El tal Martín entraba y salía de las clases como Pedro por su

casa, se levantaba a mitad de una sesión y se marchaba a su casa saltando el muro del colegio, y cuando llegaba a su casa llamaba al móvil de algún alumno para que el profesor supiera que había llegado bien. Aquello era un secuestro emocional permanente, toda la clase pendiente de él, y nadie le tocaba. Era otro de esos “superdotados” cuyos padres les consideraban poco menos que Rey-Sol. Ese mismo año, Elena creía recordar que Cristina le contó una agarrada que tuvo con un alumno por mal comportamiento durante un examen, y el padre, un jefe de la misión militar francesa, exigió su despido al director. El tutor intercedió diciendo que la situación se había exagerado mucho y todo quedó en agua de borrajas, aunque Cristina acusó mucho aquella reunión. A finales de año, el chaval le hizo una quenelle, un gesto que imitaba el saludo nazi, durante la conferencia de un ex ministro francés de origen judío en el liceo. La dirección del centro tuvo la genial idea de expulsarle de clase cuando ya no había cursos para los alumnos del último año porque estudiaban el BAC. El chico no aceptó la ridícula reprimenda y para provocar se presentó en la biblioteca, diciendo que allí sí podía entrar, y todo el mundo se calló. Aquel último trimestre fue el más duro que le había contado Cristina, y le dijo que pensó en dimitir y volverse a Europa, pero no quería sentirse derrotada por las circunstancias.

Elena regresó a la conversación con Laura, que estaba muy lanzada:

—El año pasado el desafío consistió en esnifar botes de gas butano durante las clases. Metían la cabeza dentro de las mochilas y abrían un contenedor de gas licuado para inhalar, los compran por uno o dos euros, imagínate. Y además, los fines de semana los esnifan y los mezclan con alcohol. Uno de mis hijos les oyó hablar del lechero, y se percató por la conversación de que se referían a la persona que les suministra las drogas. Qué increíble, con servicio a domicilio. Me dijeron también que había alguien que iba hasta la puerta del liceo, pero fuera de las instalaciones no se puede

hacer nada, y la policía pasa de vez en cuando, pero tal y como les reciben cuando preguntan por qué hay menores fumando en la puerta, terminan por no involucrarse. Menos mal que estas señoras de las manualidades han organizado el círculo para que mis hijos no se relacionen con esa gente, aunque en las clases hay veces que las situaciones se ponen un poco tensas, según si el profesor es de los que toleran los inhaladores o no.

—Ah, pero es que los permiten y todo.

—Parece ser que sí, que algunos les ríen las gracias. Me pregunto si todas esas cámaras que dicen que tiene registran las conversaciones, porque debe ser para alucinar lo que allí se escucha.

—Bueno, me alegro de que, al menos, en general, hayas encontrado tu espacio para acomodarte durante el tiempo que estés aquí, sea mucho o poco.

—Muchas gracias. Me ayudó mucho hablar contigo.

—También tengo vecinos franceses, si decides mudarte a esta urbanización. Ella trabaja en el liceo, por cierto. Es maestra de primaria.

—Ah, qué interesante.

—No te imaginas cuánto. ¿Has oído hablar del tarot del mes?

—¿Tarot? ¿Aquí? La última vez que jugué fue en un campamento cuando tenía quince años.

—Ah, pues entonces tienes que actualizarte. Mi vecina, la señora Benedicte, es la presidenta de la asociación francesa del tarot y todos los primeros jueves de mes hay una reunión enorme en su casa. Casi toda la comunidad francesa está suscrita, compran los cupones para participar y hacen una especie de tómbola con el dinero que reúnen.

—¿Y el Tarot?

—Lo juegan en una sala aparte, solamente los que quieren, aunque a veces hay cola. Desde el jardín se escucha el escándalo, lo deben pasar muy bien. Yo suelo acostarme con el soniquete de la rueda de los premios, hasta

que caigo roque sobre las dos o tres de la madrugada.

—¿Nunca has asistido?

—Para serte sincera, no. Me llega todo desde la verja y Cristina o alguna madre me cuentan luego lo que ocurre. Cristina tampoco va, pero los alumnos son muy descriptivos en clase y no se ahorran los detalles de la fiesta.

—¿Pero es que se llevan a los niños para introducirlos en el Tarot? —preguntó Laura con incredulidad.

—Bueno, la comunidad francesa es un grupo muy familiar, así que los llevan a todas partes.

—Deber ser un auténtico éxito, entonces.

—Todo, menos los estudios de los hijos de la señora Benedicte. El mayor terminó la secundaria el año pasado con un boletín lleno de felicitaciones y mejores deseos para la vida futura, pero no consiguió plaza en la universidad, así que le hicieron un cambalache para que entrara en el club de rugby de Toulouse. Lo publicaron en el resumen semanal de noticias del Liceo, me contó Cristina, como si fuera un éxito tener a un borrico como él en un equipo de rugby. El caso es que las cosas no le deben ir muy allá, porque le veo muy a menudo en chanclas y bañador de vuelta de la playa de jugar con el *kitesurf*.

—¿Jugar?

—No creo que sea capaz de entender las instrucciones para envolver la vela y guardar la tabla.

—¡Ja ja ja! ¿Tan ceporro es? —rió Laura.

—¡Oh, sí! ¡Tendrías que verle! Y es uno de los grandes alumnos felicitado unánimemente por el claustro todos los años —rió Elena.

—¡Oh, Dios, me alegro de que mis hijos todavía no hayan sido felicitados así! Si lo hacen, me lo tomaré como un funeral. Menos mal que sólo nos quedan unos semanas meses para volver, no veo la hora de subir al avión —ironizó Laura.

—¿Volver? ¿No van a terminar la secundaria aquí? —preguntó Laura, un poco sorprendida.

—No. Vuelvo con los niños a Francia. El paso por Ginebra ya fue un lío, con un curso a medias que terminaron aquí, y ahora este año, del que prefiero sólo recordar como una anécdota en la memoria, sin convertirme en parte de esta locura en la que todo el mundo se comporta como si las mayores incongruencias fueran lógicas.

Se quedaron en silencio.

—Me encanta venir a esta casa, tan soleada, con tan buenas vibraciones ... —dijo Laura.

—Pues aprovecha ahora, porque después del verano nos mudamos —dijo Elena.

—¿Os mudáis? Pues va a ser difícil que encontréis algo mejor, a menos que estén construyendo algo nuevo en otra parte. Aquí las grúas no paran, es lo único que sigue avanzando sea de día o de noche. Bueno, voy a tener que irme, que tendréis que cenar y nosotros también. Dejé preparada una *quiche lorraine* por si me retrasaba, pero casi siempre me esperan con la excusa de cenar juntos, y se acuestan más tarde. Ah, son las ventajas cuando ya son un poco más grandes. Los tuyos todavía están en edad de darte mucha guerra, ¿verdad?

Se despidieron con un beso.

Elena se quedó pensando en lo que Laura acababa de decir con una mirada aprobadora. Era lógico, si el frenesí de la vida *expat* no te conquistaba el primer año, no lo haría nunca. En el fondo, Laura había tenido suerte de haberse distanciado del *bling, bling* desde el principio. Elena despertaba de ese sueño que creía haber controlado nada más llegar, pero que ahora la sacaba del mismo y convertía en pesadilla lo que le quedaba por delante. No había tenido el coraje de decirle a Laura que volvía sola, derrotada, con un



niño de cada mano, sin saber qué hacer ni cómo los mantendría cuando su futuro exmarido dejara de enviar dinero para concentrarse en su nueva familia. Después de tanto tiempo juntos se había dado cuenta de que Germán era un cobarde y no se enfrentaría con ella, le daría el divorcio para casarse lo antes posible con la secretaria filipina y poco a poco se desentendería de ellos. Ahora se daba cuenta de que todos esos viajes de empresa habían sido la excusa perfecta para no plantearse que su vida en común no era lo que había pensado, que le aburría tener una esposa perfecta y unos niños envidiables que ella entrenaba en todos los aspectos porque él nunca estaba presente, unos niños que sabían muchas más cosas que él y que no le echaban de menos porque siempre estaban ocupados. Elena se encargaba de ellos, Leticia estaba poco menos que adiestrada para estar al tanto de sus comidas y horas de sueño, y el chófer de la empresa siempre acudía a recogerlos de las clases de deporte cuando Elena no podía hacerse cargo si acudía a alguna velada. Qué más podían pedir, eran la familia perfecta. Hasta que se rompió.

## CAPÍTULO 21

**L**amia bajó por las escaleras con la esperanza de que el trayecto fuera más largo y la ayudara a pensar algo mientras llegaba a la zona de recepción, y de paso no se encontraría con nadie en el ascensor que le preguntara por su cara de preocupación. No funcionó. Supo que había bajado el último peldaño cuando dejó de oír el taconeo rítmico de sus zapatos, miró al suelo, y vio cómo el terrazo encerado le bailaba un poco en los ojos. Había bajado más rápido de lo que creía, y tenía un ligero mareo. Se estiró bien, giró la cabeza a la derecha y a la izquierda, se alisó la falda y se cerró los botones de la chaqueta. Metió tripa y salió del descansillo de la escalera, con la cabeza alta mirando hacia la amplia sala de recepción.

Hadi no la vio acercarse, estaba ocupado observando los movimientos del guarda de seguridad que velaba por el registro de paquetería, visitas de negocios anunciadas y camareros de los restaurantes de los alrededores cargados con menús para los empleados que no tenían tiempo para salir a la

esquina para comerse un bocata de calamares. En general, y a pesar de los rascacielos y las brillantes corbatas rojas, los salarios no subían desde hacía años, y era más discreto pedir que les llevaran un menú para compartir entre dos y alternar con días de fiambreras caseras.

Le miró sin que él se diera cuenta de su presencia. Seguía llevando el pelo ligeramente largo, le brillaba mucho porque se encontraba debajo de una lámpara de diseño de forma cilíndrica y la luz cenital caía directamente sobre él. Tenía las piernas separadas, y toda su figura se inclinaba a la izquierda ligeramente. Alguien que no supiera de su lesión pensaría que era una manera seductora e informal de esperar, como en las campañas de publicidad en las que modelos y deportistas aparecen cargando el peso en una de las caderas con una pose desafiante que invita más a pelear que a comprar esa marca de ropa interior. Llevaba los últimos vaqueros que le había comprado Lamia. Ni rastro de aquellos remiendos con los que llegó de Siria a Argelia, y de Argelia a Madrid.

No sabía cómo debía enfrentarse a él. Cristina ya le había definido aquella relación con aquel desparpajo tan suyo, acostumbrada a improvisar para ganar delante de adolescentes descarados y de padres sedientos de venganza. “Chantaje”, le había dicho Cristina. “Este hombre te está chantajeando”. Gracias al cielo que se habían estado mensajeando justo antes de que la avisaran desde recepción de que tenía una visita. No había nadie previsto en la agenda de Lamia esta mañana, ni en la propia ni en la del jefe. Sólo podía ser él. Todavía tenía la pantalla del teléfono iluminada. Había bajado las escaleras presionando el botón de inicio del teléfono, y no se había dado cuenta de que la conversación con Cristina en WhatsApp estaba abierta:

Ten cuidado, no te dejes llevar por las emociones.

A mi edad, pocas emociones fuertes me quedan

ya. Lo que no me sobran son energías, y eso es lo que me da más miedo, que me falte fuerza para hacerme valer.

Nunca pasas desapercibida.

Encima con coñas. Bromitas ahora, no.

No es una broma, es que es verdad. Tienes presencia.

Aprovéchate de esa presencia tuya cuando vas a lugares en los que no conoces a nadie y toda la gente, en especial los hombres, se dan la vuelta con una excusa u otra para mirarte.

Ya, nena. Pero es que el recepcionista me tiene muy vista.

Déjate de recepcionistas, boba. Sabes que es verdad, que siempre impresionas. Siempre hay un momento de silencio.

¿Eh?

¿Recuerdas aquella vez que fuimos un fin de semana a la sierra? Todos los paisanos dejaron de jugar a las cartas por un momento para estudiarte. Qué risa. Cuando entré yo de aparcar el coche, se pusieron a disimular. “Ya viene la gorda”, debieron pensar jajajajaja

Sí, qué corte. Y tú, hija, sí que eres lenta aparcando. Menudo rubor esperándote, que no llegabas, y yo no sabía si avanzar sola hasta la barra, que me pareció que estaba a kilómetros, o seguir en la cancela, por donde entraba un filón de frío por debajo de la puerta.

Frío el que hacía aparcando, monina, que se me resbalaba el coche sobre la placa de hielo.

No sé ni cómo llegué a la barra para pedir un

café, ni me acuerdo de haber abierto la boca para hablar, pero de pronto vi que tenía delante la taza, y entonces llegaste tú. Después empecé a oír algo de murmullo. Quizá tengas razón.

¿Ves? Pues a eso me refiero. Que seas dueña de la situación, y en lugar de que te salgan los colores, que pongas la cara muy alta, que no te quedes parada como si estuvieras rodeada de paletos que te van a atacar como zombis de un momento a otro.

Te dejo. Me acaban de llamar. Alguien me espera abajo y hoy no hay visitas reservadas. Seguro que es él. Ay....

Chantaje. No te olvides, no te dejes convencer. Este colega ha visto la gallina de los huevos de oro. No te bajas la tarjeta de crédito, que lo mismo la pasa por la bacaladera para cobrarse el viaje y la visita.

Qué bestia eres.

Suerte. Y no te olvides. Es chantaje.

OK.

Apenas tardó un momento en darse la vuelta y apercibirse de que Lamia estaba allí. Hadi inclinó la cabeza de lado y sonrió hacia un lado en una mueca practicada e innatural, pero que quedaba muy bien en los selfies. Que se lo dijeran a sus seguidoras de Facebook e Instagram, que le mandaban tímidos corazoncitos casi a diario. La sonrisa invitaba a Lamia a que se acercara, pero el sentido común la mantenía atornillada a la baldosa encerada. “Chantaje”, se repitió a sí misma. La palabra se le esfumó de la cabeza en el

momento que dio el primer paso hacia él.

## CAPÍTULO 22

**E**n casa de Elena se tocaba todo y se buscaban nuevas aplicaciones. Con menos de dos años, los niños habían aprendido a utilizar las manijas horizontales de los cajones de la cocina para trepar en pijama hasta la encimera y comerse los pimientos verdes recién fritos para la paella. El puente de madera para el trencito hacía las veces de mazo cuando se peleaban. El detergente de los platos era la mejor fábrica para hacer una fiesta de espuma en la cocina. Algunas veces el seguimiento de su infancia era agotador para Elena.

Afortunadamente, los críos estaban ocupados jugando con la caja de un juguete que les había regalado para su cumpleaños, así que su madre y Cristina tenían una ocasión de oro para tomarse un café sin interrupciones. Elena les dejaba abrir todos los regalos cuando los recibían, les hacía una foto posando con todo esparcido por la alfombra y se la enviaba a su madre, que se escandalizaba del materialismo constante en el que vivían sus nietos. Ella no iba a contribuir con ese modo de vida derrochón, así que no cogía un solo

avión para ir a visitarles. “Mientras sigáis viniendo vosotros”, le decía a Elena, “qué necesidad de gastar dinero aquí y allí”. “Qué necesidad”, decía siempre Elena cuando hablaba de su madre, era la frase que mejor la describía. “Qué necesidad”. “Si no hay necesidad, no lo hagas”. “¿A qué vas a ir, qué necesidad?” Ahora, qué era necesidad o no, lo decidía ella. Necesidad, según la madre de Elena, era que la casa estuviera siempre como los chorros del oro, que pareciera un museo pero sin carteles de “por favor, no tocar”, porque la gente ya entiende que no vas a su casa a toquetear los muebles barnizados, las esculturas chinas, los marcos de plata de las fotos...

Cristina estaba tumbada en el sofá, sus zuecos estaban en el suelo y se tapaba los pies desnudos con un par de cojines enormes que había sobre el sofá. Elena apareció con la bandeja del café y unas pastas. Cuando tenía visitas especiales, como Cristina, prefería preparar todo ella misma y que la asistente no metiera las narices ni estuviera al oído de lo que escuchara, porque luego siempre le preguntaba para asegurarse de si había comprendido bien.

—Más que un café, necesito un café “con alegría”, tú me entiendes —le dijo Cristina refiriéndose a la crema de café con whisky. —Salgo de estas reuniones y no sé si es verdad lo que han dicho, o si tengo problemas sensoriales y me creo dentro de una película.

—Tampoco creo que debería extrañarte tanto, chica. Para los que lo son, la homosexualidad es algo evidente en la adolescencia. Quizá no sea algo tan claro en la infancia para todos, pero vamos, en la adolescencia, con ese baile de hormonas que tenemos los humanos, es seguro que lo saben. Ahora, que quieran salir del armario o no, eso ya es discutible. Hay mucho tabú social y si encima no les han explicado nada en casa o en el cole, pues me dirás.

Elena sirvió el café muy cargado para las dos, con una gota de leche para



Cristina y solo para ella. El dulce de las pastas ayudaría a equilibrar el amargor del café. El aroma se sentía en toda la sala, pero al aspirar el humo de la taza, invadía todos los sentidos. Se sentó en el sillón contiguo al sofá que ocupaba Cristina, de frente al jardín, donde el Sol ajusticiaba sus plantas bajo 45 grados de media todo el año.

—Es la forma de comunicarlo. ¿Tú crees que era necesario, delante de todos los profesores y de las representantes de familias, decir que el crío es homosexual pero que no lo dice?

—¿Cómo que no lo dice? ¿Entonces cómo le ponen la etiqueta?

—El tipo que “presidía” —Cristina hizo un gesto para meter la palabra entre comillas —dijo que había mantenido una conversación con el padre del chaval para decirle que su hijo no se sentía precisamente atraído por las niñas. Y que el tipo se le echó a llorar con la cabeza entre las manos.

—Ja Ja Ja. Qué teatral. A ver, que a esas edades está todo muy mezclado, a lo mejor todavía es muy joven para mostrarse atraído en público, pero por las noches se lo pasa bien viendo fotos de Kate Perry o de las Kardashian en Instagram y deleitándose en soledad... ¿Por qué no interviniste, tú que eres tan proclive a defender el derecho a la intimidad? Te va mucho el rollo de la privacidad.

Elena dio un sorbo a su café, se descalzó y cruzó los pies sobre su asiento.

—Estuve a punto, de verdad que estuve a punto de hablar —suspiró Cristina, mirando el jardín sin fijar los ojos en ningún punto.

—¿Y?

—No pude. Me quitaron la palabra. Fue mejor así.

—¿Quién se tiró a la piscina a defender al chaval? ¿La gorda esa que hace un hijo cada dos o tres cursos y no se pierde un claustro desde los últimos dos lustros?

—¿La madre de la mosquita muerta? No qué va. Pobre chavala, la hija. Ojalá se librara de la sombra de su madre y levantara el vuelo. Cuando lo haga, va a ser un cambio radical, estoy segura. Con esas adolescentes tan sometidas, las cosas suelen dar un giro de 180 grados y se pasan al lado de la fuerza oscura, para bien o para mal. Casi siempre pierden las buenas intenciones y empiezan a jugar sucio. Es una pena.

—Al grano, nena, al grano. ¿Quién salió a defender al tal Anthony?

—La profesora de francés.

—¿Estás segura?! Pero si es una mujer muy clásica, tú siempre lo dices. Tres hijos, marido arquitecto, podrida de dinero,... da clases porque se aburre en casa, pero no tiene un nivel fantástico. ¿Cómo se iba a meter en un lío de ese calibre, con el tabú que le tienen al tema de la homosexualidad? Se arriesga a que se le quejen los padres, sobre todo los padres libaneses. Porque ella es libanesa, me dijiste, ¿verdad?

Cristina asintió y continuó:

—Pues allá que saltó la tía con una frase del tipo “Sí, ya lo había notado. Cuando distribuimos los papeles para la obra de teatro, él no quería hacer ninguno, pero para animarle y que participara, le propuse que hiciera de Marco Antonio”.

—No me digas que aceptó.

—No, el crío no aceptó. La de francés dijo: “Me miró como con asco, y me dijo que no, que no le gustaría nada hacer de Marco Antonio, que preferiría suspender. Ahora, que si el papel de Cleopatra estaba libre... ‘Me gusta más hacer de Cleopatra’”. Y yo le dije que no, que el papel ya estaba dado y que o bien hacía de esclavo y no tenía frase, pero por lo menos tendría nota de participación, o que le ponía un cero si no se involucraba”.

—De verdad que no me lo creo. ¿Cómo fueron capaces de encuadrar un tema tan delicado con semejantes explicaciones?

—Con sinceridad, no vi necesario detallar el tema de Marco Antonio y Cleopatra porque lo único que hizo fue empeorar la imagen del chaval, quien ya de por sí lleva una ristra de suspensos enorme.

—Pues sí —asintió Elena, buscando un hojaldre entre el plato de pastas.

—Podías ver los gestos de satisfacción y las medias sonrisas de algunos profesores, y las madres estaban como encantadas de que el homosexual no fuera alguien de su familia. Incluso el hecho de saber lo que pasa en la casa de otros les colma de satisfacción.

—Menuda situación. Gracias a Dios que enviasteis a los alumnos fuera.

—Sí, imagínate que escuchasen todo eso.

—Lo mismo ya lo saben y montan menos escándalo, y lo encuentran natural y todo. ¿Una galletita?

Cristina se dio cuenta del barquillo que Elena le acababa de poner delante y sonrió.

—Sí, gracias.

## CAPÍTULO 23

**C**ristina confirmó en recepción que la sala de visitas estaba reservada a su nombre a la hora prevista y se fue para allá. Abrió la puerta del pequeño pasillo que conectaba las dos salas, buscó a tientas el interruptor para iluminar la sala, después el mando para que aire acondicionado neutralizase los olores que la humedad provocaban, y dejó caer sus bártulos en la mesa. Se acomodó en el sillón más grande para delimitar su posición y autoridad, aunque no le iba a servir de mucho la escenificación. No podía imaginarse que otra vez tendría que vérselas con aquel hombre. Tres años después de su primer encuentro, todavía no había digerido sus amenazas. Consiguió olvidarse de él porque durante el año siguiente dejó de ver al chaval por los pasillos y las aulas, incluso se alegró de pensar que quizá la familia estuviera de vuelta en Argelia, aunque era difícil, porque el padre se había agarrado bien al puesto y a pesar de que con su edad ya no se le permitía volar, había conseguido pivotar su carrera como instructor de pilotos y ahí estaba tan tranquilo, con un horario de ocho a tres, metiendo aprendices de piloto en la cabina de simulación donde todo pasaba sin su ayuda ni supervisión, y colgándose medallas por dar clases que no existían. Ni siquiera estaba a cargo de la revisión para calibrar las simulaciones, porque eso lo hacían ingenieros que cargaban nuevos escenarios para variar las dificultades, aunque nunca malgastaba la oportunidad de escupir por el colmillo por este o aquel incidente no previsto y que normalmente se debía a su ignorancia suprema para resolver dudas de los aprendices sobre el funcionamiento de los nuevos paneles. No tenía previsto reciclarse, pero en su mundillo le bastaba con insultar en voz alta para que nadie se moviera. Su currículum de malos modos ya había llegado a Recursos Humanos, que esperaba el momento adecuado para enviarle a aprender el

abecedario de la buena educación en su país, pero había una mano oculta que nunca concertaba la temida reunión para echarle. Él lo sabía y no le importaba, antes pensaba arrancar toda la pasta posible como fuera y seguir su misión en otra parte.

Cristina sacó su agenda, puso en la mesa los exámenes de Aziz, sabiendo que no iba a servir de mucho porque el padre venía a romperle la cara, aunque sólo fuese en sentido figurado, y cortarle la cabellera como si de un trofeo sioux se tratara. Era el tipo de persona con dos caras, de los que imploraban ayuda en público para provocar sentimientos de culpa en los otros, y al mismo tiempo atacaban indiscriminadamente cuando los responsables no estaban presentes, y así podía asegurarse de que el miedo paralizaría a las víctimas y no se inmutarían ni le acusarían en el próximo espectáculo de gemidos y lamentos. Como ya le había pasado una vez, estaba lista para dejarle hablar, intervenir una o dos veces como mucho, y cerrar la conversación con un “Tiene usted razón, señor Ben Eissa”.

Abrió la agenda por el día de turno y según dejaba el bolígrafo encima, vio por el cristal la sombra imponente de su visitante.

## CAPÍTULO 24

**L**as enfermeras le pusieron el aparato para medir la tensión, que no saltó por los aires al hacer la lectura pero poco le faltó. Las dos sanitarias indias se miraron sin hablar, aterradas por la reacción que pudiera tener la paciente, una mujer de mediana edad en cuyo expediente figuraban alguna que otra gripe, un par de resfriados, un golpe en la rodilla izquierda y una intoxicación alimenticia. Los latidos del corazón se estabilizaron poco a poco cuando la hicieron pasar a la consulta de la doctora. Vivir en el extranjero exige depositar una confianza ciega en algunas personas y sólo el instinto puede guiar y cubrir esa necesidad. En el caso de la doctora, Cristina había llegado a ella después de experimentar con otras facultativas menos apasionadas por la enfermedad pero infinitamente enamoradas de las líneas doradas dibujadas en su seguro médico internacional. Tanto tienes, tanto vales. Allí todo funcionaba igual. Mucha gente no entendía que Cristina se fiara al cien por cien de una doctora sudanesa del ambulatorio público cuando podría tener cualquier doctor colegiado en Estados Unidos, Alemania o Gran

Bretaña en un hospital privado. “El resfriado es el mismo”, solía responder ella cuando se sorprendían, “pero el coste no es igual. Yo sigo siendo una paciente, no una cliente”. Las mamás aspirantes al universo *bling bling* que acudían a casa de Elena no entendían esa actitud, así solían dejarla de lado y hablar de otras cosas más interesantes como la fiesta de inauguración del último restaurante de Jamie Oliver en Oriente Medio.

Cuando Cristina entró en la consulta, encontró a su doctora meditando con los ojos cerrados y se quedó desencajada. ¿Cómo tendría tiempo de hacer eso? ¿Acaso concentraba la energía para neutralizarla? ¿Intentaría inyectarle algo si no se calmaba? ¿Todo el mundo la veía como si estuviera loca? La ansiedad aumentaba por segundos, se sentía totalmente desautorizada como persona, como ciudadana, como ser humano.

—Bueno, bueno, vamos a ver qué ha pasado, madame Cristina.

Su voz la calmó. Parecía que la doctora hablase en voz baja, como si estuviera contando un secreto a las pacientes que entraban a su consulta. Sólo recibía a mujeres y niños, y a pesar del estrés que pudiera haber en la sala de espera en la temporada de gripes, insolaciones e intoxicaciones alimentarias, cuando el tiempo de espera se podía alargar hasta los cuarenta y cinco minutos, nunca perdía el tono ni la cordialidad.

—No sé ni por dónde empezar —dijo Cristina, completamente turbada, girando los ojos sobre los papeles de la mesa. —No puedo concentrarme. Es que esto no me está pasando a mí, no es posible que me esté pasando a mí.

—Hay veces en que nosotros no somos los que decidimos lo que nos ocurre, son otros los que nos infligen daño con sus acciones, y depende de nosotros aceptarlo o ignorarlo. A menudo es mejor ignorar el daño de lado, porque así los agresores pierden su fuerza y quedan en evidencia. A lo mejor lo que estoy diciendo no tiene mucho sentido para usted, pero si me cuenta algo, podemos ayudarla, madame Cristina.

Madame Cristina. En todos estos años, la única persona que la llamaba así era su doctora. El apelativo le ayudó a volver a la realidad, la atornillaba a aquella silla de la que no quería levantarse, no quería salir fuera de la consulta. No quería enfrentarse al mundo exterior. No quería. Y punto. Pero tendría que hablar para justificarse. La doctora no podría ayudarla si no lo hacía. Tenía que hacerse comprender, pero por dónde empezar. Era todo tan confuso, tan doloroso, tan difícil de expresar, de hilvanar las ideas. La ansiedad la hacía enmudecer, la garganta solo hablaba a gritos y no se reconocía en aquellos quejidos y sollozos.

La enfermera tocó en la puerta y dejó dos expedientes en la mesa de la doctora, pero ella le dijo que no con la cabeza y se los devolvió. Ya se apañaría ella con las otras médicas, porque este caso le iba a ocupar más tiempo de los cinco minutos de consulta estándar. Cristina se sonó los mocos, intentando recuperar la compostura, aunque había poco que hacer.

—A ver, madame Cristina, ¿qué podemos hacer hoy? ¿Cómo hemos llegado aquí?

—No sé ni cuándo empezó, sólo sé que he leído un email y me he derrumbado. No puedo más —dijo Cristina, y comenzó a llorar otra vez.

—Bueno, bueno, nada es eterno, ni lo bueno ni lo malo. ¿Sabe que Einstein decía que si nos sentábamos en una estufa encendida durante veinte segundos nos parecía que estamos allí durante dos años? A lo mejor esos veinte segundos no nos merecen tanta atención, no necesitamos recordarlo el resto de la vida...

Cristina suspiró profundamente, miró hacia el techo y cerró los ojos. La luz que entraba por la ventana era muy intensa, muy blanca. Incluso con los ojos cerrados podía percibir el resplandor de la luz. Si no fuera porque su doctora era de medicina general, se habría creído en un sanatorio mental. Poco a poco los hipidos se espaciaron y comenzó a recuperar la respiración normal.



Respiraba un poco más fuerte y más profundo de vez en cuando, pero estaba volviendo a la normalidad. Ahora podía comenzar a hablar, aunque las ideas y las imágenes se superponían en su mente, como luchando por priorizarse para ser la primera en salir por la boca. “Yo primero, yo primero”, como los alumnos cuando hacían cola para entrar en la cantina o en el auditorio para las representaciones escolares.

—Creo que todo comenzó antes, no ayer ni hoy con el correo, empezó antes —intentó reflexionar Cristina.

—Bien. ¿Es un asunto del trabajo, me temo? ¿Cuándo cree que se empezó a sentir así? —la doctora le había hecho de confesora en alguna ocasión cuando Cristina le había explicado alguna situación injusta entre los alumnos, de acoso continuado y tolerado por la administración, así que intentó encuadrar el problema.

—Sí, es un asunto de trabajo, pero creo que rebasa los límites laborales porque me han amenazado de muerte y me han puesto en internet.

La doctora se echó para atrás con la silla.

—¿De muerte?! Eso es muy grave. ¿Lo ha puesto en conocimiento de la Policía?

—No. Ni creo que lo haga. Lo que quiero es marcharme de aquí. Para siempre. No puedo más.

—Cuénteme cómo la han amenazado —dijo la doctora, ofreciéndole una caja de pañuelos de papel.

Cristina se sonó los mocos, le dio un poco de vergüenza hacer tanto ruido pero es tenía la nariz llena, y no le quedó otro remedio.

—Hace poco terminamos con los claustros y después vinieron las reuniones de padres. Antes se hacía al revés, los padres venían a ver a los profesores dos semanas antes de cerrar el trimestre para ponernos los puntos sobre las íes y anunciar todas las quejas posibles si las notas no eran buenas, y

después del claustro volvían a venir para ajustarnos las cuentas, si es que alguien no había entendido bien lo que habían querido decir con quejas, o bien para traer invitaciones para acudir a las fiestas de fin de año o de fin de curso en los hoteles de cinco estrellas.

—Sí, estoy más o menos al corriente porque algunas madres también comentan lo mismo en otros colegios, al parecer es la norma lo de amenazar por un lado, y regalar cosas para comprar las notas, por otro.

—En uno de los claustros, yo me opuse a las felicitaciones de un alumno al que todos los profesores querían dar la enhorabuena. Estoy de acuerdo en que sus notas eran buenas en física, matemáticas, en todas las materias de ciencias, pero en mi asignatura hacía lo que le daba la gana, respondía sin citar los contenidos de clase y además su actitud en el aula siempre ha dejado mucho que desear, me cortaba la palabra, gesticulaba imitándome cuando me daba la vuelta para escribir en la pizarra, me hacía gestos con los brazos provocándome cuando le llamaba al orden, hacía sonidos desagradables cuando me paseaba entre las mesas,... una auténtica pesadilla. Afortunadamente también tengo buenos alumnos, así que una siempre piensa en esas buenas caras cuando prepara la clase, porque de otra manera es muy difícil continuar, es como dar clase en un correccional.

—Tiene razón, madame Cristina. Casi siempre las pequeñas satisfacciones de la vida son las únicas que no llenan, y deben ser suficientes para equilibrar los malos momentos.

—Pero el problema en el claustro siempre es el mismo: a los profesores de ciencias les gustan este tipo de matones, porque no se les puede calificar con otro nombre. En el fondo, los profesores de matemáticas son igual de matones, porque se reservan los mejores días del calendario, las horas que más les convienen, y la administración traga todo lo que haya que tragar porque las materias de ciencias deben primar en la formación de los alumnos.

—Así que no les gustó nada lo que usted dijo.

—No les gustó, pero autorizaron una felicitación “de todo el equipo pedagógico” porque el subdirector se sacó de la manga en el último momento que para oponerse a la felicitación global se necesitarían dos profesores y que uno solo no bastaba. No era suficiente que el coeficiente de nuestra materia fuera de dos puntos frente a los siete u ocho de física o matemáticas, sino que además tenemos menos peso en el claustro porque no enseñamos ciencias. Es como autorizar a los padres y a los alumnos a insultarnos y vejarnos porque somos de clase inferior.

—A lo mejor está saltando demasiado pronto de una cosa a la otra, reconozco que no es plato de buen gusto lo que le han hecho, pero quizá se ha precipitado en sus conclusiones, madame Cristina.

—No, en absoluto. De hecho, sabía que se inventarían algo para anular mi comentario. Yo le había escrito al tutor explicándole la situación con este alumno y cómo se comportaba. También le conté lo que había pasado con él y con su padre tres años antes. La respuesta, por supuesto, fue que a lo mejor eso pasaba en mi clase, pero no en la suya, dejando entrever que si el alumno atacaba y el padre le animaba, era porque yo me lo merecía. A ver, de todas las veces que le expulsé entonces y de las conversaciones que tuve con la administración, todo se diluía, sea por miedo a que el padre se pusiera a publicar cosas del Liceo en Facebook, o porque era muy amigo de un profesor que es miembro del sindicato duro, o porque trabajaba en las líneas aéreas y les regalaba billetes de avión, yo qué sé. He visto tantísima corrupción que ya me resulta difícil reaccionar al reconocerla, casi me falta felicitarles cuando descubro sus conexiones. En cualquier caso, yo hice la mención oportuna durante el claustro porque era lo único que podía hacer. Incluso si en la minuta de la reunión no quedaba reflejado, al menos todo el mundo lo habría escuchado de viva voz, y allá cada uno con su conciencia.

—Es una buena política, sobre todo si no se puede hacer más de lo que ya hace uno todos los días —dijo la doctora, conciliadora —¿Y hubo alguna consecuencia después de ese claustro?

—Claro que la hubo. Los padres que asisten al claustro tomaron buena nota de mi comentario y se lo transmitieron al padre. La función de esos padres que asisten al claustro es la de “espíar” los comentarios de los profesores, estudiar si alguien se ríe o hace algún comentario que pudiera explotarse como racista o discriminatorio, para exigir una subida de la nota del cuarenta o del cincuenta por ciento por perjuicios psicológicos...

—¿Perjuicios psicológicos? ¿De verdad que se inventan cosas así?

—Sí, poco menos que nos llaman nazis si decimos que algunos alumnos no tienen el nivel suficiente de francés para seguir una clase porque en su casa nadie es francófono ni tienen intención de serlo, pero piden visados a Francia, Canadá, la Guyana, donde sea, para que les den la nacionalidad.

—Qué vergüenza.

—Y que lo diga. Lo siguiente fue la visita del padre.

—¿El padre del alumno matón?

—El mismo. Y de tal palo, tal astilla. Pidió la cita entre horas de clase en lugar de venir en la tarde reservada a las citas con padres, y durante casi una hora me estuvo martilleando la cabeza con quién me creía que era, que yo no iba a frenar a su hijo en su carrera meteórica, que seguramente no tendría otro trabajo porque nadie me contrataría, que ya podía ir marchándome a pedir a la calle porque cuando él hablara con el director no me iban ni a dejar recoger mis cosas, que ya vería cómo me sentiría cuando me pisotearan por la calle como a una mendiga, porque eso es lo que era, una sucia mendiga europea. Como si él no fuera otro inmigrante en Oriente Medio.

—Oh, querida, aquí todos somos inmigrantes, hay tan poca población local que todo el mundo se cree dueño del cotarro.

—Pues este señor se cree eso y más. Me amenazó, doctora, me dijo literalmente “Yo me ocuparé de que tu avión no llegue nunca a su destino, sucia zorra española”.

—Menudo trago de mal gusto. Imagino que informó a sus superiores, claro.

—Por supuesto. Me lleva mucho tiempo escribir algo así, quejarme para protegerme es como reconocer que no soy suficientemente buena, que no valgo para lo que hago. Desde que llegué aquí, siempre ha sido así, no sé si otros lo llevan mejor porque miran para otro lado, pero la gente que me ha parecido más cabal ha terminado por marcharse, así que no me queda nadie dentro con quien compartir las sensaciones, porque a veces sólo son sensaciones, no me puedo creer lo que oigo y lo que veo. Conseguí organizar las ideas y contar todo, cómo se había desarrollado la cita, intentando no meter contenidos emocionales y citando exclusivamente los comentarios del padre, ahorrándome las interpretaciones que, ya ve usted, doctora, parecen lógicas.

—Este hombre está pidiendo un interrogatorio policial. ¿Por qué no le denuncia?

—Porque es su palabra contra la mía. Cuando envié el correo con el informe de la reunión, la respuesta de la dirección se hizo esperar, y cuando llegó, fue pasmosa: “No nos consta ninguna queja del señor Ben Eissa”. Y un poco después, me llegó un mensaje del tutor en el que comunicaba el agradecimiento del señor Ben Eissa a todo el equipo pedagógico que seguía a su hijo, que tanto le habíamos ayudado y apreciábamos su personalidad y su curiosidad científica, y que rezaba por todos y pedía los mejores parabienes para nuestras familias y para la eternidad. Todo muy cumplido. A ver, ¿qué diría usted? ¿Se iría a la policía a poner una denuncia para que la tachen de esquizofrénica, desequilibrada, envidiosa, o lo que sea, y le retiren la licencia?

—Tiene pinta de que ese hombre es un gran especialista en crear cortinas de humo.

La doctora le ofreció un vaso de agua:

—¿Y después qué ocurrió? Porque esto no ha terminado aquí, ¿verdad?

Cristina suspiró.

—No. No ha terminado aquí. Acaba de empezar. ¿Tenemos tiempo? — dijo Cristina, preocupada para la hora.

—La escucho, no se preocupe. Adelante.

—Después de aquello, envié mi solicitud de traslado a otro liceo. Ya tomé la decisión de no renovar el contrato antes, pero todavía no había dicho que me iba. Ya lo había pensado varias veces en años anteriores, pero no quería sentirme como una perdedora incapaz de enfrentarse a todo.

—A veces las mujeres sentimos que tenemos que ser superhéroes y no es verdad, madame Cristina, los hombres se largan en cuanto ven un problema y sólo coleccionan éxitos donde van. Pocos se quedan atrapados en un barrizal, la mayoría se las apaña para escaparse. A las mujeres nos enseñan a limpiar los desastres que quedan atrás, a rehacer las cosas y volver a presentarlas, y mientras estamos ocupadas con la perfección máxima de cualquier pequeña tarea, ellos avanzan milagrosamente protegidos por su mediocridad porque tienen el tiempo y los contactos para subir por la escalera del éxito. ¿Por qué cree que el doctor más inútil del ambulatorio ha conseguido hacerse con el puesto de director, trabajar menos horas, no venir los fines de semana y figurar en todas las fotos de los boletines de comunicación interna? Es el principio de Peter, madame Cristina, según el cual todo individuo asciende en el trabajo hasta su nivel de incompetencia, algo así como que la nata sube hasta cortarse.

—Vaya, no sabía que le gustaran las teorías organizativas sobre el trabajo.

—No son mi fuerte, pero no me queda otra solución, sobre todo cuando

un inepto que se cree mejor es el jefe de todos nosotros. El efecto Dunning-Kruger también tiene mucho que ver con todo eso. Es un [sesgo cognitivo](#) que hace que las personas con menos habilidades o conocimientos demuestren un sentimiento de superioridad ilusorio y se consideren más [inteligentes](#) que otras personas más preparadas, sobrevalorándose erróneamente porque no pueden reconocer su propia ineptitud. Sin embargo, los individuos muy cualificados suelen subestimar su competencia relativa, asumiendo que todo lo fácil para ellos también lo es para los demás. No se preocupe, madame Cristina, usted está por encima de la media, debe reconocerse más méritos para subir esa autoestima que le falta a veces.

—Bueno, me alegro de estar en el grupo de élite, según usted. Parece que todo se reduce al dicho aquel de “mal de muchos, consuelo de tontos”.

—Sí. En el ambulatorio lo llevamos con resignación. Afortunadamente, tenemos un gran equipo de enfermeras y de doctores y todo el mundo está muy compenetrado, así que el inepto sigue flotando en su nube sin molestar y nosotros seguimos abajo con los pies en la tierra. Volviendo al tema, ha hecho bien en decidir marcharse. Hay mucha gente que retrasa las decisiones porque no quiere reconocer que el ciclo se ha terminado, y solo se causan más daño a ellos mismos de lo que podrían reconocer. ¿Qué tiene pensado hacer?

—Todavía no lo sé. Pero es que no he terminado con lo que ocurrió. Lo que me ha traído aquí no ha sido la amenaza de ese hombre y la felicitación posterior, lo que me ha traído aquí ha sido su hijo.

—Oh. ¿La insultó en clase, o algo por el estilo?

—Más bien hizo algo “por el estilo”. Me grabó en vídeo. No lo hizo él, se lo dijo a otra alumna muy problemática que ha sufrido adicciones. Sus padres no pueden controlarla, la madre es una desquiciada que la sigue cuando sale del liceo y cuando la chica va a casa de amiga, la madre fuerza las puertas. No sé cómo lo hará, pero tiene maña para espiar lo que hacen dentro.

Una vez entró en casa de una profesora porque las hijas eran amigas y se iban allí a fumar entre clases, y el escándalo no era que estuvieran fumando sin permiso, sino el allanamiento de morada de una madre en casa de la otra.

—No sé cómo ha sobrevivido usted en ese ambiente todo este tiempo.

—La verdad es que yo tampoco, pero me daría para escribir un libro.

—Le resultaría terapéutico. Continúe, por favor.

Cristina respiró ruidosamente dos veces, y se lanzó:

—Lo que pasó duró sólo unos segundos, pero como dice usted de Einstein y la estufa encendida, me parecieron años. A mí se me paró el tiempo en aquel instante. La chica me grabó en vídeo pero no me di cuenta hasta que ella, por error, le dio al “play” en lugar de al botón de “guardar”, así que sin esperármelo, escuché las últimas frases que acababa de decir. Hubo algo así como un segundo de silencio y la clase estalló a reír. Me veía dentro de la imagen, doctora, como si me hubiera muerto y estuviera fuera de mi cuerpo. Yo estaba allí viendo lo que pasaba con aquella adolescente con cara desafiante, con ese gesto de toxicómana bajo los efectos de una droga, que me miraba riéndose, y el matón de Aziz junto a ella, haciéndome gestos con la cara, levantando la barbilla con los dientes apretados como un perro con rabia. Sólo le faltaba que saliera espuma por la boca. Y yo estaba allí, me veía, sentía vergüenza por lo que estaba pasando, y no decía nada, solo esperaba a que la clase callara. Y cuando lo hicieron, me vi dentro de esa película, porque era como una película, pidiéndole su carnet de alumna para rellenar el apartado de expulsión de clase, copiar al tuntún un par de ejercicios de una página del libro para que tuviera algo que hacer en aquellos quince minutos de exclusión, y enviarla a la consejera pedagógica. Lo más raro de todo es que no me temblaba la mano ni estaba nerviosa. Cuando he tenido que expulsar a un alumno en alguna ocasión, me temblaba todo el cuerpo. No creo en las expulsiones de clase, pero a veces es la única salida



para no seguir sacrificando el ritmo de los otros alumnos.

—Interesante.

—Después no recuerdo cómo terminé la clase, sólo sé que seguía oyendo las risas y no me movía, creo que no hice nada, o que les puse una noticia de la televisión sobre el tema que estábamos tratando para complementar la información escrita con actualidad en formato audiovisual. O eso era lo que estaba escrito en mi programación, no recuerdo. No sé si lo hice o no. Creo que lo pensé, pero no estoy segura de que lo hiciera. Pero ya me daba igual. Me sentía fuera de allí, como si algo hubiera explotado en mi cabeza y yo fuera un alma insustancial. También pensé que me había muerto y que por eso podía ver las escenas pero no actuar.

—Curioso. Parece que sufrió un shock emocional y le produjo una deformación de la realidad. Lo que me cuenta se parece a las experiencias de los prisioneros que han sido sometidos a privaciones sensoriales.

—Pues yo no he estado nunca en la Bahía de Guantánamo, pero quizá sea parecido. Cuando terminó la clase y los alumnos se fueron, me quedé en el aula para escribir el informe de lo que había pasado. Conseguí verbalizar lo que había pasado. Estaba sorprendida de mi capacidad. No dudé ni en una palabra. Salió todo de golpe, como un misil. Al terminar de escribir, la alumna que me había grabado entró. La puerta estaba abierta y ya se habían terminado las clases, era uno de esos momentos en que se puede cometer un crimen porque no hay testigos. Quería limpiar su imagen, pero no se sentía culpable en absoluto. ¿Hay algún principio de Peter, o síndrome de algo, que explique lo que hizo?

—Si no sentía ninguna empatía por usted cuando la humilló ni pensó en lo mal que lo estaba pasando, el término sería psicópata porque no tiene empatía con su víctima. ¿Le vale la definición?

—La definición sí, pero la etiqueta ya está otorgada a un profesor y

créame que a este sólo le falta cometer el asesinato —dijo Cristina, pensando en el colega Connad.

—Qué barbaridad. Menudo ambiente tóxico. Nadie pensaría que un colegio internacional en Oriente Medio, tan pijo y tan *posh*, pudiera alojar tantísima podredumbre en su interior.

—Pues ya ve, doctora, que se da una patada y salen gusanos por todas partes —Cristina bebió agua y continuó: —Me dijo que lo sentía mucho, que no había sido su intención darle al botón de *play*, pero no se disculpó por haberme grabado, como si mi vida y mi privacidad no le importaran a nadie. Para colmar el vaso, me dijo que me estaban grabando desde hacía tiempo y que subían mi voz y la ponían en sus series favoritas o en Snapchat. ¿Lo entiende, doctora? Me estaban utilizando para reírse de mí. Más de dos tercios del curso terminados y me estaban ridiculizando. Desde internet para el mundo. Tomen y vean, ríanse de nuestra profesora. “Lo hacemos siempre”, me dijo, y pienso que si se abriera una investigación se encontrarían vídeos de otros profesores también.

—Esto es un escarnio público. ¿Qué les llevó a hacer algo así?

—Aziz era el que lo organizaba, me dijo esta niña, por eso ella evadía toda la responsabilidad. No creía que estuviera mal. Al contrario, era divertido. Ella le servía de herramienta a él para mofarse de mí. Sólo estaba preocupada por si le iba a afectar en la nota final. ¿Se da cuenta, doctora? La nota final. Su boletín, su puerta hacia el futuro.

—¿Y qué le dijo?

—Que tendría que responder de sus actos ante la dirección y que por lo que a mí respectaba, pediría su exclusión de mis clases, aunque el reglamento interno le reconocía el derecho a venir los días de examen. Así lo escribí también en el informe, sabiendo que al pedir exclusión hasta final de curso solamente se lo aplicarían una semana como mucho, y con dos o tres horas de

clase a la semana y algún día de fiesta de por medio, se libraría del castigo con toda seguridad.

—¿Y qué le pareció a la alumna?

—Pues debió pensar que era un castigo muy *cool*, porque me dijo “Ah, solo eso. Gracias”. Ya le digo, no se sentía responsable en lo más mínimo. Añadí un par de frases más explicando que la alumna reconocía que las grabaciones eran habituales y que era Aziz el que dirigía la operación y lo envié. No creo que la dirección tuviera previsto citar a los padres, así que tendría que hacerlo yo para seguir perdiendo mi tiempo y mi salud, escuchándoles decir que su pobre hija era víctima del sistema. Ya ve, un inmigrante portugués y una tunecina consiguen la nacionalidad francesa, se casan y se pudren de dinero en Oriente Medio, pero no tienen tiempo para educar a su hija y explicarle que sus abuelos no sabían lo que era comer tres veces al día. Pero bueno, eso algo que tendría que hacer después, incluso si no valía la pena. Lo primero que tenía pendiente era cómo presentar un caso fundamentado en el que Aziz apareciera como responsable de los vídeos. Si me habían estado grabando durante meses se convertiría en un delito continuado en cualquier tribunal.

—¿Y qué pasó? ¿Lo consiguió?

—¿Que si lo conseguí? Pues aquí estoy. En su consulta, subiéndome por las paredes, con un ataque de ansiedad de libro de psicología para principiantes.

—Ja ja ja —rió la doctora —Menuda medalla al valor, madame Cristina. Que sepa, de todas formas, que no tiene ninguna enfermedad mental porque es capaz de pensar con claridad a pesar del ataque de ansiedad. ¿Cómo logró llegar aquí en semejante estado?

—Estuve esperando la respuesta de la dirección, pero se hacían de esperar. El papá de la niña trabaja en una financiera semipública del gobierno

donde hay cantidad de dinero, como el dragón encima del tesoro en El Señor de los Anillos, manejan tantísima pasta que es algo indecente, así que la dirección pone mucho cuidado al tocar a ciertas personas, no se vayan a enfadar con la institución. De hecho, el servicio de comidas de la cantina del liceo está contratado con una empresa propiedad de dos empleados de esa financiera, así que alguna relación bajo cuerda sí debe haber.

—Esto parece una historia de espías. Ha leído “La Lista”, de Martin Baker?

—Oh, sí, me encantó.

—Parece que tenemos los mismos gustos. Siga, por favor.

—Yo seguía comprobando mi correo del trabajo, pero nada, no había respuesta, y este tipo de incidentes los solucionan en menos de una semana para no enturbiar las relaciones. Cada vez que miraba la hora en el móvil, consultaba el correo. Y me llegó un mensaje, la revista semanal del liceo, con una enorme fotografía de la recepción del Embajador con los diez mejores alumnos que enviamos a la universidad. Y ahí, en el top ten de la lista,...

—No me lo diga. Su alumno Aziz.

—Efectivamente. Allí estaba Aziz, con su pelo largo, medio rizado, sin peinar, y su aspecto desafiante, como si quiera decir al fotógrafo lo que tiene que hacer o lo que no, lo mismo que su padre le dice a todo el mundo. Justo al lado del Embajador e intentando cogerle del brazo, como si fuera su colega, con el mismo gesto despectivo que le veía en clase, levantando el labio superior con antipatía. El embajador con su esmoquin impecable parecía sacado del museo de cera porque no se movía, y el resto de los alumnos se repartían a ambos lados, ellos con traje y corbata y ellas con vestidos de noche con los hombros curvados y las rodillas flexionadas, sin saber posar, cayéndose de los tacones.

—Menudo cuadro costumbrista. Puro reflejo del *bling bling* en el que

vivimos.

—Usted lo ha dicho, doctora. Así que para terminar, Aziz me trajo aquí. Después de ver la foto y el boato cayó otro mensaje, la bomba de la dirección: “En referencia al incidente del uso de video, etcétera, puesto que expulsó a la alumna de clase, no se la puede castigar dos veces, así que por favor vuelva a aceptarla y pídale que deje el teléfono sobre la mesa del profesor. Recuerde que tiene usted prohibido confiscar el móvil a los alumnos porque el aparato forma parte indisoluble de su personalidad”.

—¿Qué?!

—Lo que oye. Por eso estoy aquí.

—¿El teléfono es parte indisoluble de la personalidad de un adolescente?!

—Sí. Se lo acabo de decir —dijo Cristina, extrañada de la reacción de la doctora: —La prohibición para confiscar circulaba ya desde principio de curso, así que ni se me pasó por la cabeza decomisar el móvil cuando me grabó y le dio al *Play*. Pero lo peor no era eso.

—¿Y qué hay peor que quitarle toda la autoridad en el asunto?

—Lo peor, doctora, es el orden de los mensajes. Retrasaron la respuesta para publicar la foto de Aziz con el Embajador. Con semejante curriculum, cualquiera le expulsa de clase o le abre un expediente de investigación por grabar y emitir vídeos de una enseñante. Así que lo que tardé en atar los cabos, ponerme en pie y caer en la sala de espera del ambulatorio, fue cuestión de segundos. Pero una cosa le confesaré, doctora.

—Dígame.

—No pienso volver nunca.

—De eso me encargo yo —dijo la doctora, rellenando un parte de baja médica de larga duración.

## CAPÍTULO 25

**E**so es un buen comienzo —opinó Elena.

—Pero tengo miedo porque creo que he perdido empatía con todo el mundo. Me aterra convertirme en un psicópata como ellos —dijo Cristina.

—No le echés tanta imaginación, mujer. Ni con toda tu maldad le llegarías a las suelas a Cruella de Vil secuestrando perritos dálmatas para matarlos y hacerse un abrigo —ironizó Elena.

—Lo que más odio de esta situación es que no siento nada, ni amor ni odio, nada —se lamentaba Cristina.

—Míralo desde el lado positivo. Eso indica que no sentías nada por ese lugar, a pesar de que me hablaras de un puñado de buenos alumnos, de andar con ellos la milla extra para que fueran bien preparados a un examen o para la vida en general, de lo que significaba para ti que algunos padres te agradecieran aquellas actividades de teatro con roles de familia en los grupos de los pequeños. Ya sé que todo aquello era muy romántico, Cristina, pero al

final del día o mejor dicho, del mes, se trata de ganar un salario y ahorrar para los días de lluvia. Cuando mi padre se jubiló fue duro para él, más que nada porque cuando veía que se acercaba la fecha tenía la sensación de que debía estar a la altura de su última representación, y cuando finalmente se jubiló, se liberó de las tensiones. Se levantó al día siguiente, se puso el chándal y se fue a correr, compraba todos los días el pescado fresco en el supermercado, iba caminando a la ermita más lejana después de comer para merendar allí y volver caminando tranquilamente, los fines de semana iba en coche a algún pueblo de la costa para echarse un trago acompañado de un pulpo con cachelos, o de unas sardinas en conserva...La vida, Cristina, mi padre decidió disfrutar de la vida sin tener cuentas pendientes con la empresa, con el jefe, con el cliente, con el suministrador, con la subida de la gasolina, con la bajada de salarios...fijate que en toda su vida nunca permitió que ningún administrador tocara las propiedades de la familia. Cuando se jubiló, lo primero que hizo fue contratar a un gestor para que le tuviera al tanto de las cosas, y si el monto no era alto, le dijo que se ocupara personalmente.

—Pero me siento culpable...

—Nena, déjate de culpabilidades y del todo por amor. A la Tierra no has venido a sufrir, eso es narcisismo femenino, que te tienes que sacrificar por todo y por todos y si no triunfas o aguantas, entonces sufres para justificar que todavía tienes pendiente llegar arriba. A nadie le importa si llegas arriba o te hundes. Acuérdate de aquella historia de *El hombre es un lobo para el hombre*.

—¿Siglo dieciocho? ¿Hobbes? —intentó recordar Cristina.

—Correcto, pero la cita auténtica es de Plauto, unos doscientos años antes de Cristo. Así que desde entonces nada nuevo bajo el Sol. Lo que a ti te ha pasado es que has sido víctima y te han querido convertir en verdugo, acusarte de lo que les pudiera ocurrir a ellos, para que te sintieras mal,

responsabilizarte de sus notas y de su futuro universitario. Llevas varios años en el mismo sitio y todos los que pasan, sean padres, profesores o administradores, te han tratado un poco igual, con el simple objetivo de despuntar ellos, hacer la pasta, dejar una placa con su nombre grabado en alguna esquina para la posteridad, y seguir recolectado laureles de éxito. Y tú, mientras, has aceptado el papel de sufridora por los buenos alumnos y los que han explotado ese lado humano han sido precisamente los malos y sus padres. Esos lazos de vocación por la educación o de “amor” por la sociedad, si es que lo quieres llamar así, sólo te han llevado por el camino de la amargura. Necesitas más egoísmo en tu vida. Cuando decidiste no sacrificar más fines de semana ni tiempo libre te pusiste en tu lugar, te reclamaste tu espacio a ti misma, tu derecho a disfrutar, pero te lo han hecho pagar caro. La independencia no se acepta entre estos grupos tan marcados. Aquí todo el mundo pertenece a un clan, y tú no tienes clan.

Cristina se quedó en silencio. Después de la consulta con la doctora, le había tirado una foto con el móvil al certificado de baja y lo había enviado con una escueta nota a la oficina de recursos humanos, que le respondió de forma empalagosa deseándole una pronta recuperación. La doctora le puso todos los sellos necesarios y al tratarse de un ambulatorio público, le resultó más fácil justificar la baja indefinida por estrés continuado. Elena se encargó de llevarlo en persona una mañana, le pusieron el sello del liceo y lo tramitó en la Embajada para que le pasaran una pequeña pensión cuando su contrato finalizase a finales de agosto. Además, como inmigrante retornada, tanto Cristina como Elena tenían derecho a una bolsa de ayuda de varios miles de euros. Sólo se podía reclamar una vez en la vida. “¿Por qué no hacerlo ahora?”, le había propuesto Elena. Le trajo todos los formularios rellenos a falta de su firma. Ella había hecho lo propio, cambiando además el estado civil de casada por el de divorciada, porque ya tenía la fecha en el juzgado y



entre que se gestionaba una cosa y la otra, iban a venir juntas en el tiempo la pensión de divorcio, la manutención de los niños y la ayuda de inmigrante retornada. En total le ayudaría a montar un pequeño negocio si no le salía ningún trabajo, o a guardar todo lo posible si conseguía un trabajo que le garantizase una nómina estable. Cuando firmaba los papeles Cristina tenía la impresión de que las dos se estaban divorciando de su vida *expat*, diciendo adiós a una etapa de su vida sin darse cuenta, sin haberlo solicitado, pero no sin alegría.

—¿Tú crees que el padre de Aziz habría intentado matarme si hubiera podido? —dijo Cristina.

—¿Quién? ¿El argelino ese medio loco? ¡Qué va, todo lo dicen de boquilla! —sentenció Elena —¿No tuviste otro antes argelino que también era piloto reciclado como instructor de vuelo, que decía que no sabías enseñar a su Ramy cuando él no había dado ni diez horas de clase a los nuevos pilotos? ¿No te das cuenta de que son gente sin recursos, que se agarran a un clavo ardiendo y le critican al otro para que nadie perciba sus flaquezas?

—¿Tú también has leído lo del efecto Dunning-Kruger? —preguntó Cristina sorprendida, recordando la conversación con la doctora sobre los ineptos que se creen superiores a la media.

—Mira, déjate de Dunning-Kruger o de Dunking Donuts. Lo que tienes que hacer es organizar la mudanza, comprarte los billetes de avión, cerrar las cuentas del banco, vender el coche, dar de baja la línea de teléfono, dejar una señal para abonar el último consumo de agua y electricidad... y a volar, querida.

—¿Todo eso hay que hacer?

—Sí. ¿Es que tú no vives aquí?

—Claro que vivo aquí, pero me complico menos porque gasto menos. No hago mudanza porque lo vendo todo, no me voy a llevar dos estanterías de

Ikea nuevas y el resto que compré de segunda mano o que ya estaban en el piso cuando entré. La cuenta del banco ya la cancelé y le di mi número de cuenta en España a la secretaria de recursos humanos para que me ingrese los últimos salarios, que no son muy altos porque estoy de baja prolongada. El coche no tengo que venderlo porque tengo un contrato de alquiler. Los veranos no gasto coche porque no estoy aquí, cuando son vacaciones prácticamente no conduzco porque no me gusta. Realmente lo utilizo para ir y venir del liceo porque no hay taxis en las horas punta y los autobuses pasan una vez a la hora.

—Vaya, no sabía que la vida de soltera fuera tan fácil. Desde que nacieron estos dos no concibo unas vacaciones sin prever transporte, maletas, flotadores,...

—Sí, ya sé, la historia de que el valle siempre es más verde al otro lado, pero no te quejes de toda la diversión que tú tienes.

Elena la miro con incredulidad, y Cristina continuó devolviéndole el resto de puntos:

—En cuanto al teléfono, es una línea de prepago mensual que se anulará en cuanto pasen seis meses sin consumo. En cuanto salga de aquí pienso tirar la tarjeta SIM por la ventanilla si me dejan.

—¿Tienes miedo de que te contacte alguien en especial?

—No. Tengo miedo de quedarme esperando por si me contacta alguien que no es especial, y que me consuma la ansiedad al ver que no llama nadie. Prefiero ser yo la que decida que arrambla con todo. Y además, si me llama alguien, peor todavía. Mis únicos contactos aquí sois el liceo y tú. En tu caso, también regresas a España, así que la única opción es que me contacten del liceo para alguna gansada típica de la administración como el *collage* de antiguos profesores que se enviaba por Navidad a los alumnos.

—¿De verdad que hacen eso? ¡Menudos horteras!

—Horteras o no, dicen que es para mantener el vínculo con los alumnos,

porque muchos sufren —dijo Cristina poniendo la boquita pequeña —al estar lejos de las alas protectoras de sus maestros y profesores.

—Pobres pequeñines.

—Y que lo digas. Consigo escabullirme de la foto oficial de principio de curso porque entre más de doscientos profesores es fácil que no encuentren a Wally, así que me meto entre los altos y miro hacia abajo en lugar de saludar al fotógrafo que se pone en la ventana del despacho del *proviseur*.

—¿Fotógrafo? ¿Vendría para el reportaje de la fiesta de los niños? — bromeó Elena.

—Hasta hace tres años, se llamaba a un estudio de fotografía para que hiciera un reportaje el día de la inauguración de los cursos, y los tutores se ocupaban de hacer el *trombinoscope*, el libro de presidiarios, según algunos profesores, porque los alumnos tienen cualquier expresión menos buena cara. Siempre hay muchos ausentes porque les citan un día antes del fin de semana, y las familias pasan de perderse un día de playa por culpa de las fotitos.

—¿Y ahora no hay estudio de fotografía?

—No, es peor. ¿Recuerdas que te conté que trajeron a una jefa de biblioteca nueva, con un carácter muy duro y que lo primero que hizo fue desacreditar a las ayudantes que estaban allí?

—Me cuentas tantas historias sórdidas que no puedo digerir todas. De esta no me acuerdo, precisamente.

—Da igual. El caso es que la bibliotecaria venía con regalo, como el huevo Kinder sorpresa. Además de sus tres o cuatro hijos, a los que se escolariza gratuitamente como a los hijos del resto del personal del liceo, se trajo a su marido, un periodista desempleado para el que el director creó el puesto de responsable de comunicación, y le encargó que hiciera una revistilla semanal para enviar por email a padres y profesores, la colgara en Facebook y en la página web del liceo, y se encargara también de todas las fotos

importantes. Así que todas las competiciones, visitas a museos, competiciones deportivas y demás tenían su hueco en el suplemento semanal del tal Monsieur “Marido de la Bibliotecaria”. Y por supuesto, el director estaba súper contento porque ahora tenía un medio de comunicación propio para combatir el “fake news” de algunas madres que esparcían rumores contra su gestión. Esa era su teoría, pero en la cruda realidad, a la mayoría de los padres les traía al paio que se publicara o no la revistilla. Yo me di cuenta enseguida de que ninguneaban la revista porque en las reuniones les dejaba caer una felicitación aquí y allá por esa foto en la competición de natación de la niña o la victoria en rugby sub13 de los chicos, y los padres me miraban como si fuera un ovni estableciendo la primera comunicación con el planeta Tierra. No se daban por aludidos en ningún momento. La relación entre los padres y la dirección es algo extraño, algo como ni contigo ni sin ti, una especie de matrimonio separado...

Cristina se paró sin terminar la frase, pensando que a lo mejor había ofendido a Elena o le había hecho recordar por la situación que estaba pasando.

—Uy, perdona, no quería decir eso —se disculpó.

—No te agobies. Sólo lloro por las noches. Pero de la alegría —terció Elena.

Le impresionaba enormemente la capacidad de renacimiento que tenía Elena, que resurgía de sus cenizas como el Ave Fénix.

—Además, la compañía de los niños me ayuda mucho. Todavía no tengo claro en qué trabajaré al regresar, pero he hablado con antiguas colegas de la universidad y algún jefe que tuve en prácticas, y me han dicho que les llame al llegar. Nadie promete nada, ya sabes cómo son las cosas en todas partes, pero al menos me invitarán a café. Como último recurso, intentaría trabajar como autónoma facilitando la entrada de empresas en Oriente Medio, pero no creo

que me dure mucho tiempo porque ya has visto cómo cambia aquí todo el mundo, cada cuatro o cinco años se barre prácticamente a toda la capa de *expats* y los que llegan nuevos se guían por lo que dejaron los últimos, y después de pasar una o dos de estas generaciones nadie se acuerda de nadie.

—Sí, es verdad, qué contraste tan fuerte con otros lugares, donde todo parece eterno. Paseas por algunas ciudades y siempre tienes el mismo casco histórico, es como reconocerse a uno mismo cada vez que regresas, aunque las ciudades sigan creciendo hacia las afueras. Pero aquí no hay casco histórico que sobreviva, todo es de última generación.

—La última generación —repitió Elena —¿y si nosotras fuéramos esa última generación?

## CAPÍTULO 26

**E**lena tenía derecho a cuatro días extras cada vez que viajaba a España. No era funcionaria, pero como personal de la Embajada disfrutaba de los mismos privilegios y éste era el que más placer le producía, el tener esos días adicionales, pero sólo se los podía coger si el destino era la madre patria. "Roma no paga traidores", le decían en cancillería, así que los descuentos de salario por las vacaciones en Malasia o las Maldivas se contabilizaban por días y horas, si había retrasos aéreos por tifones.

Estas iban a ser sus últimas vacaciones a cargo de la Embajada. Volvería a España, esta vez para quedarse, tendría sus cuatro días extras, más otros dos por mudanza, más alguna tarde por algún evento que había organizado para que la fiesta nacional saliera en los periódicos locales y darle un poco de lustre a la misión diplomática, por lo que le concedían en total una semana extra y la liberaban de tareas dos días antes del fin de semana, para que pudiera juntar todos los días que quisiera. Demónica, como la llamaba Elena,

estaba irritadísima con aquel tratamiento que pensaba que sólo ella recibiría llegado el momento de partir. Es más, creía que después de dos décadas y media en el puesto, todo el mundo le haría reverencias y lanzaría pétalos de rosa al aire para despedirla. Pero Demónica, según le contó Elena a Cristina, se estaba llevando un buen chasco porque toda la vieja guardia de la Embajada se estaba marchando, los diplomáticos seguían con sus misiones de vacaciones, los otros funcionarios se habían vuelto a España cuando sus hijos entraron en la universidad y los únicos que continuaban eran los indios, que valían para todo —igual que en el liceo, pensaba Cristina— y lo mismo llevaban un café que sacaban los setenta visados de un séquito real en una tarde. Los únicos que iban a despedir a la momia Angélica-Demónica iban a ser los asiáticos y un par de venezolanos que se habían escapado de su país para no hacer el servicio militar veinte años antes, y nadie sabía cómo habían aparecido en Oriente Medio, un sitio donde la salsa y la bachata no eran precisamente los ritmos habituales en la calle.

A Angélica-Demónica no le quedaba mucho para prejubilarse, siempre había dicho que quería terminar su vida laboral siendo todavía joven para disfrutar de la vida durante unos años más, como si se fuera a morir al jubilarse. Para darse un poco de postín, cuando supo que Elena dejaba el trabajo y fijó su último día, anunció que su marido y ella se iban de segunda luna de miel a París al día siguiente. El embajador la miró fastidiado, porque eso le obligaba a pedir refuerzos extras antes del mismo mes de julio y el presupuesto no siempre estaba aprobado a tiempo para hacer la contratación, así que a lo mejor andarían un poco justos de personal. No podía decirle que no: su mujer se beneficiaba de los tratamientos estéticos en el hospital del marido de Angélica. Era la contrapartida a pagar.

—Va a ser una miel un poco rancia, pero espero que la disfrutes. Te la mereces —le dijo Elena a Angélica, dándole dos sonoros besos. De no haber

sido por aquella invitación al fútbol, Elena nunca se habría enterado de los asuntos de cama de Germán. Llevó la situación con toda la dignidad y el secretismo posible para que Angélica no ejerciera de Demónica e informara a toda la comunidad. No es que Elena hiciera demasiada vida social con las marujas españolas, pero siempre había alguien que venía del mismo pueblo, pedanía, universidad, o comunidad de vecinos que un primo lejano, un tío político o un ex cuñado olvidado, familiar bien de ella o de Germán, y que supiera de ellos como “aquel matrimonio que se expatrió al poco de casarse”. Elena no quería anunciar nada a su familia hasta que hubiera aterrizado en España, los niños estuvieran bajo el paraguas de los abuelos y ella pudiera recoger el papel de registro del colegio —lo había hecho por internet, sin informar a Germán ni a su propia familia—. Cuando todas las tareas tuvieran la cruz en la casilla de terminadas, se lo anunciaría. El contenedor con los muebles de la mudanza llegaría al final del verano por vía marítima, había hablado a título particular con las empresas encargadas de las mudanzas de los embajadores y le habían aplicado la tarifa diplomática. Le resultaba increíble comprobar cuánta gente le hacía favores con la intención de que los devolviera en el futuro, pero ignoraban que no volvería y que quien se ocupase de las mudanzas oficiales sería otro u otra.

Todos los preparativos estaban terminados, salvo uno: Germán.

Su móvil comenzó a bailar encima de la mesa donde tenía todos los papeles de la mudanza. Tenía activado el modo silencio con vibración para que no hiciera ruido y despertase a los niños. Lo conectó al ver que era Laura y se puso un auricular pequeño en la oreja.

—Hola, ¿es tarde para llamar?

—No, no qué va. Los niños ya están acostados, pero a mí todavía me queda mucha tarea por delante organizando la mudanza. ¿Qué tal estás?

—Excitadísima. No pensé que marcharse de aquí me iba a poner tan loca



de alegría. Los chicos también están contentos. Mi marido, un poco menos, pero ha visto que nos vamos y no le dejamos otra opción que quedarse, así que ha solicitado el cambio a la empresa para regresar a Francia o a Suiza, por motivos escolares.

—¿Escolares?

—Sí, hemos argumentado que la calidad del liceo deja mucho que desear y que hay muchos puntos oscuros en la gestión del centro y en la evaluación de las notas, así que la empresa ha aceptado el cambio. No querían que montáramos lío y al ponerse mi marido de nuestro lado, se han dado cuenta de que la familia entera quería irse y nos han dejado marchar. Dicen que la gente mayor siempre da problemas y que traerán a una pareja joven porque se adaptan mejor. Lo han dicho así como para molestarnos, pero nosotros hemos seguido tranquilos y comenzado el proceso de retorno, aunque ya le pasarán factura a mi marido después. Seguramente comenzará a buscar otro trabajo a la vuelta del verano, antes de que le den la palabra. Roma no paga traidores, ya conoces el dicho. ¿Y tú, que tal llevas todo?

—Pues mira, cansada, un poco harta de todo. No te he dicho que me voy sola, ¿verdad? Regreso a España con los niños.

—Bah, pero eso solo el vuelo. Yo también voy a España antes, para ver a mis padres y a mi abuelo, que está muy mayor el hombre, y luego subiremos a París para terminar el registro del liceo y más tarde, a Normandía, en agosto, para juntarnos allí con la familia de Louis, mi marido. ¿Cómo lo hacéis vosotros?

Elena sintió un nudo en la garganta.

—Pues mira, va a ser el primer año que lo haga todo sola menos la fecha de divorcio, que es el único día que tengo marcado en el calendario para ver a Germán.

—¿Divorcio? ¿Te vas a divorciar? ¿O es él el que te deja?

Elena dudó si seguir o no, pero quizá ella la comprendiera mejor que Cristina. No es que Cristina no la escuchara, pero no tenía hijos y no podía ni imaginarse lo difícil que podría ser una negociación así, y de lo agudo que podía ser el dolor al saber que él seguiría su vida con otra, ninguneando a sus hijos comunes.

—Para decirlo rápido, había otra calentándole la cama. Y dentro de unos meses, va a calentar también biberones.

Laura se quedó sin habla.

—¿Va a tener un hijo con otra? ¿Sabes quién es? ¿Cómo ha pasado?

—No me voy a extender en detalles, pero he sido yo la que ha decidido cortar por lo sano. Me parece más higiénico para mí y para los niños. En cuanto a él, no sé cómo lo verá, pero todavía debe estar bajo los efluvios de la otra. La única pieza que sacrifico en este ajedrez, y no es poco, es mi trabajo en la Embajada. Me vuelvo a España con una mano delante y otra detrás, pero no me da miedo empezar de cero porque no quiero llevar rémoras a los lados. La abogada le envió por correo las condiciones del divorcio, así que sabe que no le voy a perdonar un céntimo. Ya se encargará él de pedir rebajas o de verse denunciado por bigamia si se casa antes de tiempo.

—¿Le denunciarías? ¿De verdad?

—Es la única palanca que tengo para negociar unas condiciones ventajosas de divorcio. Aunque lo firme sin discutir, puede dejar de enviar la manutención para los niños. Está en el extranjero, así que para el juzgado será difícil hacerle cumplir las condiciones, pero al menos, que quede todo por escrito. En un momento dado, reclamaré la mitad de la casa que hemos comprado por falta de pensión. No tendrá ninguna consecuencia económica porque de hecho es ahí donde vamos a vivir, pero a efectos legales su otro hijo o hija no tendrá derecho a heredarlo.

—Me impresiona tu claridad mental en semejantes circunstancias.

—No te creas. He visto tantísimas situaciones de matrimonios rotos, parejas de cuatro, tríos de dos, y norias de cinco, que nada me asombra. Lo único que funciona es tener los términos claros y perder el menor tiempo posible tirándonos los trastos a la cabeza. Hay gente que lleva dos o tres años divorciándose, se han fundido todo lo que habían ganado, han perdido el trabajo, han vendido sus propiedades en el extranjero para seguir viviendo aquí con un nuevo negocio, no han conseguido clientes pero siguen en el candelero y en las fiestas, no tienen un duro ni derecho a pensión cuando vuelvan a Europa. ¿Crees que esa es la solución?

—No, desde luego que no. Y yo que pensaba que en esa casa tan luminosa y tan divertida todo iba bien...

—Yo también creía que todo iba bien, pero a alguien le iba mejor que nunca en cada viaje que hacía. Ahora le irá mejor porque no tendrá que ocultarse. Y yo me iré, y no me enteraré del qué dirán, ni la gente dejará de saludarme porque le hayan elegido a él como amigo en lugar de a mí.

—¿Qué vas a hacer con Leticia?

—Ella se queda. Ya hemos hablado con gente de la urbanización diciendo que ella se quiere quedar en el mismo sitio porque ahí conoce a todas las otras asistentes domésticas. Ellas también tienen sus grupos, ¿sabes? Y como siempre hay gente que viene y se va, nos llamaron de una casa con una pareja joven que está esperando su primer hijo, y les viene de perlas que Leticia tenga experiencia y ya esté aquí porque se ahorran el visado de entrada y el viaje, sólo tendrán que hacerse cargo de la transferencia del contrato con nuevo patrocinador. Le dije que fuera un par de mañanas mientras los niños están en el colegio para que fuera familiarizándose con la casa, la forma de cocinar y demás, así que todos encantados.

—¿Y los niños? ¿Saben algo?

—Oh, son unos auténticos trastos, ya los has visto. De momento sólo

saben que nos vamos de vacaciones y que ya era hora de amueblar la casa en España, que siempre nos quedamos donde los *güelitos* porque el piso está prácticamente vacío, así que por fin vamos a tener una casa de verdad. No les puedo decir nada porque entonces lo cacarearán en la clase. El día que recoja las notas les diré que anulen la reserva del próximo curso y me reembolsen el monto, y ya está. En los colegios están acostumbrados a historias peores, así que no se extrañarán.

—Ya veo. Estás muy puesta.

—No me queda otra. Llevo años viendo lo que les ocurre a las demás, y siempre son las mujeres las que tienen que salir adelante. Cristina también regresa, no sé si lo sabes.

—Mi hijo me dijo que estaba en la lista de profesores ausentes, pero nadie sabe por qué, oficialmente dicen que está enferma. No quiero preguntar porque no es asunto mío.

—Es otra situación desagradable, aquí casi nadie se va con buen sabor de boca. Una cosa es llegar mal e irse bien, como te está pasando a ti, pero ese suele ser el camino inverso.

Las dos suspiraron, no sabían cómo continuar la conversación. El teléfono de Elena le envió dos pitidos, señal de que tenía un par de mensajes para ver. Miró la pantalla e hizo un mohín de desencanto con la boca.

—Cuéntame algo divertido, anda. Ya que me llamas, alégrame el día, venga —pidió Elena, con voz cansada.

—Pues es que no soy muy divertida, sirvo más de público que de humorista, pero puedo ir a echarte una mano, si quieres, o podemos hablar mientras recoges. Estoy aquí hasta el día veinticinco por la noche. Volaremos a Madrid.

—¿El día veinticinco? ¿Vuelo ET204?

—Creo que sí, porque es el único que vuela de noche y no queríamos

desperdiciar una jornada en el avión, y además nos va muy bien la combinación para coger el primer tren León.

—¡Qué casualidad! Cristina y yo también tenemos billetes para ese vuelo, el día veinticinco, precisamente. Pues mira, no te preocupes, que de aquí al día veinticinco te llamo para comer. La primera que termine con la mudanza llama a la otra. ¿Trato?

—Trato. Pero llevo ventaja. Hay maletas que ni las abrí al volver el último septiembre.

—Tú sí que tenías las cosas claras.

—No te imaginas cuánto. Un beso. Nos hablamos.

—Nos hablamos. Cuídate.

## CAPÍTULO 27

**E**lena colgó el teléfono y se quitó el auricular. No le apetecía mucho contestar los mensajes, pero podría ser algo importante, aunque le fastidiaba admitirlo. Era Germán. “¿Qué tripa se te ha roto?”, pensó decirle. Desde que descubrió su infidelidad continuada, Elena había pasado por el estado de confusión al de odio a la velocidad de la luz. Se sorprendía a sí misma teniendo conversaciones imaginarias con Germán en las que le hablaba despectivamente. Tuvo la sangre fría, desde que supo lo que ocurría, de permitir que viniera una mañana a retirar las cosas que pudieran hacerle falta para instalarse en un hotel, y sólo le dejaba dormir en casa de vez en cuando para que hiciera un poco de vida con los niños bajo la condición expresa de que no trajese a casa a su barragana asiática. Se lo había dicho con estas palabras porque, como decían de vez en cuando en la Embajada, después de tanto tiempo fuera del país uno empieza a olvidar el vocabulario y hay palabras que designan a personas, cosas o acciones de manera perfecta sin necesidad de acudir a un anglicismo.

A Germán le hubiera gustado más decir *girlfriend*, seguro. Elena le dejaba eso a su elección, pero entre ellos la denominaría barragana porque ella era la esposa oficial, ¿o acaso era ella otra *girlfriend*? “¿Cuántas *girlfriends* has tenido sin que yo lo supiera, Germán? ¿Viene de lejos? ¿Sabes que siempre sospeché de aquella asistenta que al poco de llegar empezó a usar pintalabios baratos de color rojo, muy rojo, de color rojo puta, y que me parecía ver la marca de ese color barato en tus camisas? Creí que las hormonas después del parto me habían alterado más de lo normal, pero ahora lo veo todo con claridad. Qué vergüenza, Germán, cuando se lo cuente a tus padres, a tu tío el sacerdote, a tu hermana en el convento, que echará avemarías y padrenuestros para salvar tu alma mientras yo tendré que hacer juegos malabares para salvar mi vida, mis hijos y mi porvenir. Ahora será MI porvenir, porque el tuyo estará en Manila. ¿Te imaginas tener más hijos con ojos chinitos, como a ti te gustan? ¿Y que tus hijas de ojos chinitos se encamaran con hombres casados? Seguramente su mamá les enseñará cómo hacerlo, qué trucos les gustan a los hombres, y cómo deshacerse de sus mujeres”, pensaba con rabia.

“Por favor”. Decía un tercer mensaje. Elena se sentía agotada por toda la jornada, pero no sabía si se dormiría teniendo una tarea pendiente como ésta. Sería mejor atajar los problemas cuanto antes. Al menos, su decisión estaba tomada y no había vuelta atrás.

“Qué”, le escribió.

El teléfono sonó y Elena descolgó al primer toque. Vuelta a ajustarse el auricular.

—Elena.

Silencio.

—Elena, tenemos que hablar.

—La cita en el juzgado será a mitad de julio. Ya debes tener la notificación porque me llegó la confirmación de que aceptabas la fecha.

—Elena, es importante. No tiene nada que ver con el juzgado.

—Te equivocas. Todo tiene que ver con el juzgado. A partir de ahora todo va a estar mediado por la juez, y que conste que no hemos llegado a esta situación porque yo haya querido, sino porque tú has fallado. Te has caído con todo el equipo.

—¿No podríamos olvidar todo esto?

—¿Olvidar que vas a ser padre de un bebé con otra? ¿Es que a ti se te olvida? Porque lo que creo que se te olvidó, mientras saltabas en la cama con tu barragana, es que tenías una familia, que tu mujer nunca se quejaba de tus viajes constantes, que te alentaba como si fuera una animadora en los descansos del partido de baloncesto, que tus hijos crecían en otro país y que ven más a sus abuelos en España una vez al año que a ti durante los otros once meses. ¿Qué es lo que quieres que se me olvide exactamente, cuando me arrepiento profundamente de haberte ayudado tanto en tu carrera, en tu vida, en todo, sabiendo que eras un mediocre como tantísimos otros hombres aupados por sus madres, sus esposas, sus familias, para que intenten conquistar la gloria? ¿Sabes qué, Germán? Nunca me importó que fueras mediocre porque en el país de los ciegos el tuerto es el rey, y esto está lleno de tuertos que vienen a llenarse los bolsillos, pero no quita que los que tenemos un par de ojos en buenas condiciones también digamos lo que vemos. Y esto se acabó. Te puedes rebajar a marido infiel, a padre ausente, a novio de una secretaria asiática a la que has dejado preñada sin darte cuenta en uno de tus viajes al Olimpo del éxito...

—Ya no hay bebé, Elena —la interrumpió Germán.

Elena se quedó conmocionada. Eso sí que no se lo esperaba. No iba a ser ahora que la *girlfriend* se hubiera equivocado con el Predictor, después de tantos meses, debía quedarle poco para el parto, un mes o mes y medio quizá. Elena había estado calculando hacia atrás todo lo que se le venía encima —la



vuelta al cole en septiembre, el contenedor con los muebles, la primera vista en el juzgado y la previsión de dejarlo todo firmado y repartido antes de las vacaciones judiciales de agosto, las últimas vacaciones a cargo de la Embajada, la baja en el colegio internacional, y por primera vez en doce años, la reserva del vuelo sólo ida—. Se le había pasado cuándo debería nacer el niño, el medio hermano de sus hijos pero no su hijo, y de pronto sintió que no quería que nada malo le pasara al recién nacido, que no tendría culpa de las desavenencias que hubiera surgido entre su padre y ella.

—El bebé no va a nacer. Ya no hay bebé. Ella se fue a Filipinas cuando estaba de siete meses, pidió las vacaciones en la empresa y dijo que querría pasar allí la cuarentena con su familia. Para explicar el bombo se inventó que su marido había venido a verla en invierno y la había dejado embarazada, y en la empresa lo compusieron para sumarle las vacaciones con la baja de maternidad. Me llamaba todos los días para saber si había solucionado ya lo del divorcio, me sugirió que nos casásemos por poderes, que ella tenía una persona que podría representarme en Manila y que bastaría con un poder notarial en la embajada de Filipinas, pero tendría que decir que no era católico para que no investigaran y solicitaran una fe de vida y soltería. Estaba histérica. Le dije que nuestro divorcio estaba pendiente en España y que hasta julio no sería posible. Quería que me casara con ella a toda costa, incluso me propuso comprar un falso certificado de matrimonio para que se lo enviara y así registrarme como padre antes del parto, pero le dije que no quería meterme en líos legales porque si algo salía a la luz, mi firma quedaría en entredicho en otros contratos de la empresa. Se puso como una loca y colgó el teléfono. Se presentó de vuelta hace unos días, muy enfadada. No tenía barriga. Me dijo que lo había perdido por mi culpa, porque la había puesto nerviosa. Vino a esperarme a la puerta del trabajo, y la gente se dio cuenta que algo pasaba porque ella seguía de vacaciones pero estaba aquí, y además me quería ver.

Fue muy embarazoso, no sabía qué hacer. Se reincorporó al trabajo diciendo que había tenido un aborto natural, pero yo sé que no es verdad. Ahora la veo haciendo arrumacos a uno de los nuevos ingenieros que acaba de llegar, un chico que está prometido para casarse este verano y que se traerá a su esposa en septiembre. Está intentando conseguir a alguien sin alianza para ponérsela ella. No le puedo perdonar que matara al bebé. Siete meses y medio, Elena, y lo mató sin contemplaciones —dijo Germán llorando.

Elena seguía estupefacta ante las revelaciones de Germán. Por otra parte, se alegraba de que aquella lagartona no hubiera podido llevar a cabo su plan porque se habría convertido en alguien en la vida de sus hijos como nueva esposa de su padre y madre de su pequeño medio hermano, y aquello la enervaba. Se reconocía un poco racista: trataba muy bien a Leticia como asistente de hogar, pero ver a una filipina robándole el marido era otra cosa. O a lo mejor no era racista, sino celosa. No, imposible estar celosa porque en su fuero interno no sentía nada por él y además se alegraba de decir adiós a aquella vida ostentosa y de pantallas artificiales que le empezaba a resultar insulsa y vacía. Si no era racista ni celosa, entonces es que no sabía aceptar una derrota, tenía mal perder. Bueno, eso puede pasar, sobre todo si lo que le molestaba era dejar que su matrimonio se disolviera, algo que ya no le importaba. Al principio quiso justificarse a sí misma diciéndose que aquella relación era importante, pero notaba desde hacía meses que la cosa estaba muerta por falta de colaboración y de complicidad, aunque no se había parado a analizarlo, llevada como siempre por la comodidad de la rutina, de su éxito en reuniones sociales. Poca gente mantenía ese imán social que ella ejercía de manera natural, sin forzarlo, sin excederse, dando cuerda y dejando correr. Germán seguía gimoteando en el teléfono y ella volvió de sus pensamientos y le oyó continuar sus lamentaciones:

—Elena. Di algo, por favor. Tú me conoces, tú sabes que...

—Lo siento mucho.

Estuvo a punto de colgar, pero al quitarse el auricular notó que Germán seguía gritando en el teléfono, y volvió a ponérselo.

—Germán. No puedo hacer nada. Siento mucho lo que ha pasado. Si quieres denunciarla a la policía, puedes hacerlo, pero descubrirás que fuiste tú el que le hizo el niño, así que te procesarían por adúltero, igual que a ella. No creo que te interese, ¿verdad?

—Yo lo que quiero es volver contigo, Elena. Contigo y con los niños, como antes.

Elena se quedó de piedra. ¿Cómo antes? Si de algo se había dado cuanto en las últimas semanas, es que no sabía muy bien cómo había transcurrido su vida de pareja, si verdaderamente había tenido un cónyuge para ella sola o sólo la parte que figuraba en los papeles: marido y padre de sus hijos.

—Pues yo ni me lo planteo. Vamos, que es totalmente irreal todo esto. ¿Volver? ¿Conmigo? ¿Pero tú has estado conmigo alguna vez? Porque tengo la impresión de que no te conozco. Es más, la sensación de vergüenza ajena que me sube por el rostro cuando pienso que tengo que volver a verte para firmar el divorcio... no sé, no sé, estoy planteándome autorizar a mi padre y que lo haga él, si la jueza está de acuerdo.

La última idea se le había pasado por la cabeza una vez o dos, pero no sabía si era legal ni si su padre aceptaría, o ni siquiera si tendría la salud para hacerlo. Su padre siempre había tenido en alta estima a Germán, como el resto de la familia, pero saldría a la luz toda la basura de su vida paralela y la reacción de las generaciones seniors era una incógnita.

—Pero todo va a ser diferente, te lo prometo. Mira, yo sé que te vas con los niños el día veinticinco por la noche. Voy a pedir el traslado a las oficinas de Madrid. Cuando tú te vayas, para no vernos en el aeropuerto, voy a coger el vuelo a París el día veintiséis, voy a presentarme allí para pedir el cambio por

diferencias con la dirección de aquí, puedo airear algún escándalo de comisiones para forzarles a que me cambien si no quieren que hable con algún periodista, y podemos empezar otra vez. En Madrid. Tú, los niños y yo. Y borrar todo el pasado.

Elena seguía en silencio.

—Mira, Elena, lo que vamos a hacer es pedir una mediación en el divorcio. En lugar de divorciarnos, vamos a pedir una mediación matrimonial, vamos a arreglar todo este desaguado, y nunca estaremos solos. Siempre juntos, como antes, ¿vale? —Germán iba retomando confianza y por fin le estaba proponiendo un plan, pero Elena estaba horrorizada, aunque sabía que algunos maridos se arrepentían en el último momento de cambiar de vida definitivamente, como si no se fiaran de que la nueva *girlfriend* pudiera mantener el estatus y sobrellevar las rutinas de una esposa-florero.

—La cita con la jueza es ineludible. En cuanto aterrice en España me voy directamente a Oviedo para preparar el piso y que los niños se vayan aclimatando al cambio, tengo que contarles a mis padres que volvemos definitivamente y todo lo demás. No pienso estar localizable hasta el día de la cita en el juzgado. ¿Está claro? Y olvídate de que los niños y yo vayamos a vivir en Madrid. Nuestra casa está en el norte. ¿Está claro?

—Elena...

—¿Está claro?

—Puedo arreglar una cita de mediación matrimonial el mismo día que la cita judicial, un par de horas antes, y si quieres...

—Hazlo si te place —concedió Elena, para apagar el teléfono.

—Gracias. No te fallaré. Esta vez no. Ya sabes. El veinticinco tú en España, y el veintiséis yo en París para pedir el cambio. Otra vez desde cero. Dale un beso a los niños de mi parte. Y otro para ti.

Elena colgó sintiendo vergüenza del mequetrefe del que se iba a

divorciar. Menos mal que se había caído del burro antes de continuar con esta farsa. No le faltaban los casos de conocidas que habían aceptado su rol de primera esposa oficial a regañadientes, sabiendo que el marido mantenía otra familia secundaria. Cornuda sin airear los trapos sucios, con el acuerdo tácito de que nada afectaría la herencia de los hijos en común. Pero una vez que el finado estaba bajo tierra, la otra y su descendencia bajaban del monte para ajustar cuentas y reclamar por las buenas, con lo que las pruebas del ADN les permitían legalmente, o por las malas, cobrando exclusivas de las revistas que se leen en las peluquerías baratas y arrastrando el nombre de la familia por el barro. Si por ella fuera, Elena les habría cambiado el apellido a sus hijos para poner el suyo delante. Todavía podría convencer a los niños para que lo solicitaran al llegar a la mayoría de edad. Tendría que informarse bien.

## CAPÍTULO 28

**H**o ho ho, ¡qué sorpresa! ¿Ha llegado Navidad y me regalas una llamada telefónica con las ofertas de fin de año? —dijo Lamia, irónica.

—No te acostumbres, que vuelvo a los mensajitos escritos —respondió Cristina al otro lado del hilo telefónico.

—Tampoco es que me molesten, ¿eh? Pero dime qué ha pasado para que te dejes la pasta en una llamada in-ter-con-ti-nen-tal —dijo Lamia, marcando las sílabas para darle más retintín.

—Vale, te lo cuento pero no te rías. Es que siempre me regalan unos minutos gratis para llamar en conferencias, pero no los gasto casi nunca, sólo llamo alguna vez a mis padres, pero normalmente me telefonean ellos para narrarme cómo van de chequeos médicos y demás. Jugando con el móvil, se me ha ocurrido abrir la app del proveedor de telefonía, ¡y tengo acumulados todos los minutos no usados desde hace más de un año! Así que no se lo digas a mis padres, pero me estoy gastando el crédito de llamas internacionales hoy

y en cuanto se acabe, digo adiós a la tarjeta SIM de Oriente Medio. El email del trabajo seguirá activo hasta noviembre por si alguien de aquí quiere contactarme. Otra cosa será que yo lo abra, claro. Por cierto, te noto muy bien. ¿El divorcio, acabó todo, o quedan flecos aún?

—No me puedo quejar, la verdad. Como duró menos de un año, pude pedir la nulidad matrimonial y fue poco menos que un divorcio exprés.

—No sabes cómo me alegro. Me preocupé un poco con la visita que te hizo aquel día, no me contaste qué pasó.

Lamia vaciló sobre si debía contárselo. Prefería narrar lo que había pasado en persona, pero ya daba igual. Total, Cristina quería gastar el saldo del teléfono y seguramente no tendría nada más que hacer que esperar. La noche antes de un viaje siempre le creaba un poco de ansiedad, se lo había contado cada verano, pero este verano era el definitivo, era el viaje de no-retorno a las aulas en septiembre.

—Bueno, pues no estoy muy orgullosa de lo que hice en nuestra última cita, pero todo se terminó y eso es lo importante.

—Uy, eso no me suena muy bien.

—No, ni a mí tampoco.

—¿Dinero?

—Bingo. Y no era para los cartones.

—¿Era dinero para...?

—Otro viajecito. Todo el dinero que me pedía era para viajecitos de las ONG, porque no les pagan en el acto, porque él es muy activo y tiene una red de contactos enorme y cómo no les iba a ayudar, y que si una cosa y otra,... Pero bueno, fue la última donación a fondo perdido que hice, espero que todos se cuiden solos y que él siga su camino a Alemania o donde demonios quisiera irse, aunque cuando estaba conmigo, mientras saliera el dinero de la cuenta, no hacía fuerza para marcharse.

—No te voy a preguntar por la cantidad, porque eso debe ser doloroso.

—Bastante. Con el dinero que he gastado estando casada con él, podría haber pagado un masters en Estados Unidos a uno de mis hijos. No te digo más.

—Auch. Eso debe doler.

—Más me dolió el escándalo que me montó en la recepción de la empresa cuando vino a pedirme la pasta, pero mira, fue la última pasta y a cambio me firmó la petición de nulidad matrimonial en un papel encima del mostrador de recepción.

—¿Y eso te valió en el juzgado?

—Bueno, digamos que la jueza me miró como fiándose de mí y acabó echándome una mano, y como la firma coincidía con la de su permiso de residencia, aceptó el documento como justificante de la ausencia de uno de los cónyuges y anuló el matrimonio. No te imaginas cómo respiré.

—¿Y el permiso de residencia? ¿Se lo han revocado?

—No.

—Pero Lamia, ahora puede estar campando a sus anchas donde le dé la gana...

—Me hago cargo, pero una cosa es divorciarse, y otra entregar tu salvoconducto para llegar a Alemania, que se supone que es el destino final, tu sueño. No se lo pedí, pero tampoco creo que me lo hubiera entregado. Yo en su lugar tampoco lo habría hecho. De todas formas, es un permiso de un año que acabará caducando. Si para entonces no ha conseguido renovarlo con un permiso de trabajo pasará a las filas de inmigrantes ilegales, y si le pillan le expulsan. Pero es muy listo y conoce a mucha gente, no creo que le vaya a pasar nada malo.

—Bien está lo que bien acaba. ¿Y tus hombretones? ¿En casa o jugando al baloncesto en la Liga de las Estrellas?



—Con su padre.

—¡Qué me dices! ¡Y resucitó de entre los muertos!

—Eso tendré que decirle la próxima vez que nos veamos. Los niños no hicieron buenas migas con Hadi desde que llegó, creo que había demasiados gallos para un gallinero tan pequeño. Había roces, problemas de convivencia, y además los chavales están acostumbrados a sus rutinas, sus amigos, y no saben cómo encajar que haya otra persona en casa. También les quiso convencer de lo bueno que sería luchar por tus ideales, por la igualdad, y todas esas cosas espirituales de las ONG y...Tú conoces a mis hijos, son un producto del capitalismo globalizado, con sus videojuegos online, su interés por la informática y la física cuántica, o como se llamen esas cosas. El mayor dejó caer una vez que quería ser hacker ético, y eso es lo más social que le he escuchado en años. El pequeño apunta a trabajar en Apple diseñando teléfonos indestructibles, así que de solidaridad nada porque son de los productos más contaminantes del planeta, con su batería integrada e inseparable.

—¿Y es una visita de fin de semana, una solución temporal, o es que la vida les va bien juntos y se van a quedar allí a vivir con su padre?

—Hasta la fecha, yo no me he quejado. La primera vez no me hizo mucha gracia que me dijeran que se iban a pasar el fin de semana con papá para no estar con Hadi, pero mi ex marido les acogió de mil amores. Creo que le debieron pintar la situación de forma un poco negra, porque él insistió varias veces en que vinieran más y se quedaran más, y mira, el roce hace el cariño, porque ya no han vuelto aquí. Ahora que cambia el tiempo quizá deberían pasar para sacar alguna ropa de verano, pero como siempre van con uniforme o chándal y ya lo tienen en la casa de su padre, no les harán falta demasiadas cosas.

—Pues es un buen apaño. ¿Les echas de menos?

—¿Echarles de menos? Pues no se lo digas, pero la verdad es que no. Lo

que no sabía que echaba de menos es tener mi propio espacio, ser independiente de todo lo que hay alrededor. Y no, no echo de menos las lavadoras llenas de calcetines largos, ni las deportivas con olor a gruyere en el armario zapatero... no te imaginas cómo ha bajado la factura de la luz ahora que sólo pongo una lavadora a la semana. Como yo no tengo tanta ropa sucia de los entrenamientos, ni estoy pegada al mando del videojuego, ni dejo las tabletas conectadas, la luz encendida y el frigorífico abierto...

## CAPÍTULO 29

**E**l aeropuerto estaba lleno a reventar, carros enormes se llevaban las maletas de todos los colores y tamaños que los pasajeros acababan de facturar en los mostradores de cintas automáticas. El exterior de las salas de espera ofrecía un espectáculo cronometrado, con sus carros de maletas, su personal de tierra cambiando las balizas, conectando las escaleras y los gusanitos de acceso a los aviones, los autobuses transportando a los pasajeros de la última llamada,... de noche parecían luciérnagas moviéndose por algún extraño rito.

Cristina miraba a través del cristal mientras los niños de Elena, entre enfadados y cansados, intentaban acomodarse para dormir en las butacas de la sala de espera. Elena conversaba con Laura, que también viajaba en el mismo vuelo con sus hijos. Cristina no quiso acercarse porque cualquier cosa que le recordase al liceo le daba “urticaria”, le había dicho a Elena. Cuando los hijos de Laura se sentaron y abrieron una pequeña consola para jugar, Cristina se acercó a saludar a las dos madres.

—Lo siento, me cuesta horrores acercarme a cualquier cosa que huela al liceo —dijo en modo de disculpa —Me fui así, sin terminar el trimestre, dejando a los buenos alumnos colgados,...

—Digamos que te llegó la fecha de caducidad sin avisar, como a todos, y te pilló desprevenida —dijo Elena.

—A mí no —rió Laura —Yo la traía escrita en la frente y no veía la hora de que se cumpliera para regresar. ¿Qué tienes pensado hacer en España?

—Oh, nada especial. De momento me quedaré unos días en casa de una amiga. Sus hijos están pasando una temporada en casa de su padre, y nos echaremos una mano la una a la otra, nos contaremos historias, saldremos de terrazas y tapeo nocturno... Y después, creo que necesito unas largas vacaciones para reorientarme en mi vida y ver qué es lo que quiero hacer. ¿Y vosotros? —preguntó haciendo un gesto en referencia a los hijos de Laura.

—Yo no me puedo despegar de mis larguiruchos, así que iremos a León con los abuelos españoles, y luego a París y Normandía, o Normandía y París, ya no me acuerdo. Cuando llegue mi marido, subimos a Francia y preparamos el regreso.

—También volvéis definitivos —dijo Cristina.

—Aquí no se queda ni el maestro armero —dijo Elena, echando manos del refranero —Yo tengo el divorcio en la lista de tareas pendientes, y no veo el momento de firmar y a otra cosa mariposa.

—¿Sin rencores? —inquirió Laura.

—Pues mira, creo que sin rencores, aunque con mucha responsabilidad a partir de ahora. Además, al final me dio pena y todo lo mal que le han salido las cosas a este pobre diablo.

—¿Hablas de Germán?

—Sí. La filipina se fue a parir a Manila y como Germán no le firmaba un contrato de matrimonio ni nada parecido hasta que nos divorciáramos, abortó,

o eso cree él.

—¿Lo dices en serio?

—Eso me contó, y que va a pedir el traslado y que podemos volver a vivir juntos como una familia.

—Menuda vergüenza que si se llega a saber todo, ¿no?

—Por mi parte, no va a quedar nada en el tintero. Con hechos objetivos, eso sí, pero con el vocabulario apropiado: engaño continuado, amante, embarazo, aborto,... A su familia le va a encantar. Si toleras el engaño, colaboras con él. Si haces la vista gorda con la corrupción, estás colaborando pasivamente. No era mi intención acabar así, pero tengo que protegerme, a mí y a mis hijos, que a veces juegan a preguntarse entre ellos “¿Te acuerdas de cómo se llamaba papá?”, así que no os digo más.

El anuncio de embarque sonó por megafonía. Todo el mundo se preparó con sus maletas de mano, sus pasaportes y sus billetes para hacer la última cola y entrar en el avión. En el interior no cabía un alfiler. Cristina y Elena viajaban en una fila central, con los niños en los asientos centrales. Con el paso de las horas, los críos se resbalaron dormidos hacia el suelo y ellas los taparon con las mantas, hasta que la azafata avisó del descenso y tuvieron que despertarlos para sentarlos y prepararse para el aterrizaje.

Laura viajaba una cuantas filas más detrás, en un asiento de ventanilla. Sus dos hijos estaban juntos una hilera por delante de ella.

Las tres se habían intercambiado sus números de teléfono de España, y prometido que consultarían los mensajes de WhatsApp cuando hubiera wi-fi cerca. Al llegar al aeropuerto de Madrid Barajas, se despidieron.

—Pásate por Oviedo cuando te hartes de las terrazas de La Castellana — le dijo Elena a Cristina — Te daremos un poco de orbayo para que te refresques.

—Yo estoy a mitad de camino, si queréis subir o bajar a León, me tenéis

allí por lo menos un par de semanas o tres. No hay tantos edificios de cristal ni centros comerciales como en Oriente Medio, pero a una visita guiada por la catedral y tapeo por el centro histórico sí os puede invitar —ofreció Laura.

—Me lo pensaré, me lo pensaré —dijo Cristina —También tengo que ver a mis padres y decirles que he dejado el trabajo. Seguramente pondrán el grito en el cielo, dejar un trabajo seguro, y todo lo demás. En principio solicitaré tres años de suspensión de empleo y sueldo en el ministerio de Educación francés. Intentaré hablar con la Embajada en Madrid para ver si puedo hacer el papeleo desde aquí sin tener que ir a París. En el fondo, no quiero volver a trabajar como profesora, pero dejaré los tres años pendientes para que mis padres no me coman viva si les digo que he renunciado definitivamente.

—¿Y qué pasará después de los tres años? —quiso saber Laura.

—Nada. Si no me presento, la relación contractual quedará extinguida. Y eso es lo que pienso hacer.

—Oh. ¿Y durante esos tres años de espera?

—Viajaré. Creo que debería hacer un masters para reciclarme profesionalmente, o escribir un libro.

—¿Un libro?

—Sí. Me lo sugirió mi doctora de cabecera. La voy a echar de menos.

—Yo os voy a echar de menos en cuanto coja el primer taxi de la cola. Besazos, chicas, y seguimos en contacto —dijo Elena. Quiso evitar las despedidas largas y ponerse a llorar.

## CAPÍTULO 30

**L**os ingenieros de mantenimiento terminaron su informe y lo enviaron, y a continuación comenzaron a preparar los documentos para el cambio de aviones en la pista. Nadie debía saber que el flamante A-380 había dado problemas en el último vuelo a Nueva York, y el riesgo de cara al verano era enorme. La compañía fabricante había prometido tener otro avión terminado para mitad de julio, pero eso obligaba a su cliente en el Golfo a enfrentarse a la temporada de verano con un déficit de aeronaves. En las revisiones anteriores no habían encontrado nada, pero algunos indicadores debían mediciones extrañas, como si entre el fuselaje del avión se escondiera algo que no podían detectar. El jefe de mantenimiento seguía las instrucciones en los monitores con su equipo de ingenieros. Todos guardaban un silencio sepulcral, tenían la mosca detrás de la oreja y sabían que alguien estaba modificando algo, pero no sabían quién era ni el qué hacía.

¿Estarían ante un ataque terrorista? El jefe de ingenieros lo descartaba, en un país de tantísima seguridad sería imposible colar algo como un complot organizado por una panda de guerrilleros en las montañas.

Su móvil sonó anunciando un mensaje, el jefe de ingenieros lo leyó, reflexionó y, dubitativo, marcó un número desde el teléfono fijo. “Sí, señor. Entendido”. No hubo más conversación. Sus subalternos le miraron y vieron cómo su garganta subía y bajaba tragando saliva, y supieron que no aceptaba de buen grado la orden, pero no dijeron nada. Todos estaban pasados de horas y agotados, un enfrentamiento por una decisión de los de arriba no llevaría a buen puerto, pero sí conduciría a una carta de aviso por generar crispación en un momento de vital importancia. Tres cartas, un despido. Casi nadie se movía si no era por autorización previa. Las cosas funcionaban así, y funcionaban como un reloj.

—Desplacen el A380 averiado de Nueva York y pónganlo en la ruta a París.

Los ingenieros abrieron los ojos.

—Ya me han oído.

—Señor, ¿y qué hacemos con el A330 que cubre tradicionalmente ese vuelo?

—Retírenlo, se han vendido más billetes de los esperados y con un A380 nos caben todos. En los mostradores ya están re-etiquetando los billetes para concertar los asientos y sólo esperan que demos el aviso cuando el avión esté en pista.

Visto así, no había ningún problema. Era habitual sustituir un avión por otro cuando la capacidad de pasaje se veía ampliamente superada como en los inicios de vacaciones. Quizá a los de marketing se les pasó hacer la oferta de billetes teniendo en cuenta el final del año escolar, y no había previsto que ese día habría gran demanda. La noche anterior se armó cierto revuelo por el



*overbooking* de los billetes, y posiblemente parte del pasaje de hoy correspondiera a pasajeros que la noche anterior no pudieron despegar. Pero aun así, los ingenieros estaban un poco intranquilos: utilizar un avión con problemas técnicos que se había descartado para un vuelo transatlántico y emplearlo en una ruta con la mitad de duración no parecía muy ético, a pesar de que con la competencia feroz entre las líneas aéreas, la empresa no podía reducir el servicio en momentos así.

En los vestuarios de los pilotos, Sharief Ben Eissa echa sapos y culebras por la boca. Lleva mucho tiempo sin volar porque le retiraron la licencia al cumplir la edad reglamentaria, y de pronto le habían expedido otra licencia temporal para cubrir la temporada de verano. Se sentía afrentado por la compañía, que le trataba como a un vulgar taxista aéreo ante un momento de sobrecarga de trabajo. Tenía que callarse porque la organización le había conseguido acreditar para que recomendase a personal en las nuevas tripulaciones, y así Hadi había sido uno de los primeros contratados por recomendación de Sharief. Dado el caos de la aerolínea de cara al verano, se había colado en la tripulación de Ben Eissa sin sospechas. Ambos volarían juntos a París, después Hadi simularía una intoxicación para quedarse allí, donde tenía que contactar con otro cabecilla de la red y se dirigiría a Alemania. En principio todas sus misiones estaban localizadas en Europa, pero dada la cantidad de dinero que había conseguido de Lamia, siguió las órdenes y viajó a Oriente Medio para entregárselo en las dos hornacinas funerarias, y estando allí Sharief finalizó los papeles para que apareciera como miembro de la tripulación.

—¿Estoy guapo? —le preguntó Hadi a Ben Eissa, dándose una vuelta con el uniforme de subcomandante.

—¿Acaso crees que soy una de tus conquistas? —le respondió el otro, soliviantado. Ben Eissa comenzaba a acusar los límites de sus posibilidades.

A su nueva responsabilidad para seleccionar personal se le sobreponía su manía de controlar todos los detalles posibles. Sabía que el equipo de artificieros había colocado los materiales en la ruta a Nueva York, pero por motivos de seguridad no conocía personalmente al equipo de instaladores y eso le consumía. Quería que la operación fuera un éxito y que por todos lados se supiera que él había sido el director en funciones de todo aquello, y ahora estaba haciendo de chófer camino de París con un avión cargado de parvulitos que volvían de vacaciones.

Mientras, en los mostradores de facturación los pasajeros saltaban de alegría al saber que volarían en uno de los nuevos A380, el avión de moda de fabricación europea. Cada parte se desarrollaba en un país y luego se ensamblaba todo. Así lo estudiaban en el liceo, como un modelo de colaboración en el que las fronteras no existen, todos somos Unión Europea. Era curioso que muchos de los pasajeros trabajasen juntos a diario en el liceo pero en las colas de facturación apenas se saludasen, como si quisieran ocultar algo. La jefa del Tarot, maestra de primaria y animadora de tómbolas hasta altas horas de la madrugada, era la que mejor se escaqueaba de todo, seguida de su hijo, un fortachón de gestos simples y poco reflexivo. La señora Benedicte y su hijo se deslizaron hábilmente hacia los mostradores de Primera clase, donde un solo pasajero, Joseph Palm terminaba de facturar dos maletas viejas y raídas y se disponía a iniciar sus vacaciones. ¿Cómo alguien con semejante equipaje viajaba en Primera? “Nunca hay que dejarse llevar por las apariencias”, habría respondido él, que no malgastaba una sola moneda en cosas que podía conseguir gratuitamente, como los pasajes en clase superior. Siempre había alguien que le debía un favor, y sería muy descortés no corresponder a la amabilidad prestada. Un grupo de estudiantes liderados por una madre con gruesas gafas de sol dentro del aeropuerto corearon su nombre cuando se alejaba. Arthur recolectó todos los pasaportes y se los dio a su

madre, que hablaría con el personal de tierra para justificar por qué todos aquellos menores viajaban al extranjero acompañados por una adulta que no era su madre.

Un poco más atrás en la cola, un señor español vestido con corbata y chaqueta y aspecto de no haber dormido mucho, exhibía los tickets comprados por la empresa para hacer un viaje de ida y vuelta a París en dos días. “Sólo voy para negociar mi nuevo destino, después vuelvo para terminar mi misión y ya no volveré más cuando me instale definitivamente en Madrid con mi familia. Sí, mi mujer y mis hijos volaron ayer a Madrid, sí. Pero pronto estaremos todos juntos otra vez”, le decía a la azafata del mostrador, sorprendida por la ligereza del equipaje del caballero. Un hombre de cabeza afeitada y vestido de negro, con ojeras y cara de pocos amigos, enseñaba un carnet sindicalista y exigía en el mostrador la elección de asiento en virtud de su estatus de representante de los trabajadores. Un grupo de familias libanesas vestidas a la última moda pero dos tallas más pequeñas de lo que sus anatomías requerían, estaban separados de la cola. Tenían serios problemas para encontrar los pasaportes con los visados Schengen. Intentaban disimular sacando de un bolso pasaportes canadienses sin sello de entrada en Oriente Medio y pasaban todas las libretas de un lado a otro buscando el pasaporte libanés que les faltaban. Por fin. Con la misma falta de discreción, guardaron la pila de pasaportes canadienses, facturaron sus maletas y montaron un escándalo enorme para poner a sus niños en fila para cruzar el control de fronteras. Dos orondas madres dirigían la operación con gritos contradictorios, hasta que un agente se acercó para decirles que los niños no podían pasar el control si no los acompañaban ellas, y parecía que no estaban haciendo cola para pasar. Satisfechas con la atención de los agentes y con las expresiones de desesperación del resto de viajeros, se desplazaron a paso de camello hasta la garita del policía que aguantaba a sus irritantes niños a la

espera de los adultos. Los maridos, vestidos ambos con camisas negras desabrochadas hasta el final de la tráquea, ataviados con chaquetas blancas y pantalones vaqueros y calzados con puntiagudos zapatos de piel de serpiente, llegaron tarde, dando voces a diestro y siniestro como si fuera los jefes de algo. A nadie le importó un carajo, pero el señor español que viajaba solo muy ligero de equipaje estaba un poco alterado por aquel pasaje tan variopinto, y sólo quería llegar pronto a París, decir lo que tenía que decir, volver a cerrar un capítulo de su vida e iniciar otro que borrara todos los errores que había cometido hasta entonces, según le contaba a todo el mundo. Cuando ya parecía que la cosa estaba un poco más calmada, un jovencuelo con pelo rizado y largo acompañado de una chica con pinta de estar drogada y que le obedecía en todo, se encaró a gritos con la azafata de tierra antes su negativa a cambiarle el billete de clase turista por el de Primera. “Usted no sabe con quién se la está jugando. Soy el hijo del comandante Ben Eissa, y se va a ocupar personalmente de que la echen y no encuentre ningún trabajo en su vida. ¿Me oye?” La azafata, muy profesionalmente, hizo una seña a unos de los agentes de seguridad del aeropuerto, pero cuando se disponía a intervenir se quedó parado en seco al percatarse de que la jovencita que acompañaba al viajero estaba grabando todo la escena con el teléfono móvil. En la cola de embarque de tripulaciones, el comandante Sharief Ben Eissa llegaba a la cabeza de su equipo. Todos pasaron sus maletas por el control de seguridad especial y mientras terminaban, él hizo una señal con las cejas a la azafata de tierra, que entregó dos billetes de Primera a Aziz y su compañera de clase.

La azafata decidió olvidar el incidente y seguir con su trabajo. Una señora española con el rostro destrozado por el sol, vestida con ropa de Zara y con michelines reventando por las costuras, intentaba facturar en Primera con no sé qué excusa de una luna de miel. La azafata cogió los dos billetes pero no veía más a la mujer, cuando un hombre minúsculo apareció por el

lateral del mostrador de maletas y le ofreció su tarjeta, diciéndole que tendría un descuento en botox si la entregaba en la recepción del hospital. La azafata la guardó en un bolsillo de su chaqueta y terminó de procesar los asientos de la pareja. Dos horas más tarde, ya dentro de la aeronave, siempre le parecía un milagro que después de tantísimos retrasos y pequeños contratiempos de todos los pasajeros, el avión estuviera completo y todo el mundo sentado.

La megafonía del avión hizo que el rumor de los pasajeros se apagara. “Les habla el comandante Ben Eissa. Nos disponemos a volar con destino París. El vuelo durará aproximadamente siete horas y veinte minutos, y no se esperan contratiempos meteorológicos en nuestra trayectoria. Póngase cómodos y disfruten del viaje. A continuación, las auxiliares de vuelo procederán a explicarles las maniobras de auxilio en caso de una emergencia. Pueden seguir la explicación en sus televisores si lo desean. Feliz vuelo”.

## CAPÍTULO 31

**D**ing doooooong ¿Hay alguien en casa? —preguntó Cristina cuando Lamia le abrió la puerta. Se dieron un abrazo largo, como un premio a todo lo que habían pasado ese año de separación.

Otras veces Cristina había ido directamente a casa de sus padres, que la ponían al tanto de la declaración de la renta, de las comisiones bancarias que habían vuelto a subir, de los vecinos que se habían muerto de un ataque al corazón o de una bajada de tensión, de lo mal que estaban las pensiones y de que ella había dejado de cotizar y luego sería tarde para recuperar, y de tantísima gente joven que se marchaba a Alemania a trabajar porque no había nada que hacer en España, salvo abrir un bar o lavar dinero negro con un Döner Kebab. Un par de días después de la retahíla de lamentos que la ayudaban a tomar conciencia de que ya estaba de vuelta a la realidad, llamaba a Lamia para tomar algo, salir de tiendas o comer en su casa con los niños.

—Bien hallada —le dijo Lamia, e hizo una señal de callar —Escucha el

silencio ahora que no están.

Se rieron. Sobraba espacio, decía ella, y sí, les echaba de menos, pero tampoco tanto, y volvieron a reír. Cristina se instaló en la habitación de los niños, en la litera baja. Las camas eran blancas, las paredes eran blancas y los edredones de estampados de superhéroes. Se le hacía raro ver arrugas en la cara de Capitán América, pensó Cristina, pero a todos nos debe llegar el otoño. Dejó la maleta pegada al radiador –curioso, no veía trastos para la calefacción en todo el año, pero no habría podido resistir sin ellos cuando era pequeña y se moría de frío porque no le gustaba el engorro de los calcetines para estar en casa y andaba siempre descalza.

Volvió al salón y miró en derredor. Lamia la miró como preguntándole si buscaba algo.

—No hay ni rastro de él. Nadie diría que hubieras estado casada hasta hace nada.

—Ni un peine me quedé. Me mandó un mensaje con una dirección para que le enviara sus cosas, pero era un chalet en las afueras de Madrid y no tengo ganas ni tiempo de andar paseándole sus cosas, las que yo le compré, de una punta a otra de la capital, así que finalmente vino un coche a recoger todo. Eso sí, se lo puse todo bien ordenadito para que no echara nada en falta. No veas qué bugas se gastan los de la ONG, así estarán sin dinero para financiarse tanto viaje aquí y allí. Yo no podría ni pagar ni el seguro a terceros del coche que vino a recoger su ropa.

—España, España. Siempre se habla de economía cuando llego aquí. Si no son mis padres, eres tú ahora.

—Es que debo estar chocheando —bromeó Lamia —Lo que quiero decir es que no parecía que hicieran economías para llegar a fin de mes.

—A lo mejor es un regalo de una marca de coches, así se dan visibilidad y buen rollito con los antisistema que les acusan de capitalistas viciosos.

—Calla, calla, que aquí el que puede trincar trinca de donde sea, o se mete en un chalé avalado por el partido político de los sintierra.

Lamia miró la hora y le sugirió relajarse:

—Si quieres, échate un ratito a descansar y luego te despierto para que te duches, comemos y vemos dónde salimos esta noche.

—Siempre tan mamá, tan organizada.

—Tú también eres organizada, doña profesora.

—Ja, ja. Ya no soy profesora. Nunca más. Tú lo fuiste durante quince años y lo dejaste porque no podías más.

Cristina se fue a la habitación de los niños y se puso un pijama de verano. Lamia pasó por el pasillo y la miró divertida:

—¿Pijama, orinal y padrenuestro?

—Sí, eso creo, si me dices antes dónde puedo poner a cargar mi teléfono.

Lamia le hizo un gesto hacia un enchufe con alargadera sobre una mesa de estudio. Ahora los críos también cargaban sus móviles mientras estudiaban.

—Si quieres, te levanto más tarde, hacia la sobremesa, y así descansas más. Es fin de semana y a mí no me molestas ahí durmiendo, con la de veces que he velado las siestas de mis hijos.

—No sé, ya veré. De momento voy a cerrar los ojos y cuando los abra te cuento. Si tienes hambre, no me esperes para comer.

Dos horas después, Cristina se removió encima de WonderWoman y El Increíble Hulk. Horror. Estaba totalmente despierta. Se había adormecido un rato, pero le dolía la espalda por culpa del respaldo del avión y al estar tumbada lo notaba más. Sólo se durmió un ratito corto, pero al abrir los ojos notó que la luz había cambiado y ya no era tan intensa. No quería pasarse el día en la cama, y aunque tenía dolor de cabeza prefería tomarse una aspirina y un café con Lamia. Quería que le contase cosas en lugar de hablar ella, así se le pasaría antes el dolor de cabeza. Se levantó, recuperó el móvil del enchufe



y fue al salón. Lamia estaba leyendo un libro, tenía la tele encendida sin sonido y llevaba una mascarilla en la cara.

—¿Amaneciste? ¿Quieres comer algo?

—No, un café me irá bien.

—Todavía debe estar caliente la cafetera. Tienes aspirinas en la puerta del frigorífico, si te hacen falta —le dijo.

Cristina se sirvió el café en una taza de cerámica gastada, seguramente era de un cumpleaños de los niños cuando eran más pequeños, buscó un paquete de leche en el frigorífico y se topó con las aspirinas casi de casualidad. “Todo a punto”, pensó, con la cabeza a punto de hacer boom.

Metió la taza en el microondas y se tomó la aspirina con el primer sorbo del café cuando terminó el minuto y medio para calentarlo. Se fue al salón con Lamia, que se había levantado un momento para lavarse la mascarilla.

—¿Qué quieres hacer?

—Con sinceridad, prefiero quedarme aquí hoy. Estoy un poco aturdida del viaje. Es la primera vez desde hace años que no regresaré allí, y quiero verlo todo con ojos nuevos, sorprenderme con las cosas, en lugar de encontrar excusas que me recuerden por qué quise irme a trabajar lejos de España.

—Te comprendo, para mí también es todo nuevo. No doy abasto con todos los cambios de este último año. Las tonterías con Hadi a través de Facebook, su llegada, el matrimonio, los niños que se van, luego el divorcio, que estalla porque se enfada porque le grabo...

—Sí, es verdad, me enviaste un vídeo raro, una vez, era muy oscuro.

—Habíamos salido a una terraza porque él tenía una cita con un amigo o un colaborador de algo. Cuando el tipo llegó me ignoraron todo el tiempo, me sentí fatal. Aparte de que le acababa de prestar dinero otra vez, y aquello me indignó. Casi ni me presentó y se pusieron a hablar medio de espaldas a mí, y entonces decidí hacer un vídeo para pasar el rato y enviártelo para que le

vieras. Ahora todo el mundo graba vídeos y los sube a internet, ¿no? Además, nosotros nos conocimos por Facebook, así que no le debía de extrañar, pero se puso como un energúmeno cuando se dio cuenta, y el otro tipo igual.

—¿Y qué ocurrió?

—Me levanté, apreté el botón de enviar y le dije que no volviera.

—¿Me dejas ver el vídeo en tu móvil? Creo que no me lo bajé completo en mi teléfono.

Lamia lo buscó y se lo pasó. Cristina lo repitió un par de veces.

—¿Hay algo raro? —preguntó Lamia.

—Raro, sí, porque raro es. El vídeo no está muy claro...

—Sí, sí, lo sé, es que estaba muy oscuro y luego está la farola, hay un cambio muy radical de iluminación, o negra o quemada. ¿Y aparte de eso?

—Es muy extraño, Lamia, pero creo que conozco al amigo de tu segundo exmarido.

Cómo sonaba eso de segundo marido, a este paso se iba a hacer una colección de hombres y los iba a coleccionar como soldaditos de plomo.

—¿Y por qué no lo iba a conocer? Menuda red de amistades que se gastaba. Con todo lo que ha viajado a mi costa... Sin ir más lejos, la semana siguiente a la escena del vídeo, apareció en televisión en una recepción oficial que daba el rey de Bélgica con una delegación de refugiados sirios acogidos por la Unión Europea, y allí estaba él en primera fila con el monarca, cuando ni siquiera es refugiado porque oficialmente su estatus era el de cónyuge de una ciudadana de la Unión Europea, así que el aspecto frágil de refugiado se disipa un poco, pero como es atractivo y tiene esa lesión de bala en la cadera, queda muy bien y vende mucho. Los belgas tienen que equilibrar la mala fala de Molenbeek, ya sabes, el barrio de Bruselas donde el Ejército Islámico recluta a esos suicidas inadaptados.

—O sea, que te casaste con un refugiado un poquito VIP, con tirón para

las audiencias de la tele, ¿no? ¿Anunciará champús y ropa interior, como los futbolistas?

Lamia asintió, “seguro que lo haría, cómo no había caído en que había algo raro, demasiado guapo”, pensó.

—¿Me dejas que vea el vídeo otra vez? —pidió Cristina, pensativa —  
¿Por qué me lo enviaste, si casi no se ve?

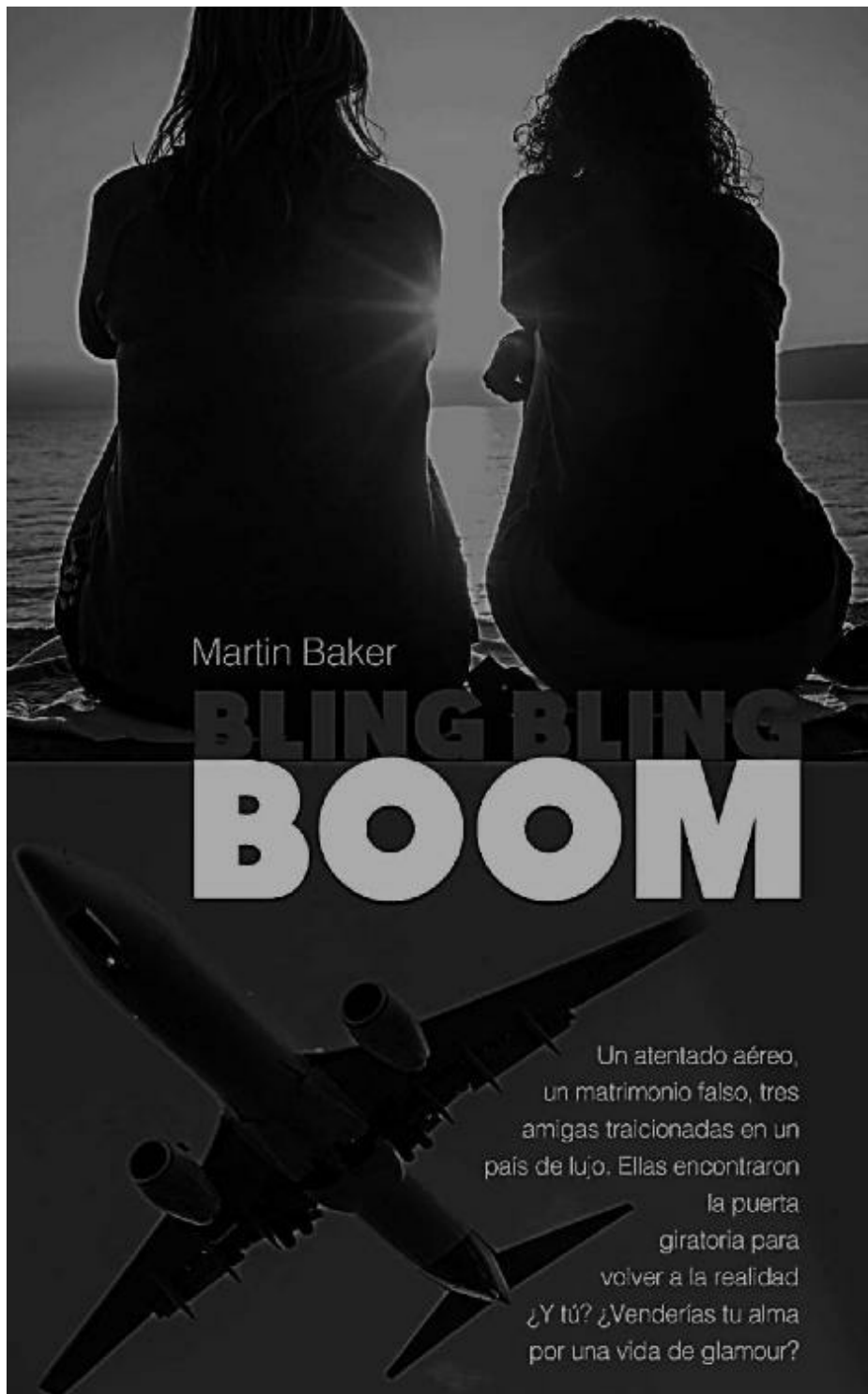
—Porque quería que le vieras —contestó Lamia —Pero sobre todo para molestarles a ellos.

—El tipo de al lado.... se parece mucho a un tipo que me amenazó.

—Aquí no te amenazará nadie, salvo que te saltes un semáforo —terció Lamia, un poco inquieta porque las horas iban pasando y no quería volver a hablar del tema —Venga, cámbiate y salimos a dar una vuelta.

Después de una caminata larga y unas tapas en un bar del barrio, regresaron a casa. Cristina estaba derrengada, con el cansancio acumulado de las últimas noches sin dormir bien, el dolor de espalda y el aturdimiento de su llegada. Cuando entró en la habitación se dio cuenta de que se había dejado el móvil junto al pijama doblado, se le había olvidado cogerlo antes de salir. Se alegró de no sufrir nomofobia y poder salir a la calle sin ese apéndice. Al cogerlo, vio tres llamadas perdidas y un mensaje de Elena en la pantalla. No se había olvidado de ella, pero le extrañó que quisiera contactarla tan pronto. Deslizó el dedo por la pantalla, leyó el mensaje y se desmayó:

“Cristina, enciende la tele, corre. El avión a París acaba de explotar”.



Martin Baker

# BLING BLING BOOM

Un atentado aéreo,  
un matrimonio falso, tres  
amigas traicionadas en un  
país de lujo. Ellas encontraron  
la puerta  
giratoria para  
volver a la realidad  
¿Y tú? ¿Venderías tu alma  
por una vida de glamour?

*Esta novela se*

*terminó de escribir y corregir el 6 de junio de 2018.*



*Si te gustó “Bling Bling Boom” de Martin Baker, ordena “La Lista”, una trama de espionaje que te llevará desde Rusia hasta el Golfo, vivirás en Túnez y acabarás en otro continente.*